

Bogotá, D.C., Agosto 28 de 2008.

Marque con una X

Tesis

Trabajo de grado

Señores

BIBLIOTECA GENERAL

Ciudad

Estimados Señores:

Yo Manuel Andrés Figueroa Castillo, identificado con C.C. No. 80.843.760 autor del trabajo de grado titulado *El concepto de libertad en la filosofía de John Dewey* presentado y aprobado en el año 2008 como requisito para optar al título de licenciado en filosofía; autorizo a la Biblioteca General de la Universidad Javeriana para que con fines académicos, muestre al mundo la producción intelectual de la Universidad Javeriana, a través de la visibilidad de su contenido de la siguiente manera:

- Los usuarios puedan consultar el contenido de este trabajo de grado en la página Web de la Facultad, de la Biblioteca General y en las redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Universidad Javeriana.
- Permita la consulta, la reproducción, a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para todos los usos que tengan finalidad académica, ya sea en formato CD-ROM o digital desde Internet, Intranet, etc., y en general para cualquier formato conocido o por conocer.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "***Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores***", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables.

C.C: 80.843.660.

EL CONCEPTO DE LIBERTAD EN LA FILOSOFÍA

DE JOHN DEWEY

**Trabajo de grado presentado por Manuel Andrés Figueroa Castillo,
bajo la dirección del profesor Diego Antonio Pineda,
como requisito parcial para optar al título de Licenciado en Filosofía**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Facultad de Filosofía

Bogotá, Julio 31 de 2008

Bogotá, Julio 31 de 2008

Doctor
ALFONSO FLÓREZ FLÓREZ
Decano Académico Facultad de Filosofía
Pontificia Universidad Javeriana

Apreciado Alfonso:

Tengo el gusto de presentar, por intermedio suyo, a consideración de la Facultad, y para su aprobación definitiva de acuerdo con el espíritu del reglamento de la Facultad, el Trabajo de Grado para optar al título de Licenciado en Filosofía del alumno MANUEL ANDRÉS FIGUEROA CASTILLO titulado "El concepto de libertad en la filosofía de John Dewey".

Considero que el trabajo, fruto de su esfuerzo de lectura y comprensión de la filosofía de Dewey realizada en el último año, es una reflexión ordenada y sugerente sobre el concepto de libertad de este filósofo, concepto que es esencial para la adecuada comprensión de su filosofía política y educativa.

Con lo anterior, reitero mi aprobación del trabajo de Manuel Andrés, pues considero que cumple satisfactoriamente con los requisitos exigidos por la Facultad de Filosofía para el Trabajo de Grado de la Licenciatura en Filosofía. Solicito, pues, que se nombre para él el lector correspondiente, y que, de acuerdo con su juicio, se cite al alumno para su defensa.

Cordialmente,

DIEGO ANTONIO PINEDA R.
Profesor Asociado Facultad de Filosofía.

AGRADECIMIENTOS

A Dios, por guiarme como un maestro a su discípulo en el cultivo sincero de la libertad. A mi familia y a mis amigos, por su cariño y apoyo siempre presentes durante la elaboración de este trabajo. A la Compañía de Jesús, por su acompañamiento cercano y amistoso en toda mi etapa de estudios filosóficos. A mi maestro Diego Pineda, por confiar en mí e inspirar a través de sus clases el entusiasmo por la filosofía de John Dewey que dio origen a esta investigación. A todas las personas que de diversas formas me han acompañado en la realización de este trabajo mi más sincera gratitud.

Sereís libres en verdad,
cuando vuestros días no pasen
sin una preocupación, ni vuestras
noches sin un deseo y una congoja.
Sino, más bien, cuando esas cosas
acompañen vuestra vida y podáis
no obstante, erguiros sobre ellas
desnudos y sin ataduras.

(Khalil, Gibrán, *El Profeta*)

ÍNDICE

<u>INTRODUCCIÓN</u>	7
1. <u>LIBERTAD Y NATURALEZA HUMANA</u>	13
1.1. <u>Antecedentes filosóficos de la comprensión de libertad de John Dewey</u>	14
1.2. <u>La naturaleza humana en Dewey</u>	20
1.3. <u>El papel del hábito en la naturaleza humana</u>	23
1.4. <u>El papel de la inteligencia y su relación con los hábitos</u>	27
1.5. <u>El rol de los impulsos en su relación con los hábitos</u>	31
1.6. <u>El concepto de acción recíproca</u>	40
2. <u>LA DEMOCRACIA COMO CONDICIÓN PREVIA</u>	
<u>A LA CONSECUCCIÓN DE LA LIBERTAD</u>	44
2.1. <u>La democracia como forma de vida</u>	45
2.2. <u>La comunidad democrática</u>	48
2.3. <u>La noción de experiencia</u>	50
2.4. <u>Una democracia más allá de lo político</u>	53
2.5. <u>Los valores de la democracia</u>	55
2.6. <u>Ciencia y democracia</u>	64
2.7. <u>La democracia exige métodos democráticos</u>	69

<u>3. EL CONCEPTO DE LIBERTAD</u>	
<u>Y SUS IMPLICACIONES PRAGMATICAS</u>	75
3.1. <u>La evolución del pragmatismo</u>	76
3.2. <u>El concepto de libertad en John Dewey</u>	83
3.2.1. <u>Un concepto moral</u>	84
3.2.2. <u>Libertad y democracia</u>	90
3.2.3. <u>La libertad, un concepto político-económico</u>	92
3.2.4. <u>La libertad, un concepto pedagógico</u>	100
3.3 <u>Libertad y educación</u>	102
<u>CONCLUSIONES</u>	110
<u>BIBLIOGRAFÍA</u>	115

INTRODUCCIÓN

Abordar el concepto de libertad es encontrarse con una de las categorías más ampliamente desarrolladas en la historia de la filosofía. Aproximarnos a dicho concepto en la obra del más importante filósofo pragmatista, John Dewey, es insertarse en el desarrollo de una filosofía política y de la educación que sigue interpelando al mundo de hoy, cuestionándolo y abriéndole, a su vez, caminos de acción posibles para su transformación. Así pues, la lectura del presente trabajo podrá suscitar el reconocimiento ameno de un estudio filosófico abierto, moderado, siempre discutible y no concluido sobre la libertad.

Nuestra investigación trata a la libertad principalmente como concepto moral y se enmarca en el contexto histórico y filosófico de los Estados Unidos de comienzos del siglo XX, particularmente, en la evolución de lo que el filósofo de Burlington, John Dewey, llamó movimiento pragmatista. Reconocer la obra de Dewey como parte de esta filosofía en proceso de evolución nos ha de trazar una ruta de seguimiento al problema de la libertad que ha de indagar más por el modo como el autor construye dicha noción y no tanto por una definición concreta y directa de la misma; aunque la pretensión final sea que al descubrir lo primero, podamos evidenciar lo segundo.

La importancia que Dewey otorgó al carácter moral del concepto de libertad y a las consecuencias que éste traía a nivel político, económico y pedagógico, significó un importante aporte a la superación del lastre metafísico con el que dicho concepto se había desarrollado en el recorrido histórico de la filosofía. Durante la Edad Media la noción de libertad tuvo un amplio despliegue intelectual evidenciado en las teorías sobre el libre albedrío. La libertad fue asociada con la posibilidad de elección pero un tipo de elección orientada por una voluntad comprendida como una facultad cuyo rasgo característico era la indiferencia, la capacidad de elegir un camino u otro sin ser movido por algún impulso o deseo en particular. Las comprensiones de libertad así constituidas

fueron un fiel reflejo de una visión dualista y escindida de los individuos según la cual sus acciones y elecciones eran más el producto de fuerzas externas que de sus propias emociones y sentimientos.

Sería sólo hasta los inicios de la modernidad que las acciones y elecciones de los individuos comenzarían a ser vistas en estrecha conexión con la configuración y el carácter de los mismos. A partir de este tipo de comprensiones, la realización plena de la libertad fue asociada con el ejercicio abierto de las capacidades humanas, para lo cual era necesaria la supresión de aquellas restricciones políticas y económicas impuestas a los individuos por las instituciones que regían las distintas sociedades.

Fue el principio del *laissez-faire*, y su rechazo de todas las limitaciones impuestas por las grandes instituciones y el Estado, el que fundamentó la noción de libertad y de individuo que configuraron la Modernidad. Con todo, esta importante visión de la libertad, desarrollada en los orígenes del liberalismo clásico, no constituyó una emancipación humana sino la liberación de los intereses propios de aquellas clases que el pensamiento liberal representaba. Esta noción de libertad tuvo como base la creencia de que todos los individuos están igualmente configurados (independientemente de sus posibilidades económicas, nivel de educación, etc.) para actuar libremente si no se hallan impedidos por cualquier tipo de reglas. Con el tiempo, estos principios operantes del liberalismo que permearon la sociedad moderna consolidarían la unión de uno de sus bienes más preciados y defendidos, la democracia, con las dinámicas propias de uno de sus más criticados productos, el capitalismo. Este hecho constituyó el germen de lo que Dewey llamó el fracaso del liberalismo.

En este complejo contexto político y económico se ubica el aporte del filósofo de Burlington. La filosofía de John Dewey se desarrolló al tiempo que surgían los regímenes totalitarios en los que la libertad y la democracia se vieron seriamente amenazadas y restringidas a un ámbito estrictamente político y procedimental. Las instituciones del liberalismo clásico económico comenzaban a evidenciar su fracaso

después de un tiempo de fervor industrial desordenado y las sociedades que se hacían llamar orgullosamente democráticas tomaban rumbos totalmente contrarios a sus ideales. Así pues, las dinámicas de gobierno de aquellas sociedades que se autodenominaban democráticas resultaban bastante distantes de las dinámicas sociales en las que participaban sus miembros.

La reconstrucción del concepto de libertad desarrollada por Dewey en este contexto implicó no sólo una transformación de la comprensión de la naturaleza humana, sino también una radicalización de la noción de democracia que se tenía en los Estados Unidos de principios del siglo XX; dicha radicalización de la democracia y sus consecuencias en el ámbito educativo siguen interpelando al mundo contemporáneo que encuentra en la obra deweyana una fuente de inspiración para su positiva transformación.

En efecto, el reconocimiento de unas condiciones positivas de vida necesarias en la sociedad, que superaran la simple supresión de restricciones propuesta por el liberalismo, y el planteamiento de una ética de la democracia en la que la libertad y la plena confianza en las potencialidades humanas son valores fundamentales, hizo posible concebir una filosofía política con pretensiones morales que llevó a comprender que la solución de los problemas sociales sólo es posible a través del esfuerzo cooperativo entre los individuos y que la democracia, más que un tipo de gobierno, es una forma de vida.

El aporte filosófico de Dewey acaba con las interpretaciones estrictamente políticas de la democracia. La democracia no será para Dewey un modo de gobierno manejado por las mayorías a partir de procesos electorales masivos, sino una forma de vida social. En una comunidad democrática, la participación activa y cooperativa de sus miembros y la visualización de aquellos fines y medios que la misma comunidad considere propicios para su bienestar social, son los medios fundamentales para la transformación de la sociedad.

Dewey es, sin duda, la figura más representativa del pensamiento filosófico y pedagógico norteamericano, pero su obra trasciende las fronteras geográficas y temporales en las que surge para aportar y dialogar en el ámbito de la reflexión filosófica universal actual. Nuestro acercamiento a su comprensión de la democracia como forma de vida y a la reconstrucción que hace del significado de la libertad constituye un pertinente punto de referencia para la reflexión y discusión de preguntas que considero están hoy vigentes para la filosofía.

Actualmente es posible escuchar con frecuencia mencionar a la libertad y la democracia como ideales naturales e inherentes a la humanidad. Los líderes dirigentes de las grandes potencias constantemente se proclaman a sí mismos y a sus países como fieles abanderados de la “causa democrática”, afirmando además, que la defensa de los ideales de la libertad y la democracia ha de llevarse hasta las últimas consecuencias. No es inusual encontrar descripciones de la democracia y la libertad como ideales universales, esenciales a la humanidad, que deben ser expandidos a toda costa, que deben ser llevados e implantados en toda nación donde no exista, sin escatimar esfuerzos.

Estas aseveraciones, que en principio señalan la búsqueda de valores muy preciados por la humanidad, frecuentemente se ven desacreditadas por los medios que son utilizados en su consecución. Bajo estas premisas universalistas y naturalistas de los ideales “democráticos” se han visto lamentablemente justificados medios antidemocráticos como la violencia evidenciada en la guerra y el aniquilamiento de seres humanos considerados “antipatriotas”, “terroristas” y “opositores” de los intereses más nobles e “inherentes a la humanidad”. Cuando se comprende la democracia como algo inseparable de la naturaleza humana, la sociedad legítima ciegamente medios totalmente anti-democráticos como los mal llamados “ataques preventivos”, las guerras invasoras, la violación de la soberanía de los países, y los “daños colaterales” producidos en la supuesta búsqueda por alcanzar fines y valores preciados para la humanidad.

¿No constituyen este tipo de realidades la concreción visible de comprensiones erróneas de la democracia heredadas del pensamiento filosófico?, ¿no son acaso una nueva forma de desconocer y negar las potencialidades humanas, en especial, la capacidad de autodeterminación y de hacer uso de la inteligencia en la elección de los medios y fines que sean más propicios a su bienestar? Nuestro análisis nos ha de plantear cuestionamientos relevantes en el examen de las prácticas de la sociedad contemporánea, sociedad que se configuró en el ejercicio de los planteamientos filosóficos desarrollados en el pasado, en particular, durante la modernidad.

Nuestra investigación está organizada en tres capítulos. En el primero de ellos examinaremos cómo la búsqueda por definir el concepto de libertad en la filosofía de John Dewey pasa previamente por su comprensión de la naturaleza humana. Para ello, analizaremos algunos de los antecedentes filosóficos que precedieron la noción deweyana de libertad. (1.1) Luego, reconoceremos, en segunda instancia, cuáles son los componentes que configuran la comprensión deweyana de naturaleza humana. (1.2) Una vez identificado esto, estudiaremos el que es, sin duda, el elemento clave de dicha comprensión, este es, el hábito. (1.3) Seguidamente, abordaremos también los otros dos componentes que junto con los hábitos configuran el eje central alrededor del cual Dewey construye su noción de naturaleza humana. Estos son, la inteligencia (1.4) y los impulsos. (1.5) Así, podremos acercarnos finalmente al concepto de *acción recíproca* que comprende la relación de todos los componentes antes expuestos y nos señala además cómo el individuo en Dewey es un ser que se construye en la relación continua de su naturaleza biológica y el entorno social que lo circunda. Entender el concepto de acción recíproca nos coloca en el horizonte de la pregunta que nos responderemos en el segundo capítulo y que indaga por ¿Cuál es el tipo de sociedad que tiene entre sus consecuencias directas la formación de personas libres? (1.6)

El segundo capítulo se centra en la caracterización que hace Dewey de la democracia como condición de posibilidad para la vivencia auténtica de la libertad. Presentamos, en primer lugar, toda la descripción que hace Dewey de la democracia

como una forma de vida. (2.1) Exponemos, a continuación, las características de una comunidad democrática (2.2), y su relación con la noción de experiencia (2.3) que nos coloca en el horizonte de una propuesta de democracia que trasciende lo estrictamente político(2.4), y que encarna unos valores muy específicos. (2.5) Por último, planteamos la importante relación que existe en la filosofía deweyana entre los valores propios de la ciencia y la realización de la democracia. (2.6) A modo de conclusión, indicamos cómo para lograr una genuina y legítima vivencia de la democracia se hace ineludible la utilización exclusiva de medios democráticos. (2.7)

En nuestro tercer y último capítulo pretendemos, finalmente, definir el concepto de libertad y explicar cuáles son sus implicaciones prácticas. Para ello, mostraremos, en primera instancia, por qué un concepto como el de libertad revierte en unas consecuencias concretas para la sociedad y cómo este tipo de planteamiento se corresponde con la tradición del movimiento pragmatista del cual Dewey participa. (3.1) Luego, introducimos las definiciones que Dewey hace de libertad y sus distintos énfasis. (3.2) Esto último, nos permitirá abordar cada una de las perspectivas desde las cuales Dewey define la noción de libertad. En primer lugar, como concepto moral (3.2.1) luego en su relación con la democracia, (3.2.2) en tercer lugar, como concepto político y económico (3.2.3) y por último, como concepto pedagógico. (3.2.4) Finalmente, analizaremos, por un lado, cómo la relación existente entre libertad y educación implica una serie de consecuencias a nivel pedagógico, y, en segunda instancia, cuáles son esas consecuencias. (3.3)

Capítulo 1

LIBERTAD Y NATURALEZA HUMANA

“Lo que los hombres han estimado bajo el nombre de libertad y por lo que han luchado, es variado y complejo, pero, en verdad, nunca ha sido un libre albedrío metafísico.”¹

Una de las categorías que ha inquietado fuertemente a los hombres y que atraviesa desde sus inicios hasta el presente la historia de la filosofía ha sido la de libertad. Considerada como objeto de búsqueda y de especulación ha sido en algunos periodos motivo de intensas luchas políticas y también de diversas y extensas disertaciones. El filósofo norteamericano John Dewey no estuvo exento de dichas búsquedas, antes bien, participó activamente de éstas al plantear un modo nuevo de comprender la libertad que integrara las nociones previas que de ella se había construido a través de los siglos. ¿Cuáles son los ejes temáticos alrededor de los cuales se ha construido la noción de libertad? Y, ¿cuál es la novedad del aporte de Dewey en dicha construcción? Son algunas de las preguntas que nos responderemos en nuestra investigación, particularmente, en la primera parte del presente capítulo. Luego, reconoceremos cuáles son los conceptos centrales que configuran la noción deweyana de naturaleza humana dado que esta última constituye la base sobre la cual se fundamenta la construcción del concepto de libertad. Conceptos como el de hábito, impulso, inteligencia y acción recíproca resultarán de suma importancia en nuestra descripción de como Dewey

¹ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Trad. Rafael Castillo (México, Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 275. Siempre que sean aceptables, citaré por las traducciones disponibles de las obras de Dewey. Cuando no hay traducción, cito y traduzco por la edición en inglés: *The Complete Works of John Dewey*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 37 vols., 1968-1992: *The Early Works*, 1882 – 1898 (EW); *The Middle Works*, 1899-1924 (MW) y *The Later Works*, 1925-1953 (LW). Las siglas siempre van seguidas de número de volumen y número de página.

entiende al individuo. Estas definiciones, junto con el análisis previo de los antecedentes filosóficos de la noción deweyana de libertad, serán nuestro primer objeto de estudio.

1.1. Antecedentes filosóficos de la comprensión de libertad de John Dewey

Al aproximarnos a la noción de libertad del filósofo norteamericano John Dewey, descrita en algunos de sus textos como *Libertad y cultura*, *Naturaleza humana y conducta* y *Teoría de la vida moral*, entre otros, encontramos que, en realidad, nunca nos es dada una definición única y contundente de lo que es la libertad. Lo que sí se encuentra de principio a fin en dichos textos son una serie de reflexiones alrededor de la constante tensión entre lo que pueda ser la libertad y lo que ciertamente no lo es o la obstaculiza. ¿Qué acciones nos aproximan a la vivencia de la libertad y cuáles nos distancian de su autenticidad? ¿Qué tipos de Estado niegan la libertad de plano y cuáles la propician como su producto natural? ¿Qué elementos de la cultura se han de fortalecer para lograr dicha libertad en la sociedad? Son algunas de las muchas preguntas que Dewey plantea al momento de indagar qué es la libertad.

Dado que no existe una única respuesta contundente que sea dada por el autor a estas preguntas, no nos es posible acceder directamente a la definición de dicha noción. Así las cosas, al trazarnos una ruta de seguimiento al problema de la libertad, la búsqueda que nos servirá de guía examinará más por el modo como Dewey construye la idea de libertad y no tanto por qué sea esta en sí misma, aunque la pretensión en últimas sea que, la respuesta a la primera, nos conduzca a responder la segunda.

Un primer hecho que debe reconocerse al evidenciar el modo como Dewey construye el concepto de libertad es el rescate que el autor hace de la tradición filosófica en la que dicho concepto se ha desarrollado. Para seguir el análisis crítico-histórico que Dewey hace del concepto de libertad nos orientaremos por su ensayo *Philosophies of*

Freedom.² En este escrito Dewey identifica y analiza críticamente las transformaciones y énfasis que ha tenido la noción de libertad a través de la historia de la filosofía. Para Dewey, el desarrollo histórico del concepto de libertad ha estado atravesado por algunas constantes registrables en la producción intelectual filosófico-política. Así por ejemplo, una de estas constantes ha sido la exaltación del acto de elección.³ Son muchas las reflexiones en las que se resalta la importancia y significado de la posibilidad de elegir; todas estas reflexiones sin embargo, han encontrado un eje conductor en la elaboración del concepto de libertad, pues es alrededor de esta idea que es posible unificar los diversos sentidos y énfasis que ha tenido el término a través de la historia.

Desde los inicios de la filosofía se ha creído y cultivado el sentimiento de que poder elegir es ser libre y que un hombre privado de esta posibilidad es una marioneta que no puede contemplar sus acciones como propias. Es en otras palabras, un medio pasivo a través del cual operan entes externos al individuo. En este sentido bien podríamos recordar a Platón que en uno de los pasajes de *La República* nos indica cómo la capacidad de elegir implica también la responsabilidad que es, de acuerdo con Dewey, otra de las temáticas constantes a las que se vería estrechamente vinculada la construcción de la noción de libertad en la historia de la filosofía.

Ésta es la palabra de la virgen Láquesis, hija de la Necesidad: Almas efímeras, he aquí que comienza para vosotras una nueva carrera caduca en condición mortal. No será el hado quien os elija, sino que vosotras elegiréis vuestro hado. Que el que salga por suerte el primero, escoja el primero su género de vida, al que ha de quedar inexorablemente unido. La virtud, empero, no admite dueño; cada uno participará más o menos de ella según la honra o el menosprecio en que la tenga. La responsabilidad es del que elige; no hay culpa alguna en la Divinidad.⁴

Así pues, dentro del conjunto de las primeras reflexiones filosóficas sobre la libertad Dewey identificó algunas temáticas constantemente tratadas y estrechamente vinculadas a dicho tema; cuestiones como la de la responsabilidad y la elección fueron estudiadas como parte importante a la hora de entender qué es la libertad. Las disertaciones que se

² Cfr. LW, 3:92-114

³ Cfr. LW, 3:92

⁴ PLATÓN, *La República*, Gredos, Madrid, 1998, pp.491-492, (617 d – e).

realizaban sobre el tema con el tiempo fueron transformando su eje reflexivo. En la Edad Media, por ejemplo, algunas consideraciones que se desarrollaron sobre la libertad sirvieron de base teórica para entender y justificar el castigo. En efecto, se pensó que a no ser que se pudiera considerar a los hombres como responsables de sus acciones, sería injusto castigarlos; si estos no fuesen capaces de conducir sus acciones⁵, ¿cómo podría considerarse justo hacerlos responsables de las mismas y castigarlos por éstas? Así, fue evolucionando cierta filosofía que describía la naturaleza de la elección como una libertad desarrollada; la persona capaz de elegir podía ser considerado un ser libre, responsable de sus acciones y, por tanto, susceptible de ser castigado.

El desenlace de dichas reflexiones fueron las teorías sobre el libre albedrío y la noción de que existía un poder llamado voluntad que se configuraba como la base de la elección y la esencia de la libertad. Esta voluntad tenía el rasgo de ser indiferente, es decir, capaz de escoger un camino u otro sin ser movido por algún impulso o deseo en particular. Este punto de vista se fue estableciendo tan sólidamente que aún hoy comúnmente se identifican la elección y el libre albedrío como una y la misma cosa. En el marco de estas disertaciones podemos ubicar lo desarrollado por Santo Tomás de Aquino, quien afirmó que:

El hombre posee libre albedrío; de lo contrario, serían inútiles los consejos, las exhortaciones, los preceptos, las prohibiciones, los premios y los castigos. Para explicar esto, adviértase que hay seres que obran sin juicio previo alguno; v. gr., una piedra que cae y cuantos seres carecen de conocimiento. Otros obran con un juicio previo, pero no libre; así los animales. La oveja que ve venir al lobo, juzga que debe huir de él; pero con un juicio natural y no libre, puesto que no juzga por comparación, sino por instinto natural.⁶

De acuerdo con Dewey, dichas creencias e interpretaciones de la libertad presentaban algunos errores al no reconocer las acciones como productos del hombre mismo, de su configuración biológica y social en la que intervienen sus hábitos, instintos, deseos y propósitos. En efecto, fundamentar la elección a partir de elementos

⁵ Cfr. LW, 3: 94

⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica (1266 – 1274)*, trad. Francisco Barbado Viejo, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1959, p. 359, (I, q. 83, a. 1).

como la voluntad entendida como fuerza externa al individuo y causante última de sus acciones resultaba problemática. La consideración seria de la psicología humana y de aquellos factores que la componen como las emociones, los sentimientos, los instintos y los deseos sólo llegaría a darse durante la modernidad con aportes de filósofos como David Hume a quien Dewey consideró su predecesor en su comprensión de la naturaleza humana.

Hoy en día cuando estas teorías han sido ya examinadas y reconstruidas somos capaces de reconocer que la formación de la libertad de los individuos se desarrolla a partir del ejercicio de la capacidad de elegir y de la responsabilidad que la vida misma exige en las condiciones y problemáticas dadas por la sociedad. Un niño a medida que crece va encontrando responsabilidades que le son exigidas, esto, sin embargo, no es comprendido hoy como la introducción repentina del libre albedrío, sino que, constituye una de las dinámicas más espontáneas de lo que llamamos crecimiento; y es este último el que progresivamente permite la participación activa de los individuos en la sociedad.

Con el tiempo, la reflexión filosófica alrededor del tema de la libertad transformó su eje central, ya no sería la elección sino la acción -la acción pública y abierta- el tema en torno al cual giraría las disertaciones sobre la libertad.⁷ Este tipo de comprensiones de la libertad se encuentran bien representadas en la modernidad por el aporte de uno de los filósofos más importantes del liberalismo clásico, el filósofo inglés John Locke. Locke afirmó que la libertad es posibilidad de actuar de acuerdo con la elección. Es la habilidad real para llevar a cabo los deseos y propósitos, para llevar a cabo las elecciones que se han tomado.

El desenlace de la historia económica y política que dicha época suscitaba mostró que ciertas reglas e instituciones constituían los principales obstáculos para la libertad. Las instituciones que regían la sociedad como la Iglesia y los Estados con sus leyes y estructuras de gobierno fueron vistas como opresivas. Así las cosas, la verdadera libertad

⁷ Cfr. LW, 3:97

que valía la pena defender sólo era posible a partir de la abolición de aquellas leyes, estructuras de gobierno e instituciones consideradas restrictivas de la libertad. La libertad se fue mezclando así con las motivaciones e intereses políticos de la época, formándose la filosofía que configuró al Liberalismo clásico. Una buena descripción de la visión de libertad que dicha filosofía promulgó la encontramos en el siguiente fragmento del *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke:

Supongamos ahora que un hombre profundamente dormido sea llevado a un cuarto donde está una persona que él desea ver con vehemencia y con quien desea conversar, y supongamos, además, que se cierre con llave ese cuarto de tal suerte que no le sea posible salir. Al despertar ese hombre, se mostrará feliz al encontrarse en compañía tan deseada, y permanecerá voluntariamente con ella, es decir, preferirá quedarse en el cuarto en lugar de salir de él. Ahora bien, pregunto si no, acaso, es voluntaria la permanencia de ese hombre en ese cuarto. Creo que nadie dudará que es voluntaria, y, sin embargo, como está encerrado, es evidente que no está en libertad de no quedarse; carece de la libertad de salir. Es así, entonces, como la libertad no es una idea que pertenezca a la volición o a la preferencia de la mente, sino que pertenece a la persona que tiene la potencia de obrar o de abstenerse de obrar, según que elija o determine su mente. Nuestra idea de la libertad llega hasta donde llega esa potencia, y no más allá.⁸

A finales del siglo XVIII el eje temático central alrededor del cual se pensó el problema de la libertad cambiaría una vez más. Ya no sería el poder para realizar propósitos, comprendido en el marco de los ideales del liberalismo clásico, sino el poder para satisfacer las necesidades por medio del trabajo y del libre intercambio lo que se constituiría objeto de reflexión y estudio. En esta época se ubica la consolidación del principio base del liberalismo, el principio del dejar-hacer, “*laissez faire*”, y las posteriores teorías que analizaban y criticaban dicho principio y uno de sus productos, el capitalismo.

Posteriormente, los filósofos fijaron la atención de sus reflexiones en un tipo de libertad de corte más psicológico. Las consideraciones alrededor del problema de la libertad volcaban su interés sobre la capacidad de libre expresión de los individuos. La idea popular de la libertad personal, expresada en la posibilidad de dar curso libre a los impulsos y deseos (libres en el sentido de no restringidos por alguna ley, costumbre o

⁸ LOCKE, JOHN, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, trad. Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, pp. 219 – 220.

desaprobación social) evidenciaba la falacia del ideal de la libertad planteada durante la consolidación del liberalismo clásico. El liberalismo desconoció que el amplio crecimiento económico y la libre expresión de algunos limitaba las posibilidades de desarrollo de otros.

La libertad psicológica, sin embargo, también incurría en otro tipo de error y era dar un fuerte énfasis al carácter natural de los deseos, instintos, sentimientos e impulsos ignorando la influencia que sobre éstos tiene el entorno social circundante.⁹ Así pues, el medio social seguía siendo considerado sólo en los casos en que constituía un obstáculo para la expresión libre de los impulsos naturales. Posteriormente, John Dewey construiría su comprensión crítica de la libertad; él rescató e identificó las virtudes y falencias de las formas previas como ésta había sido entendida. La acción recíproca y constante entre la naturaleza humana y la cultura y su papel en la configuración del hombre constituyen algunas de las ideas centrales y originales del autor que posibilitan la acertada comprensión de su filosofía y su definición de la libertad.

En términos generales, las nociones de libertad que Dewey analizó y que hemos mencionado hasta ahora fallaban al no considerar cómo el medio social comprendía una parte importante en la construcción del individuo y la posibilidad de una vivencia genuina de la libertad. El hombre por mucho tiempo fue considerado exclusivamente como una creación pura y perfecta de Dios, con lo que el entorno circundante resultaba visto como causante de las corrupciones en el ser humano. Luego el Liberalismo comprendería al hombre como un ser dotado de una serie de capacidades innatas, y llamaría libertad al ejercicio libre de dichas capacidades, es decir, la libertad sería vista como algo posible a partir de la supresión de las restricciones e instituciones regentes de la sociedad.

Ahora bien, no se puede desconocer, por dichos errores, la importantísima labor de emancipación política y económica que logró la comprensión liberal del hombre en la

⁹ Cfr. LW, 3:98

historia. Sin embargo, no podemos hablar de una emancipación humana puesto que dicho proceso correspondió más a la emancipación de los intereses propios de aquellas clases que el pensamiento Liberal representaba. La noción de que todos los hombres están igualmente configurados en su naturaleza para actuar libremente si no se hallan obstaculizados por cualquier tipo de reglas – indiferente de los niveles de educación y de manejo de capital – era absurda, y los hechos que se desenlazaran con el tiempo lo demostraron.

Dewey nos mostrará que los derechos y las necesidades de los hombres son productos de las interacciones, y no se encuentran en una constitución humana original y aislada. Así pues, para vivir una libertad real no será suficiente la eliminación de las obstrucciones impuestas por la sociedad a través de sus instituciones, sino que dependerá de condiciones y transformaciones sociales positivas, condiciones que en el marco de la filosofía deweyana se encontrarán ampliamente encarnadas en los rasgos propios del modo de vida democrático.

Ésta es la visión de libertad que elabora Dewey y que analizaremos en su construcción e implicaciones prácticas en el presente trabajo de grado. Para ello, entender la visión de naturaleza humana del autor constituye una primera puerta de acceso que nos permite una adecuada comprensión de su noción por libertad. Dewey nos dirá al respecto que, “el problema de la constitución de la naturaleza humana queda involucrado, ya que es parte de nuestra tradición que el amor a la libertad es inherente a ella. ¿Es un mito la psicología popular de la democracia?”¹⁰

¹⁰ DEWEY, JOHN, *Libertad y Cultura*, trad. Rafael Castillo, México, ed. UTEHA, 1965, p. 3.

1.2. La naturaleza humana en Dewey

De acuerdo con J.E. Tiles¹¹, la columna vertebral de la filosofía de John Dewey reposa sobre su visión distintiva de los seres humanos y sus potencialidades. Cualquier comentario crítico de la filosofía Deweyana debe ser examinada a partir de este pilar central de su pensamiento. Esta columna que soporta la estructura teórica del pensamiento Deweyano está compuesta por varios elementos como son los conceptos de hábito, acción recíproca, emoción, impulso, inteligencia, conducta, entre otros. Entre todos estos conceptos el de hábito se configura como el eje central en torno al cual se hace comprensible la visión deweyana de la conducta humana. Apoyando esta interpretación, Elizabeth Flower, comentarista de la obra deweyana nos dirá al analizar el texto *Naturaleza humana y conducta*: “Naturaleza humana y conducta es la orquestación de un tema en tres movimientos, impulso, inteligencia y hábito, y el más grandioso de estos es el hábito.”¹²

El mismo Dewey nos dirá en la introducción de su libro *Naturaleza humana y conducta* que, sin pretender hacer de éste un tratado de psicología social, sí será la comprensión del hábito la clave de esa psicología, en tanto que la actuación del impulso y de la inteligencia nos darán la clave de la actividad mental individualizada. En este sentido Dewey nos indica que: “...El impulso y la inteligencia son secundarios respecto al hábito; de manera que, en concreto, puede considerarse la mente sólo como un sistema de creencias, deseos y propósitos que se originan en la acción recíproca entre las aptitudes biológicas y el medio social.”¹³

La elaboración de esta noción de naturaleza humana, al igual que la comprensión misma de la libertad, no parte de la nada, no es un constructo teórico absolutamente original, sino que surge como una visión crítica de las distintas formas de entender al

¹¹ Cfr. TILES, J.E, *John Dewey, Critical Assessments*, Routledge, London, 1992, Vol. 1. p. 1.

¹² FLOWER, ELIZABETH, *A Naturalistic Psychology, Individual and Social*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.1, Routledge, London, 1992, p. 36. La traducción es mía.

¹³ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, *Op. Cit.* p. 11.

hombre en su constitución y psicología desarrolladas en la historia. Dewey en su ensayo titulado *Human Nature*¹⁴ identifica y agrupa dichas comprensiones en cuatro modos de ver la naturaleza humana que se han sucedido o enfrentado a través de la historia y que se han consolidado en las ciencias sociales tratando de responder cuestionamientos que han generado inquietud para sus disciplinas. ¿Son las instituciones políticas y económicas contemporáneas productos necesarios de la naturaleza humana? ¿Qué tan modificable es la naturaleza humana a partir de esfuerzos premeditados? ¿Qué tan grande es el rango de diferencias en la naturaleza humana de los individuos y de los grupos humanos?

Estas preguntas y sus respuestas están, sin duda, fuertemente motivadas por intereses y sentimientos arraigados en los distintos grupos y clases sociales que han existido en la historia. Así pues, un hecho bastante frecuente de las visiones de naturaleza humana que se han desarrollado es que éstas han sido utilizadas en diversos sentidos siempre condicionados por los intereses del contexto general de cada época histórica del pensamiento. De acuerdo con Dewey, las visiones de naturaleza humana desarrolladas hasta su época en la historia pueden agruparse en 4 tipos, estos son:

1. La naturaleza humana como expresión que hace referencia a una constitución innata y original, en la que se enfatiza lo instintivo, lo no adquirido.
2. La naturaleza humana entendida exclusivamente en términos de capacidades o facultades psicológicas. En este sentido, lo psicológico aparece como antítesis de lo meramente físico o social.
3. La naturaleza humana como algo que es en sí mismo vacío, sin forma. Su rasgo más importante es la capacidad para ser moldeada por la influencia del entorno.
4. La naturaleza humana como algo que no puede ser definido en términos de constitución de los individuos ya sea natural o adquirida. De acuerdo con este tipo de comprensiones, la naturaleza humana sólo puede conocerse a través de

¹⁴ Cfr. MW, 6: 29.

sus productos concretos objetivos como el lenguaje, la religión, la ley, el Estado, y las artes.

Al examinar estas diversas visiones de la naturaleza humana podemos evidenciar que resulta en extremo difícil lograr establecer puntos de acuerdo entre ellas. Podríamos afirmar incluso que son excluyentes entre sí. Así por ejemplo, pensar que existe una naturaleza humana original inalterable es negar de plano lo que comúnmente llamamos crecimiento y ello implicaría asumir un carácter estático inexistente en la naturaleza humana ignorando toda la influencia de las instituciones que han regido su desarrollo en la historia.

Nos aproximaremos ahora a la comprensión de naturaleza humana desarrollada por Dewey. Para ello, parte de nuestra investigación atenderá a lo planteado por el autor en su obra *Naturaleza humana y conducta*. Comenzaremos pues por el elemento que Dewey consideró clave para la comprensión de la naturaleza humana, este es a saber, el hábito.

1.3. El papel del hábito en la naturaleza humana

Antes de exponer cómo está configurada la naturaleza humana en sus diversos componentes Dewey analiza una constante en la historia del pensamiento humano:

La naturaleza del hombre ha sido vista con sospecha, con temor, con desagrado y, a veces, con entusiasmo por sus posibilidades, pero sólo cuando éstas se hacían contrastar con sus realidades. Se le ha hecho aparecer tan malignamente dispuesta que la labor de la moralidad consistía en recortarla y someterla; sería mejor si se la pudiera sustituir por alguna otra cosa.¹⁵

De acuerdo con Dewey, los moralistas vieron en la naturaleza humana algo que se les resistía, que no se dejaba controlar, ¿por qué estableció la moralidad preceptos tan ajenos a la naturaleza humana? Si las finalidades sobre las que insistía y las reglas que imponía eran después de todo productos de tal naturaleza humana ¿por qué, entonces,

¹⁵ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. p. 13.

ésta les era tan contraria?¹⁶ Son algunas de las preguntas que introducen la reflexión deweyana que indaga y busca establecer una comprensión de la naturaleza humana. Es en esta investigación sobre cómo se ha entendido la naturaleza humana que Dewey sitúa al hábito como el elemento distintivo y clave para explicar el comportamiento humano.

Si bien es un lugar común en la psicología enfatizar el carácter repetitivo de los hábitos, tratando de señalar que esto es lo que los distingue de otros elementos propios del comportamiento humano, Dewey, sin embargo, matiza y rechaza dicha interpretación. En la noción deweyana de naturaleza humana los rasgos característicos de los hábitos son distintos. Lo propio de los hábitos va mucho más allá de su carácter repetitivo, en este sentido nos dice el autor:

La repetición no es, en ninguna forma, la esencia del hábito; la tendencia a repetir actos es inherente a muchos de ellos pero no a todos. La esencia del hábito es una predisposición adquirida hacia formas o modos de reacción y no hacia actos en particular, a menos que en condiciones especiales, éstos sean la expresión de una forma de comportamiento.¹⁷

Un hábito es una sensibilidad particular a ciertas clases de estímulos, de predilecciones y aversiones permanentes. Podemos decir entonces que nuestras formas de conducta física, emocional y cognitiva se conciben también como capacidades organizadas o hábitos. No se trata de una simple repetición de actos específicos, sino que son disposiciones con una continuidad, es decir, los hábitos se manifiestan en la diversidad de los actos y sus consecuencias. Una disposición significa tendencia a actuar, una energía en potencia que dadas ciertas condiciones se expresa y hace visible. Gracias a esta característica de los hábitos podemos hablar de una unidad de carácter y conducta en los individuos. En palabras de la profesora Elizabeth Flower, “los hábitos son herramientas que ponen la experiencia acumulada a nuestra disposición.”¹⁸

En el marco de la filosofía deweyana, los hábitos evidencian la conexión y coherencia de las acciones que se realizan y los motivos que las producen. Si partimos

¹⁶ Cfr. *Ibíd.*

¹⁷ *Ibíd.* p. 49

¹⁸ FLOWER, ELIZABETH, *A Naturalistic Psychology, Individual and Social, Op. Cit.* p. 34.

del presupuesto de que motivos y acciones se encuentran separados se generan graves consecuencias a nivel moral. Para describir esta situación nos indica Dewey:

Una santidad de carácter que se manifiesta sólo en las fiestas de guardar, es ficticia; si una virtud como la honradez, la castidad o la benevolencia vive dentro de sí misma, independientemente de resultados definidos, acaba por consumirse y evaporarse por sí sola. La separación del motivo y la fuerza que lo impulsa en una acción, es causa tanto de las morbosidades y futilidades de los profesionalmente buenos, como del menosprecio más o menos subconsciente que por la moralidad tienen las personas de fuertes hábitos ejecutivos, que prefieren “hacer las cosas”.¹⁹

Tenemos entonces que la unidad de carácter en la personalidad de un individuo se manifiesta en los actos producidos por sus hábitos y sus consecuencias. No podemos pues separar un acto del motivo que lo produce y las consecuencias que trae al momento de juzgar moralmente un hábito pues éste encarna la agrupación de estos tres elementos. En apoyo de esta interpretación encontramos lo señalado por Don Mixon, comentarista de la obra de John Dewey, quien afirmó: “La responsabilidad por las propias acciones significa en últimas hacerse responsable por los propios hábitos.”²⁰

Otro de los rasgos característicos de los hábitos es que operan como fuerzas o energías potenciales. Un hábito al que se le impide su realización manifiesta busca lograr expresarse ya sea a modo de idea o de deseo que encarna toda la fuerza del hábito frustrado. Sobre esta transformación nos dirá Dewey: “no es lo que a veces llamamos tal, una abstracción pálida y anémica, sino que está cargado de la urgente fuerza motriz”²¹

En la búsqueda por establecer las condiciones que permitan la expresión abierta de los hábitos se hace necesario no sólo la modificación de los mismos viejos hábitos que habiéndose constituido como respuesta a situaciones del pasado no logran una expresión libre en el presente, sino también la transformación del medio en el que éstos se desenvuelven. Los hábitos se configuran a partir de aquello que asimilan del medio

¹⁹ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. p. 52

²⁰ MIXON, DON, *John Dewey: Critical Assessments*, Routledge, London 1992, Vol 1. p. 74. La traducción es mía.

²¹ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. p. 52.

circundante en el cual se construyen. Esto último constituye un elemento importante que enfatiza la urgencia de comprender la visión de naturaleza humana en Dewey para lograr una interpretación acertada del concepto de libertad. La razón es la siguiente: si los hábitos son producto y expresión del medio social en el que se construyen, cuando hablamos de los hábitos hacemos también referencia a una serie de condiciones objetivas necesarias para la expresión libre de los mismos. Dewey lo expresaría claramente al decir que, “el problema moral consiste en modificar los factores que influyen ahora en los resultados futuros. Para cambiar el carácter o la voluntad de otra persona, tenemos que alterar las condiciones objetivas que entran en sus hábitos.”²² Así las cosas, debemos decir que para vivir una libertad efectiva son indispensables condiciones positivas reales en la sociedad que la posibiliten y propicien.

Dewey señaló en sus textos la imposibilidad para modificar un hábito directamente. Dicha modificación sólo sería posible indirectamente a través de la transformación de las condiciones en las que estos se construyen. Para ello, deben identificarse y valorarse inteligentemente las búsquedas de los individuos expresadas en sus hábitos, sus deseos e ideales para así poder facilitar su realización. Así pues, en lo que respecta a la transformación de los hábitos debemos reconocer que no es una cuestión posible sólo a partir de un gran esfuerzo de la voluntad, sino que implica la colaboración de condiciones objetivas adecuadamente estudiadas y escogidas para poder utilizarlas a favor de la realización de los ideales y búsquedas de los individuos.

Esto último nos plantea ciertas preguntas que nos ubican en el horizonte del tema en cuestión, es decir, el de la libertad: ¿Qué hábitos queremos formar en los individuos para colaborar en la construcción de qué tipo de sociedad? ¿Qué tipo de sociedad necesitamos para colaborar en la construcción de qué hábitos? Y, siendo aún más específicos, ¿qué tipo de hábitos es necesario propiciar para la construcción de una sociedad cuyo producto necesario sea la vivencia real de la libertad? y ¿qué tipo de sociedad es la que

²² *Ibíd.* p. 30.

propende por la formación de hábitos que expresan y consolidan abiertamente la realización efectiva de la libertad? Esta sociedad será para Dewey la sociedad democrática que analizaremos en el segundo capítulo del presente trabajo tratando de identificar cuáles son los valores y rasgos característicos de esta forma de vida que la hacen idónea para la construcción de individuos y sociedades libres. Ahora nos adentraremos en el conocimiento de un segundo factor de la naturaleza humana, se trata de la inteligencia y su rol en relación con los hábitos.

1.4. El papel de la inteligencia y su relación con los hábitos

En relación con los hábitos, la inteligencia tiene una labor muy importante. La inteligencia es la que posibilita la corrección y el reajuste de los hábitos a partir de la observación de sus consecuencias. Así pues, la intervención de la inteligencia en la configuración de los hábitos establece el criterio para diferenciar lo que Dewey llama un hábito inteligente de uno rutinario.

De acuerdo con el filósofo de Burlington, la mecanización es una parte necesaria de los hábitos puesto que si para cada acción tuviera que buscarse conscientemente su forma de ejecución intencional ésta última se realizaría de forma torpe. Ahora bien, a pesar del necesario carácter mecánico de los hábitos es posible hacer una diferenciación entre los hábitos que están exclusivamente gobernados por la mecanización o rutina y los hábitos inteligentes en los cuales opera más ampliamente el pensamiento, la razón y los sentimientos. Sin duda, es este último tipo de hábitos los que se ha de procurar cultivar. Cualquiera que sea el oficio de una persona su accionar debe ir orientado por hábitos inteligentes en los que el pensamiento actúa flexibilizándolos y adecuándolos a las distintas situaciones cambiantes en las que se desenvuelven. En este sentido afirma Dewey:

El hábito es una capacidad, un arte formado a través de la experiencia pasada; pero el que una habilidad se limite a la repetición de actos anteriores adaptados a condiciones pasadas o que esté

disponible para adaptarse a nuevas circunstancias, depende exclusivamente de la clase de hábito que sea.²³

Tradicionalmente la sociedad ha admirado el modo mecánico de operación de los hábitos: los hábitos repiten, crean rutinas y en esa medida conservan los modos de acción previamente establecidos por la cultura. No ocurre así, sin embargo, con los hábitos que están atravesados por el pensamiento, los hábitos inteligentes que tienen la capacidad de flexibilizarse y ajustarse a las exigencias de las condiciones del presente. Irónicamente, la sociedad por un lado alaba los hábitos rutinarios y a su vez considera al pensamiento como la fuente fundamental de la evolución y el progreso. Y no es de unos pocos el interés por hacer del pensamiento una herramienta limitada en su uso, reservada para espacios distantes de la sociedad real. Es así como el pensamiento con frecuencia se ve restringido a ciertas esferas especializadas de la civilización y sólo es aceptado por sus aportes en los laboratorios y bibliotecas pero no en la cotidianidad de la vida pública. La preferencia por el cultivo de los hábitos mecánicos e irreflexivos tiene de base razones e intereses de tipo político. Dewey expresa este hecho con claridad al señalar:

Quienes ambicionan monopolizar el poder social encuentran conveniente la separación entre hábito y pensamiento, acción y alma, tan característica en la historia. Ya que ese dualismo les permite ser ellos los que piensen y hagan los planes, en tanto que los demás siguen siendo los dóciles, aunque torpes, instrumentos de ejecución. Mientras no cambia esta situación, la democracia está expuesta a ser pervertida en su realización.²⁴

Cabe resaltar aquí cómo Dewey a medida que desarrolla y expone su comprensión de naturaleza humana va vislumbrando a su vez la importancia y el carácter político inevitable que ésta tiene, es decir, las implicaciones necesarias que dicha comprensión tiene en el desenvolvimiento de la vida pública de una sociedad. No es gratuito que sea en la exposición de su teoría sobre la naturaleza humana que el autor realice una crítica a los dualismos que han atravesado la historia como el de mente y cuerpo o el de espíritu y acción que en últimas no son más que un reflejo de las divisiones establecidas por la sociedad entre hábitos y pensamiento, medios y fines, práctica y teoría. Educados en

²³ *Ibíd.* p. 71

²⁴ *Ibíd.* p. 76

estos dualismos, los individuos miembros de una sociedad que se hace llamar a sí misma “democrática” no tienen otro destino que la repetición e imitación constante de los modelos eternamente implantados como formas de conducta a seguir. El uso adecuado y cultivado de la inteligencia y la intervención continua del pensamiento en las decisiones y acciones cotidianas de las personas no pasa de ser un ideal promulgado por la civilización pero sin posibilidad alguna de verse realizado.

Tenemos entonces que la verdadera oposición no se da entre inteligencia, pensamiento o razón y los hábitos, sino entre los hábitos gobernados por la inteligencia y la razón y los hábitos gobernados por la rutina, la imitación o repetición. Quizás el lector pueda preguntarse, ¿cuál es el papel de la razón en la construcción de los hábitos? y a ello debemos responder que es justamente ésta la encargada de despertarnos de nuestras fidelidades ciegas desarrollando en los individuos una actitud crítica, investigativa y sensible frente a las incoherencias brutales y extravagantes de algunas de nuestras costumbres más afianzadas. La razón exige razonabilidad en las acciones. Es el motor de la modificación de los hábitos y, por tanto, de las costumbres que son la expresión social o la encarnación colectiva de los hábitos individuales.

De acuerdo con lo anterior, la razón se encuentra en el meollo de toda cuestión moral puesto que ella nos cuestiona nuestra aceptación de ideas trascendentales y metafísicas que tradicionalmente han fundamentado las normas morales. La razón frente a las costumbres nos coloca en el horizonte de la pregunta ¿por qué seguir determinado principio moral si se desea realizar algo distinto? ¿Por qué guiar mi acción por una norma previamente establecida si la situación actual me exige o me induce a actuar de otra manera? Nótese que estos dilemas no propenden hacia la elección entre una autoridad moral que se guíe por las costumbres y otra que no, sino que busca la formación y cultivo de hábitos y costumbres inteligentes, flexibles y adaptables.

Dewey considera que este tipo de dilemas da origen a las confrontaciones que siempre han existido entre los distintos grupos humanos. Las acciones de los miembros

de cada uno de estos grupos se encuentran moldeadas por aquellos principios morales que han orientado históricamente sus comunidades. Sus oposiciones por lo general se encuentran fuertemente alimentadas por los intereses políticos de cada grupo que siempre considerará moralmente transgresivo el comportamiento de los otros grupos. De ahí la importancia de que la inteligencia opere en medio de las disputas y no después de que éstas ya han tenido consecuencias y determinaciones. Pues es la inteligencia la que puede flexibilizar los principios morales tradicionales y conducir a los individuos a su adaptación y a la aceptación de sus diferencias producto de la diversidad de grupos sociales a los que pertenecen y en los que se han formado.

La inteligencia no puede ser una abstracción que se hace visible sólo para registrar lo que ya ha ocurrido en las deliberaciones de tipo moral. Ésta tiene que intervenir antes estudiando las condiciones a las que los principios morales por asumir quieren atender, y durante los mismos discernimientos para hacer la mejor elección, es decir, la de los principios que más fácilmente se adapten a las distintas situaciones y condiciones en las que se desenvuelven. “La labor que la inteligencia cumple en cualquier problema al que se enfrente una persona o una comunidad es efectuar una conexión operativa entre hábitos, costumbres, instituciones y creencias anteriores y las nuevas condiciones.”²⁵

De la mano de la inteligencia que, como hemos señalado, es uno de los motores en la modificación de los hábitos y las costumbres, se encuentra también como factor clave el impulso. El impulso podríamos decir es el segundo motor que coadyuva en la transformación de los hábitos y las costumbres, a continuación analizaremos entonces cuál es el papel del impulso en relación con los hábitos.

²⁵ DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, trad. J. Miguel Esteban, Alfons el Magnánim, Valencia, 1996, p. 89.

1.5. El rol de los impulsos en su relación con los hábitos

A diferencia de los hábitos cuya naturaleza es artificial, es decir, adquirida, los impulsos tienen un carácter innato. Ahora bien, en la comprensión de naturaleza humana que tiene Dewey, cuando hablamos de las conductas humanas lo adquirido es prioritario, es decir, es más importante lo que viene dado o que es formado en el contacto con la sociedad que aquello que hace parte de la naturaleza original de los seres humanos. Ahora, si bien los impulsos tienen una naturaleza original e innata, sus significados, sin embargo, no la tienen. El significado de lo innato que hace parte de la naturaleza humana es construido en la interacción constante de la constitución de los individuos con el medio circundante. En este sentido, afirma Dewey:

El conjunto de instintos innatos es prácticamente el mismo en todas partes. Por mucho que exageremos las diferencias originales entre patagones y griegos, pieles rojas e indostanos, bosquimanos y chinos, dichas diferencias no guardan comparación con las que se encuentran en sus costumbres y cultura. Como tal diversidad no puede atribuirse a una identidad original, el desarrollo del impulso nativo debe considerarse en función de hábitos adquiridos; y no el crecimiento de las costumbres en función de los instintos.²⁶

De acuerdo con lo anterior, si queremos comprender el significado de los impulsos e instintos lo que debemos hacer es analizar las condiciones del contexto en relación con las cuales se han configurado. En otras palabras, se necesita reconocer cómo lo innato se ha visto modificado por la interacción con la cultura. Esta consideración de los impulsos planteada por Dewey es otro de los puntos en los que toma distancia de la psicología ortodoxa que buscó enfatizar y comprender a los individuos exclusivamente a partir de su constitución innata abstrayéndolos de su interacción con la sociedad.

Por el contrario, Dewey ve en los impulsos fuerzas en continua interacción con el medio que los amolda y los configura a su vez como motores de reajuste que motivan y orientan las transformaciones en los individuos y en la sociedad. Es esta relación bilateral entre naturaleza humana y sociedad la que hace que los impulsos y la cultura logren transformarse mutuamente. Este hecho lo podemos reconocer en el desarrollo

²⁶ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. p. 92.

mismo de los individuos que desde su nacimiento comienzan a interactuar con una sociedad a la cual logran integrarse adaptando sus impulsos de acuerdo a lo que ésta les exige. Sólo así consiguen desplegar las actitudes y los hábitos necesarios para desenvolverse en el medio y ser capaz a su vez de actuar e influir sobre esta misma sociedad con independencia. Dewey nos explica esta comprensión de los impulsos al expresar que:

... como ya hemos observado, si se aísla a un individuo de esta manera, junto con el hecho de la primacía del instinto encontraremos también el hecho de la muerte. Los impulsos incipientes y dispersos de un recién nacido no se coordinan para hacerse fuerzas utilizables, sino por medio de dependencias y compañerismos sociales. Sus impulsos son meramente puntos de partida para la asimilación del saber y destreza de los seres más maduros de quienes depende; son como tentáculos que se distienden para absorber de las costumbres la nutrición que con el tiempo hará al niño capaz de actuar independientemente; son factores de la transferencia del poder social existente a la capacidad personal; son en fin, los medios para lograr un crecimiento reconstructivo. Si desechamos una imposible psicología individualista llegaremos al hecho de que las actividades nativas son órganos de reorganización y reajuste.²⁷

Los impulsos son así parte importante del proceso de renovación de la sociedad humana. Estos intervienen en la evolución y modificación de los hábitos y las costumbres. Un hábito configurado para responder a unas condiciones sociales dadas en el pasado al enfrentarse a las nuevas condiciones del presente resulta inoperante. En este contexto cobra valor el rol de los impulsos, pues un impulso que no logra satisfacerse a través de los hábitos establecidos busca reconstruir dichos hábitos y las condiciones de la sociedad en las que éstos fueron construidos y que le resultan adversas. Tanto los hábitos como los impulsos expresan deseos, si estos últimos no logran satisfacción buscarán efectuar las transformaciones necesarias de aquellas condiciones que no les permiten dicha satisfacción, buscarán modificar aquellas tradiciones, costumbres o hábitos que no les sean favorables. De acuerdo con Dewey, son los impulsos los que encarnan los deseos de los individuos, deseos que, en ocasiones, entran en oposición con la sociedad y sus intereses pero que determinan el principio de individualidad de la mente.

²⁷ *Ibíd.* p. 95.

Debemos decir también que entender los impulsos nos permite comprender parte de los procesos de transición de las sociedades. Las luchas por establecer condiciones específicas que favorecieran el bienestar de las sociedades se puede explicar en cierta medida a partir de las búsquedas por satisfacer aquellos impulsos que durante largo tiempo se vieron restringidos. En dichas luchas los individuos buscan reajustar las condiciones concretas de sus culturas para alcanzar así la satisfacción efectiva de sus impulsos, deseos y tendencias innatas. Y esto no de manera exclusivamente extraordinaria, en tiempos de crisis y transición, sino también en la cotidianidad. En efecto, las distintas culturas han buscado realizar sus propósitos, deseos y necesidades dando un manejo deliberado a los impulsos de sus miembros, en especial, de sus miembros más jóvenes cuyo carácter es más flexible y manipulable. El reflejo más conspicuo de dicha manipulación deliberada, sin que ésta tenga un carácter negativo, lo encontramos en la institucionalización de la educación.

Así las cosas, la educación se torna perjudicial para el bienestar de la sociedad cuando forma en hábitos inflexibles e inadaptables. Una sociedad así provoca con el tiempo en sus miembros el uso de medios violentos y coercitivos. Cuando se educa a los individuos no en hábitos inteligentes sino en hábitos rutinarios por lo general se hace en beneficio exclusivo de la sociedad adulta, o de la clase dirigente establecida a quien le resulta benéfico que las condiciones sociales no sean transformadas. Los miembros mayores de la comunidad siguiendo sus intereses forman a los miembros menores en el conformismo, la repetición y la dependencia. Por el contrario, junto con su capacidad de acomodación y de imitación la actitud propia de los miembros jóvenes de una sociedad es su deseo de creación, de riesgo, de lanzarse a descubrir nuevas posibilidades. Esta realidad es descrita por Dewey al señalar:

Lo antiguo y lo nuevo se hallan en un continuo proceso de reacomplamiento y de mutua reintegración, de manera que los valores de la antigua experiencia puedan ser instrumentos al servicio de nuevos deseos y objetivos. Siempre hay costumbres y hábitos que condicionan nuestra conducta. Este hecho significa que nos hallamos siempre bajo el influjo de la inercia de fuerzas ya pasadas pero que todavía están presentes en nosotros como parte de nuestro ser. La vida humana se ajusta a pautas,

institucionales y morales. Pero el cambio también convive con nosotros, exigiéndonos que rehagamos constantemente los antiguos hábitos y modos de pensar, querer y actuar.²⁸

Una vez más la disputa moral puede ser descrita entre los hábitos rutinarios y los inteligentes. En este caso, se trata de los hábitos rutinarios ya establecidos en la sociedad por sus miembros adultos contra los impulsos de los miembros más jóvenes que quieren en el despertar de su pensamiento comprender esas costumbres tan arraigadas de las cuales sospechan y no quieren participar y, más aún, desean modificar. El joven en su crecimiento desarrolla un pensamiento crítico como respuesta a aquellos espacios donde sus impulsos pueden verse amenazados, esto es, en la moral, la religión y la política. Si este desarrollo del pensamiento crítico no es acertadamente orientado y si es obstruido a través de la educación tradicionalista impartida por los adultos, la sociedad se hallará destinada a la repetición irreflexiva de las costumbres por largo tiempo establecidas.

Dewey registra en esta tensión entre los hábitos rutinarios y los impulsos que buscan modificarlos y hacerlos flexibles dos ideales de vida contradictorios entre sí que las personas y las sociedades en las que participan han presentado como deseables. Un primer ideal es el del paraíso eterno, es decir, la consecución de un estado de vida imperturbable en el que cesen los esfuerzos, y los deseos y su posibilidad de realización estén en constante equilibrio. Bajo la orientación de este ideal soñamos con un carácter inmutable, que siempre se comporte igual. Este primer ideal se ve correspondido a partir de la perpetuación continua de los hábitos y costumbres rutinarias.

Un segundo ideal de vida, contempla un modo de vida en el que impere una libertad “natural” en la que se pueda dar rienda suelta a los impulsos sin limitación alguna. Bajo este ideal soñamos con un carácter regido por la espontaneidad y la inspiración que brinden los impulsos, y vemos en todas las instituciones y estructuras un obstáculo a la “libertad”. De acuerdo con Dewey, para poder superar esta escisión en los seres humanos es necesario que existan en la sociedad unas condiciones positivas que permitan la manifestación libre de los impulsos en pro de la modificación constante de

²⁸ DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, Op. Cit. p. 88.

las costumbres, hábitos e instituciones que estén necesitadas de reajuste y reorganización.

La historia de las culturas nos muestra, sin embargo, un modo de proceder contrario. Dado que no se ha concedido el espacio necesario a los impulsos para ejercer su labor de reconstrucción de los hábitos y las costumbres las naciones, acumulan tensiones por largo tiempo alimentadas que culminan en su explosión produciendo en efecto una reconstrucción pero, a un alto costo para la civilización. De ahí la necesidad de rejuvenecer las sociedades desde dentro educando a sus jóvenes en hábitos y costumbres flexibles, adaptables a las necesidades de los tiempos, y no perpetuando la imitación y repetición de rutinas, códigos y costumbres rígidas y anacrónicas.

La formación de hábitos inteligentes en los jóvenes implica un reto mucho mayor que la simple elaboración de normatividades fijas y rígidas en el tiempo. Actuar de acuerdo con hábitos inteligentes cuyo rasgo característico es su flexibilidad y adaptabilidad a las distintas situaciones implica la responsabilidad de realizar juicios críticos sobre cada escenario al que se enfrenten las personas, las cuales, tendrán que arriesgarse a descubrir y crear formas de resolución a las problemáticas presentadas en el entorno social. Los impulsos son pues flexibilidad, posibilidad de readaptar hábitos y por tanto, son motores de transformación para las sociedades y sus costumbres. Un individuo que tiene la posibilidad de dar expresión abierta e inteligente a sus impulsos podrá recrearse a sí mismo de modo tal que pueda enfrentar adecuadamente las distintas situaciones desafiantes que se le presenten.

Ahora bien, las posibles transformaciones suscitadas por los impulsos y los instintos no se dan de modo ágil o inmediato; los hábitos, las costumbres o las instituciones que los encarnan no se modifican de un momento a otro. Por el contrario, suelen pasar años antes de poder hablar de una transformación efectiva de los hábitos o las instituciones. Esto ocurre porque otro de los rasgos de los hábitos y de las costumbres es su capacidad de retención, de perpetuación y persistencia en el tiempo, de aquí que, aún anunciándose

sus modificaciones y haciéndolas visibles de modo externo, sigan persistiendo de modo interno agotando las supuestas novedades que quieren implantar. Dewey explica este fenómeno señalando que:

El cambio social real nunca es tan grande como el cambio aparente. Las maneras de creer, de esperar, de juzgar y las consecuentes disposiciones emocionales de agrado y desagrado, no se modifican con facilidad una vez que han tomado forma. Las instituciones políticas y legales pueden ser alteradas y aun abolidas, pero el grueso del pensamiento popular que ha sido moldeado por ellas persiste... En consecuencia, es regla general que los efectos morales, aun los de las grandes revoluciones políticas, después de un corto tiempo de alteraciones externas ostensibles, no se hagan notar sino hasta después de transcurridos algunos años.²⁹

De acuerdo con lo anterior, los cambios externos que se implantan en una sociedad son simplemente el reflejo visible del deseo de eliminar los obstáculos existentes para el uso abierto e inteligente de los impulsos y la transformación real de los hábitos y costumbres, sin embargo, esto sólo ocurre de manera efectiva con el transcurrir de largos periodos de tiempo. Vale la pena preguntarse en este punto de nuestra reflexión, ¿cuáles son las costumbres concretas que Dewey considera necesitadas de reajuste o reorganización? Para responder esta pregunta sin pretender hacer un análisis exhaustivo que resultaría por principio incoherente, pues son las sociedades mismas las que deben establecer qué es aquello que deben transformar de sí, a continuación realizaremos una breve descripción de aquellas costumbres consideradas en la sociedad moderna como elementos inmodificables dado su pretendido carácter “inherente” a la naturaleza humana y que Dewey expone como urgidas de cambio.

Para Dewey son fundamentalmente tres las costumbres que se han afianzado con el tiempo y que han llegado a ser erróneamente consideradas como inherentes al comportamiento humano. Estas son: la guerra, la propiedad privada, y el trabajo. En estos tres elementos Dewey registra el carácter irreflexivo de algunas de nuestras costumbres y convicciones que deben ser modificadas. ¿Cuál es el factor común a estos tres elementos? La convicción profundamente arraigada en la sociedad de que su existencia se fundamenta en los instintos naturales de los seres humanos y que, por

²⁹ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. pp. 107 – 108.

tanto, estas costumbres tienen un carácter inmutable y sus dinámicas consecuentes se hallan justificadas.

De la guerra Dewey nos dirá que los motivos a los cuales se asociaba en épocas anteriores como podían ser el honor, el anhelo de gloria, o la codicia de un soldado por incrementar su botín no son ya los motivos de las guerras en la actualidad. Es claro para el autor que los motores que dan inicio y sostenimiento a una guerra hoy son principalmente económicos y políticos. En esta medida, no puede afirmarse que estén fundamentadas en algún instinto belicoso particular sino que debe reconocerse que la guerra un producto de las instituciones, de aquellos colectivos en disputa. En conclusión, la guerra es una creación artificial de las sociedades.

El segundo ejemplo corresponde a una realidad mucho más reciente que la guerra en la historia de las culturas. Se trata del sistema económico bajo el cual se han regido en los últimos siglos la gran mayoría de las sociedades. Estas sociedades tienen por presupuesto la existencia de un instinto de apropiación en la naturaleza humana que hace de la propiedad privada una realidad necesaria e inevitable. El filósofo de Burlington indicó que el hecho de que los seres humanos no hayamos podido idear y hacer funcionar un sistema económico que no implique la explotación de algunos individuos para beneficio de otros nos ha llevado a pensar erróneamente que la propiedad privada es la mediación única e indispensable para satisfacer nuestras necesidades económicas. “Tratan fenómenos que son síntomas peculiares de la civilización occidental del presente, como si fueran los efectos necesarios de impulsos innatos fijos de la naturaleza humana.”³⁰

Por último, el tercer ejemplo surge en conexión con las visiones de naturaleza humana anteriormente expuestas. De éstas afirmamos que la consecuencia común a todas es la justificación del establecimiento de hábitos y costumbres poco flexibles e inadaptables a las necesidades que el tiempo va presentando. En un contexto así los

³⁰ *Ibíd.* p. 147.

intentos por modificar estas costumbres no sólo resultan inútiles sino innecesarios. El tercer ejemplo es el modo negativo como asumen hoy los individuos el trabajo. Contraria a la satisfacción espontánea que implicaba para el hombre la realización de actividades útiles de acuerdo a sus inclinaciones y gustos, hoy en día, el trabajo produce en las personas fastidio, tedio y frustración. El trabajo se ha constituido y ha sido comprendido como una actividad opresiva, frustrante y en últimas desagradable que en lo posible ha de ser evitada, ¿Es esta la condición natural del trabajo? o debemos preguntarnos ¿cuáles son las condiciones sociales que le han dado este carácter negativo al trabajo? Haciendo una descripción de esta realidad Dewey comenta:

Las condiciones sociales en que se emprende el “trabajo” se han hecho tan contrarias a la naturaleza humana que no se realiza por lo que intrínsecamente significa. Se lleva a cabo en condiciones que lo vuelven inmediatamente irritante. La pretendida necesidad de un incentivo para sacar al hombre de su inercia pasiva, no es sino la necesidad de un aliciente bastante poderoso para sobreponerse a los estímulos contrarios que derivan de las condiciones sociales. Las circunstancias que rodean al servicio productivo privan ahora de toda satisfacción directa a quienes lo ejecutan.³¹

Para Dewey un signo claro del carácter negativo con el que se comprende hoy el trabajo es que éste tenga que ir motivado artificialmente a partir de incentivos externos al trabajo mismo. Así pues, las condiciones sociales de las culturas antes que motivar el despliegue de las capacidades humanas, lo frustra. En consecuencia, la inclinación de disfrutar la realización de actividades útiles en relación con la naturaleza y con otros individuos que en principio habría de producir satisfacción a los hombres, les produce, por el contrario, disgusto.

Queda una vez más en evidencia la gran influencia que tienen las condiciones del entorno social sobre los impulsos y la configuración de las costumbres. Llega un momento en que la perpetuación de dichas costumbres llega a un nivel tal que la humanidad comienza a considerarlas como un producto necesario, inevitable e inmodificable de la naturaleza, con lo que su transformación se hace un imposible.

³¹ *Ibíd.* p. 120.

Ahora bien, considerar las costumbres humanas como productos inmutables de la naturaleza y de la sociedad es algo que también va atravesado por los intereses políticos y económicos propios de las clases dirigentes que, como es de esperarse, no tienen pretensión alguna de abandonar su posición privilegiada y prestigiosa en la cultura, por el contrario, desean eternizar su poderío sobre la población menos favorecida. Al respecto nos dice el autor: “Quienes intentan defender la causa de que las instituciones económicas existentes son necesarias como manifestaciones de la naturaleza humana, convierten esta sugestión de investigación concreta en una verdad generalizada y, por ende, en una falsedad definitiva.”³²

Crear en una naturaleza humana inmutable cuyos productos son inevitables es creer también en un carácter pasivo natural de los individuos que explica su inactividad únicamente interrumpida a través de algún tipo de incentivo, motivación o compensación externa. De acuerdo con Dewey, sólo debemos hablar de motivos cuando nos referimos al interés estimulado en que alguien obre de alguna forma específica en virtud de las consecuencias que pretendemos con dicho acto. Por ello, el autor nos dirá que una persona no necesita de hecho motivos para realizar algo, sino saber cuáles son las consecuencias que se esperan de sus acciones para poder actuar consecuentemente. El motivo es pues, una clase de impulso que se configura a partir de las consecuencias esperadas de los actos realizados.

...un motivo es aquel elemento del complejo total de la actividad de un hombre que, si se le puede estimular lo bastante, se manifestará en un acto que tiene consecuencias específicas... Motivo es aquel elemento de un acto que se considera como una tendencia a producir tales o cuales consecuencias. No existe el motivo con anterioridad al acto ni lo produce, es un acto más un juicio acerca de algún elemento del mismo, juicio que se forma a la luz de las consecuencias del acto.³³

Una vez explicado la naturaleza de los hábitos, las costumbres, la inteligencia, los impulsos y los motivos y las dinámicas que estos suscitan en la sociedad, la pregunta ineludible que se nos presenta es ¿cómo hacer para desplegar la fuerza readaptativa y

³² *Ibíd.* p. 116.

³³ *Ibíd.* p. 118.

reorganizativa que estos elementos tienen a favor de la transformación de las sociedades en las cuales se desenvuelven? Para contestar esta pregunta tendremos que atender a la explicación de otro concepto que ha estado latente como fundamento en toda la descripción deweyana de naturaleza humana hasta ahora expuesta.

Hábitos, inteligencia, impulsos y motivos, son ciertamente conceptos fundamentales que describen la noción deweyana de naturaleza humana. Sin duda, el más importante de estos conceptos es el hábito pues éste nos ubica en el horizonte de la reflexión moral sobre las acciones. Sin embargo, existe también un concepto de suma importancia que permea en su totalidad la comprensión que Dewey ha construido sobre la naturaleza y la conducta de los seres humanos y que nos permite a su vez vislumbrar su valor para entender la noción de libertad. Este concepto es el de acción recíproca.

Como su nombre lo indica, el concepto de acción recíproca revela la relación constante dada entre dos factores siempre presentes en la explicación que hasta ahora hemos hecho de los componentes de la naturaleza humana, estos son: la constitución biológica, natural e innata de los seres humanos y el medio social en el que dicha constitución se desarrolla. Así pues, es necesario en nuestra disertación profundizar ahora sobre el valor del término acción recíproca y lo que dicha expresión pueda significar en la construcción deweyana de la noción de libertad.

1.6. El concepto de acción recíproca

La noción de acción recíproca se constituye como otro de los pilares del pensamiento deweyano dado que en dicha expresión se encuentra encarnada buena parte de la novedad del aporte filosófico y psicológico de John Dewey. Dewey había identificado que los constructos teóricos ortodoxos de la psicología en su época tendieron a ignorar la importancia del influjo que desempeña el medio social sobre los distintos componentes de la naturaleza humana. Estas teorías no tuvieron en cuenta

cómo las condiciones sociales y culturales ejercen un influjo sobre los hábitos, las costumbres y los impulsos, cohibiéndolos, estimulándolos, intensificándolos y debilitándolos de acuerdo con los intereses de la misma cultura.

El concepto de acción recíproca establece y señala un objeto de estudio diferente para la nueva ciencia de la naturaleza humana que Dewey quiere construir. Esta ciencia no tendrá por supuesto una visión de una naturaleza humana inmutable o completamente vacía y a merced de los condicionamientos impuestos por el entorno. Por el contrario, la nueva ciencia de la naturaleza humana buscará comprender el proceso de interdependencia y transformación recíproca entre lo dado por la naturaleza y lo producido por la cultura para identificar así cuáles son sus productos objetivos en la sociedad y su importancia en el desarrollo de la individualidad.

El objeto de la investigación es ver las formas en que determinados componentes de la naturaleza humana, innatos o ya modificados, actúan recíprocamente con determinados componentes definidos de una cultura dada; pues los conflictos y concordancias entre la naturaleza humana, por un lado, y las costumbres y leyes sociales, por el otro, son productos de modos especificables de la acción recíproca.³⁴

Es importante notar que entender y asimilar el término acción recíproca en la comprensión de la naturaleza humana nos permite superar las divisiones radicales que suelen hacerse en la psicología entre naturaleza humana y medio social, división que es un claro reflejo del dualismo muy propio en la historia de la filosofía entre lo interno y lo externo. Una comprensión acertada de la naturaleza humana y la libertad debe apartarse de aquellas teorías que enfatizan la aparente división de las fuerzas intrínsecamente psicológicas y aquellas intrínsecamente sociológicas. Estas fuerzas no pueden entenderse correctamente de forma aislada. Así las cosas, un impulso o un hábito por sí sólo no logran explicar ningún fenómeno social puesto que sus efectos sólo se hacen efectivos después que dichos hábitos e impulsos han tomado el carácter de disposiciones a partir de la acción recíproca con las condiciones culturales del

³⁴ DEWEY, JOHN, *Libertad y Cultura*, *Op. Cit.* pp. 31 -32.

contexto, “... la naturaleza humana actúa en multitud de diferentes condiciones del medio ambiente, y su *acción recíproca* con éstas es la que determina las consecuencias y significación social, así como el valor positivo o negativo de las tendencias.”³⁵

De la misma manera ocurre con el valor de la libertad. A pesar de que hemos considerado tradicionalmente a la libertad como un impulso inherente a la naturaleza humana, no podemos hablar de ella, sin embargo, solamente como un impulso innato. La libertad está en nosotros como una posibilidad a desarrollar, es decir, en nosotros está la capacidad de desplegar nuestro interés en la libertad haciendo uso de las mediaciones concretas que nos dirijan hacia la vivencia efectiva de ésta. Ahora bien, la libertad real no es innata, no hace parte de la constitución original de los seres humanos, la libertad real es adquirida.

Reconocer este hecho nos ubica en el horizonte de la búsqueda, construcción y establecimiento de condiciones objetivas positivas en las culturas que mantengan abiertas las posibilidades de desarrollo para formar a los individuos en hábitos flexibles y adaptables, y costumbres cuyo rasgo fundamental sea la capacidad de atención a los retos que se le presentan a las sociedades con el paso del tiempo. Sólo en condiciones patentes que permitan a los individuos recrear, reconstruir sus vidas constantemente se podrá garantizar la posibilidad de la búsqueda y vivencia efectiva de la libertad y con ello, la posibilidad de ser felices.

...un ser humano, hasta un niño pequeño, no sólo aprende, sino que es capaz de interesarse en aprender, en adquirir nuevas actitudes y disposiciones. A medida que maduramos, adquirimos usualmente hábitos que se afirman hasta el punto de llegar a ser rutinarios, pero a no ser que estemos completamente fosilizados, podemos romper viejos hábitos y formar otros nuevos. Ningún argumento sobre la causalidad puede afectar el hecho, comprobado constantemente en la experiencia, de que podemos aprender, y aprendemos, y de que el aprendizaje no se limita a la adquisición de información adicional sino que se extiende a la modificación de viejas tendencias...La libertad en sentido práctico se desarrolla cuando uno se da cuenta de esta posibilidad y pone interés en convertirla en realidad.³⁶

²⁹ *Ibíd.* p. 111.

³⁶ DEWEY, JOHN, *Teoría de la vida moral*, Trad. Rafael Castillo, México, ed. Herrero Hermanos, 1965, pp. 200 – 201.

Una sociedad cuya educación no tenga un ideal de individuo totalmente preconcebido y que propenda por una formación en hábitos y costumbres flexibles, adaptables y atravesadas por la razón será una educación atenta a los signos de los tiempos y a sus exigencias, y tratará de dar respuestas adecuadas a estas últimas sin aferrarse a las costumbres que pudieron funcionar en el pasado. Sin duda, el seguimiento de las tradiciones nos brinda la comodidad de no tener que pensar y arriesgar creativamente en la búsqueda de nuevas respuestas adecuadas a las circunstancias que se nos presentan y que asumimos en principio como hostiles. Por el contrario, una educación como la deseada por Dewey tendrá por ideal fundamental el desarrollo y crecimiento constantes de individuos formados en y para la libertad, capacitados para enfrentar con gusto las nuevas exigencias del contexto social, para readaptarse a sí mismos cuando sea necesario y salir al encuentro de las situaciones y experiencias desconocidas haciendo un uso creativo de la razón. Nuestra tarea ahora será entonces describir el modo de vida que Dewey consideró propicio para el establecimiento y consolidación de dicha educación en la libertad. Se trata del modo de vida democrático.

Capítulo 2

LA DEMOCRACIA COMO CONDICIÓN PREVIA A LA CONSECUCCIÓN DE LA LIBERTAD

Me parece que la clave de la democracia como forma de vida puede estar expresada en la necesidad de la participación de todo hombre maduro en la formación de los valores que regulan la convivencia humana: cosa necesaria, sea desde el punto de vista del bienestar social general, o del pleno desarrollo de los hombres como individuos.³⁷

La pretensión de nuestra investigación ha sido abordar de modo crítico el problema de la libertad en la obra del filósofo pragmatista John Dewey. Para ello, hemos seleccionado dos frentes de aproximación. El primero es la comprensión de la naturaleza humana. A partir de su análisis hemos considerado importante para nuestra reflexión dilucidar y exponer el valor fundamental que tienen conceptos como el de hábito, costumbre, inteligencia, impulso y acción recíproca, entre otros. La descripción integrada de estos conceptos nos permitió reconocer que la libertad no es un valor inherente a la constitución de la naturaleza humana. Está en nosotros la capacidad de interesarnos por la libertad y buscar los medios para alcanzarla, pero la libertad en sentido práctico, la libertad real, implica el establecimiento de ciertas condiciones positivas en la sociedad que permitan e induzcan su vivencia efectiva. En otras palabras, la libertad real no es innata, sino adquirida, no es una libertad romántica e idealizada sino concreta, apoyada en medios específicos para su realización.

³⁷ LW, 12:217.

Nos corresponde ahora abordar el segundo frente de aproximación al concepto de libertad, este es, el de la democracia como modo de vida. En el presente capítulo debemos identificar los rasgos de la democracia que llevan a Dewey a preferirla sobre otras formas de vida y a tratarla así, como una forma de vida y no como un modelo de Estado que debe ser instaurado. Es preciso entonces adentrarnos en las raíces inspiradoras de la comprensión deweyana de democracia e identificar cuáles son los medios y rasgos característicos que hacen del modo de vida democrático el más propicio para una auténtica vivencia de la libertad.

Son muchas las obras de Dewey en las que la democracia aparece como la temática central a tratar; de hecho, no son pocos los autores y comentaristas que como Juan Carlos Mougán consideran que “la preocupación por el significado de la democracia constituye probablemente el hilo conductor más claro de la obra de Dewey”³⁸. Esta realidad que atraviesa la extensa obra deweyana nos exige realizar una selección cuidadosa de aquellos textos que nos conduzcan más directamente al tema y nos permitan hacer una descripción acertada de dicha noción. Obras como *Democracia y educación*, *La opinión pública y sus problemas*, *Libertad y cultura*, *Liberalismo y acción social*, junto con algunos ensayos como *La ética de la democracia*, son algunas de las fuentes que nos permitirán abordar el concepto deweyano de democracia.

2.1. La democracia como forma de vida

La visión de democracia desarrollada por Dewey constituye una reconstrucción radical de aquellas comprensiones tradicionales que describían la democracia como un modelo de Estado arraigado y encarnado en ciertas estructuras y medios procedimentales de gobierno como las elecciones participativas, las urnas y los votos, la igualdad política de todos los ciudadanos y su capacidad para elegir. La descripción de democracia elaborada por nuestro autor es presentada como algo que trasciende las estrictas

³⁸ MOUGÁN, JUAN CARLOS, *Conciencia democrática y fe religiosa en John Dewey*, en *Pensamiento*, Vol. 62, N° 232, p. 73.

fronteras de lo político. La democracia para Dewey no es solamente un modo de gobierno asumido por un Estado, sino que, es un estilo de vida que “se expresa en las actitudes de los seres humanos y se mide por las consecuencias que produce en sus vidas.”³⁹

Probablemente el lector se preguntará, ¿por qué Dewey tiene una visión negativa de la comprensión de democracia como un modelo de gobierno?, y ¿en qué elementos reside la novedad de la comprensión deweyana de democracia? Pues bien, a continuación daremos respuesta a estos dos cuestionamientos, una vez respondidos estos interrogantes podremos dilucidar por qué para Dewey la democracia es un estilo de vida.

Un primer elemento que vale la pena resaltar es la referencia que hace Dewey a la que considera es la comprensión de democracia más transmitida a todas las culturas, esta es la elaborada por Platón. La idea de democracia que Platón había plasmado en sus obras, en particular en *La República*, indicaba que el rasgo distintivo de la democracia frente a las otras formas de gobierno era que en ésta el gobierno pertenecía a las multitudes y no a unos pocos o a una sola persona como en las monarquías y las aristocracias. Se trataba de mostrar que en las democracias “el aparente gobernador es el sirviente y que los que realmente gobiernan son sus semejantes.”⁴⁰

Dewey criticó estas formas de entender la democracia señalando su carácter exclusivamente cuantitativo y su peligroso presupuesto común que mostraba a los seres humanos como individuos aislados y asociales. Una democracia cimentada en dicho presupuesto terminaba siendo, en efecto, un Estado cuya soberanía está distribuida en múltiples pedazos, un régimen de las mayorías, pero de unas mayorías nunca consolidadas que se limitan a votar y elegir los líderes que deben llevar a cabo las ideas que consideren propicias al bienestar social general. Así las cosas, visualizar la sociedad democrática como un organismo en el que todas las partes operan cooperativamente, es un imposible.

³⁹ DEWEY, JOHN, *Libertad y Cultura*, Op. Cit. p.125.

⁴⁰ EW, 1: 229

Esta imposibilidad se agudiza más aún, cuando la noción de Estado desarrollada por la filosofía en la historia contiene de modo inherente la idea de fijeza. En un Estado, las estructuras políticas implantadas tienden a consolidar con el tiempo un carácter estático e inalterable que permite conservar el orden del mismo y reproducir sin modificación alguna el modo de gobierno establecido. Sus estructuras raramente llegan a verse modificadas y esto sólo ocurre tras largos periodos de transición atravesados generalmente por intensos tiempos de violencia.

Quizás el lector pueda ver reflejada en esta idea de Estado uno de los ideales más nobles y loables asumidos en la historia por diversos países. En principio podríamos pensar que no existe nada perjudicial en el hecho de escoger un modo de gobierno para la sociedad, apearse a él y defenderlo. Sin embargo, es justamente ese apego inflexible a las estructuras políticas que tradicionalmente han sido asociadas con la democracia lo que Dewey rechaza al afirmar que la democracia política no puede ser identificada o confundida con la verdadera democracia que es la que se realiza desde las esferas más simples del comportamiento humano.

El apego ciego a los métodos tradicionalmente llamados democráticos constituye una seria amenaza para esa misma democracia que aparentemente se quiere defender. Un ejemplo de esta realidad lo encontramos frecuentemente en aquellos países que se hacen llamar a sí mismos Estados democráticos, estas naciones justifican dicha denominación presentando los métodos que utilizan en la construcción de opinión pública en materia política. Sin embargo, dicha denominación se ve desvirtuada en la realidad al evaluar los métodos comúnmente aplicados para la formación de creencias en otras materias, como en los ámbitos moral y religioso, o por los métodos educativos con los que se forma a los ciudadanos, en los que la autoridad de un miembro de la comunidad se impone en una condición de superioridad sobre el resto de los miembros de la misma. No puede considerarse democrática una sociedad que restringe los métodos de la discusión y la persuasión al ámbito político. Estas mediaciones deben extenderse a todos los ámbitos de una sociedad democrática.

Las comprensiones estrictamente políticas de la democracia que hacen de ésta una realidad posible sólo a partir de la implantación de un modelo específico y predeterminado de Estado o gobierno, tienden a abandonar los medios democráticos que pretenden defender, pues al absolutizar dichos medios haciéndolos inmodificables renuncian al pluralismo, la tolerancia y la posibilidad de estar en desacuerdo que son valores que están a la base de una verdadera democracia. Un ejemplo de estas dinámicas lo encontramos en la educación. En efecto, una democracia restringida a lo político busca que la educación impartida en las escuelas forme ciudadanos adaptados a las estructuras fijas de la sociedad, de tal manera que las puedan reproducir sin mayores modificaciones, evitando al máximo la readaptación de las instituciones y presentándolo todo como un patriotismo loable. Así pues, detrás de la aparente causa noble de formar ciudadanos patrióticos lo que en realidad ocurre es la negación de la posibilidad de despliegue de las capacidades humanas y el desarrollo de la individualidad de los ciudadanos.

¿Cómo identificar entonces una comunidad auténticamente democrática, coherente con el modo de vida que ha escogido para sí misma? Para respondernos este interrogante es necesario aproximarnos, en primera instancia, a la noción de comunidad desarrollada por Dewey, pues, en el marco de su filosofía, la consolidación de la democracia supone la construcción de una comunidad. A su vez, debemos abordar la noción de experiencia que es, sin duda, un pilar fundamental de la filosofía de John Dewey y que es la que posibilita la formación de una comunidad.

2.2. La comunidad democrática

Existen dos criterios por los cuales, de acuerdo con Dewey, se puede medir el valor de una forma de vida social asumida por un grupo humano. El primero es la extensión en que los intereses de ese grupo son compartidos por todos los miembros, y el segundo es

la plenitud y libertad con que este grupo interactúa con otros grupos⁴¹. La posibilidad de realización de estos criterios reside, en gran medida, en la capacidad de comunicación entre los miembros, pero no en un sentido unidireccional, sino en el de *compartir*, tomar parte, participar en un proceso de intercambio mutuo, común.⁴²

La sociedad no sólo continúa existiendo por la transmisión, por la comunicación, sino que puede decirse muy bien que existe en la transmisión y en la comunicación. Hay más que un vínculo verbal entre las palabras común, comunidad y comunicación. Los hombres viven en una comunidad por virtud de lo que tienen en común; y la comunicación es el modo en que llegan a poseer cosas en común. Lo que han de poseer en común con el fin de formar una comunidad o sociedad son objetivos, creencias aspiraciones, conocimientos – una inteligencia común- una afinidad, como dicen los sociólogos. Tales cosas no pueden pasarse físicamente de unos a otros como ladrillos; no pueden compartirse como varias personas comparten un pastel dividiéndolo en trozos. La comunicación que asegura la participación en una inteligencia común es la que asegura disposiciones emocionales e intelectuales semejantes, como modos de responder a las expectativas y las exigencias.⁴³

Estos criterios constituyen para el autor la posibilidad de que los individuos alcanzaran una manifestación más completa de sus facultades y se apropiaran y ejercieran su libertad. Desde el punto de vista del individuo, la vida en comunidad implica un ejercicio y aporte de las capacidades que se tienen para participar en las actividades del grupo al que se pertenece, y en compartir, conforme a la necesidad, los valores que configuran ese grupo. Desde el punto de vista del grupo, en cambio, “la vida en comunidad requiere la liberación de las capacidades de sus miembros en armonía con los intereses y bienes comunes. Pero dado que todo individuo es miembro de varios

⁴¹ Podría pensarse que bajo estos criterios una banda de ladrones también configura una comunidad. Sin embargo, esto lo aclara Dewey señalando que grupos cerrados como los que se dedican a delinquir no forman comunidad puesto que no pueden expresar sus capacidades sino exclusivamente al interior de su grupo y en consonancia con los objetivos del mismo. Esto implica para los miembros de un grupo tal, la represión de aquellas potencialidades que sólo podrían verse desplegadas en la interacción con otros colectivos, y esferas de intereses distintos. Quizás un grupo así podría interactuar con otros grupos del mismo talante, pero ello no representaría una ampliación en la diversidad de los intereses conscientemente compartidos, ello no significaría un enriquecimiento del libre juego de acción y reacción con otras formas de asociación. Para Dewey el aislamiento social es lo que produce las estructuras formales y rígidas de la vida, los ideales estáticos y egoístas, y esto puede presentarse en cualquier agrupación.

⁴² Una amplia descripción del concepto de comunidad de John Dewey lo encontramos en el artículo de Rafael del Castillo, *Érase una vez en América*, estudio preliminar del texto deweyano *La opinión pública y sus problemas*, ed. Morata, Madrid, 2004, pp. 41- 55.

⁴³ DEWEY, JOHN, *Democracia y educación*, trad. Lorenzo Luzuriaga, Losada, Buenos Aires, 1967, p. 12.

grupos, estas condiciones no pueden cumplirse a menos que los grupos interactúen flexiblemente entre sí.”⁴⁴

La comprensión deweyana de comunidad constituye una primera puerta de acceso al ideal de comunidad democrática. La comunicación, el compartir, la acción cooperativa inteligente como medio para la realización de fines comunes y la posibilidad de interactuar flexiblemente a partir de un libre intercambio con otros grupos, son rasgos que deberán caracterizar a la comunidad democrática. La comunicación abierta y flexible de las experiencias abandonando el aislamiento como modo egoísta de protección de los intereses estáticos propios de un grupo cerrado, es una condición de posibilidad para que un grupo se forme como comunidad. Esto último, nos ubica en el horizonte del que es, sin duda, uno de los conceptos fundamentales de la filosofía deweyana, éste es, el concepto de experiencia. La noción de experiencia elaborada por Dewey nos permitirá profundizar sobre el concepto de comunidad democrática y además nos permitirá comprender el tipo de educación que el filósofo de Burlington consideró más apropiado para este modo de vida. Esto último será parte de nuestro objeto de análisis en el tercer capítulo de nuestra investigación. Ahora nos corresponde dilucidar qué es la experiencia para Dewey.

2.3. La noción de experiencia

De acuerdo con Dewey, una comunidad no puede constituirse como tal si en ésta existen obstáculos para el libre intercambio y comunicación de la experiencia. Así mismo, la comunidad democrática no puede configurarse sólo a partir del diseño de instituciones, sino que su consolidación depende de la transmisión de unos valores, unos modos de sentir y pensar que ayuden a identificar qué clase de vida se quiere construir no con el fin de determinar un modo definitivo u homogéneo de conducta, sino de

⁴⁴ DEL CASTILLO, RAFAEL *Érase una vez en América*, estudio preliminar en DEWEY, JOHN, *La opinión pública y sus problemas*, ed. Morata, Madrid, 2004, p. 43.

configurar una visión de vida elaborada desde el compartir de experiencias de los miembros de la comunidad.

Un grupo de individuos sólo podrá configurarse como comunidad en el compartir de sus experiencias, encontrando en la diversidad de búsquedas y necesidades que éstas expresan, la manifestación de deseos e intereses comunes. Los miembros de una comunidad democrática deben encontrar qué clase de vida consideran deseable y los medios que puedan ayudar a realizarla. De acuerdo con lo anterior, una comunidad democrática es aquella “que intenta descubrir mejores modos de vida, más satisfactorios, más provechosos.”⁴⁵ Y para ello, no existe un método fijo sólo hay experiencias e historias que nos ayudan a encontrar los fines y medios que queremos utilizar en su realización.

¿Qué es entonces lo que Dewey entiende por experiencia? Responder este cuestionamiento a plenitud, reconociendo el lugar central que ocupa en la obra de nuestro autor es una labor que daría lugar a toda una investigación extensa que excede lo que hemos pretendido en nuestra reflexión. Sin embargo, en el marco de nuestro interés por dilucidar la comprensión deweyana de democracia y libertad y posteriormente, de sus implicaciones educativas, resulta inexorable realizar una descripción del significado y valor de este concepto en la filosofía de John Dewey y lo que representa para nuestra investigación.

Una experiencia es el producto de una transacción entre un individuo y lo que, en el momento, constituye su ambiente. El término ambiente no sólo hace referencia a un contexto social general sino que puede referirse también a una persona o un objeto específico. “En otras palabras, es cualquier condición que interactúa con las necesidades, propósitos y capacidades personales para crear la experiencia.”⁴⁶ La interacción de los individuos configurados a partir de los hábitos, impulsos y demás elementos de su

⁴⁵ *Ibíd.* p. 27.

⁴⁶ DEWEY, JOHN, *Experiencia y educación*, trad. Lorenzo Luzuriaga, ed. Losada, Buenos Aires, 1939, p. 50.

naturaleza humana, con las condiciones objetivas externas constituyen un juego recíproco a partir del cual se construye lo que Dewey llamó una *situación*. Así pues, afirmar que los individuos viven en un mundo significa que estos viven en una serie de situaciones. En el contexto de la filosofía deweyana, los conceptos de interacción y situación son inseparables.

Además del principio de interacción, en las experiencias opera también un principio de continuidad. Toda experiencia auténtica tiene un aspecto activo que cambia en algún grado las condiciones objetivas bajo las cuales se ha tenido la experiencia.⁴⁷ Dewey coloca como ejemplo de esta realidad el paso de la vida salvaje a la vida civilizada, esta transformación se encuentra fundada en los cambios que las experiencias previas han suscitado en los contextos en los que tendrán lugar experiencias ulteriores. “En una palabra, vivimos, del nacimiento a la muerte, en un mundo de personas y cosas, que en gran medida es lo que es por lo que han hecho y transmitido las actividades humanas anteriores.”⁴⁸

Toda experiencia afecta positiva o negativamente las disposiciones de los individuos estableciendo ciertas aversiones o preferencias que determinarán la cualidad de las experiencias futuras, es decir, toda experiencia prepara en algún grado a las personas para sus experiencias ulteriores suscitando lo que Dewey llama crecimiento. A modo de conclusión, podemos decir que para Dewey toda experiencia es una fuerza en movimiento pero, su valor sólo puede ser establecido a partir del conocimiento de aquello hacia lo cual se mueve y del grado en el cual prepara positivamente a las personas para experiencias futuras. Toda experiencia rescata algo de lo que ha pasado antes y modifica en algún modo lo que viene después.

Así las cosas, la importancia del concepto de experiencia para nuestra investigación reside en el hecho de que éste nos indica uno de los rasgos que ha de caracterizar el modo de vida democrático. La democracia será el modo de vida que disponga las

⁴⁷ Cfr. *Ibíd.* p. 43.

⁴⁸ *Ibíd.*

condiciones para el enriquecimiento de las experiencias. De acuerdo con esto último, la comunidad democrática deberá seleccionar cuáles son las experiencias valiosas en las que deben crecer sus miembros, modificándolas y reajustándolas de acuerdo a las exigencias que el tiempo presente y futuro muestren. Las experiencias dispuestas en una comunidad democrática crearán condiciones que posibiliten e induzcan las ocasiones, los estímulos y las oportunidades para que sus miembros continúen creciendo en las direcciones que permitan un desarrollo continuado. Ahora bien, las consecuencias educativas implicadas en la realización efectiva de la democracia y la libertad será parte de nuestro objeto de estudio en el tercer capítulo de nuestra investigación. Ahora debemos ahondar sobre la comprensión que John Dewey hace de la democracia y los rasgos que la han de caracterizar.

2.4. Una democracia más allá de lo político

Al aproximarnos a la filosofía política de John Dewey y a su definición de lo que es la democracia resulta interesante encontrar que nunca la democracia se ve identificada con algún método o medio en particular; lo que sí se señala como propio del modo de vida democrático es la capacidad de reajuste, de flexibilización y transformación organizada de hábitos, instituciones y costumbres de acuerdo con las exigencias de los tiempos. Así pues, la democracia no puede relacionarse directamente con un método (elecciones, votos, urnas) si dicho método no está en capacidad de modificarse de acuerdo con las necesidades e intereses del grupo que se autodenomina democrático. Al momento de definir específicamente lo característico de una sociedad democrática nos dice el autor:

Una sociedad es democrática en la medida en que facilita la participación en sus bienes de todos sus miembros en condiciones iguales y que asegura el reajuste flexible de sus instituciones mediante la interacción de las diferentes formas de vida asociada. Tal sociedad debe tener un tipo de educación que dé a los individuos un interés personal en las relaciones y el control sociales y los hábitos espirituales que produzcan los cambios sociales sin introducir el desorden.⁴⁹

⁴⁹ DEWEY, JOHN, *Democracia y educación*, Op. Cit. p. 111.

En este mismo sentido J. Miguel Esteban Cloquell, comentarista de los ensayos políticos de Dewey, afirma en su introducción a la obra *Liberalismo y acción social*:

Bien sabemos que la libre elección de representantes y cargos públicos no confiere automáticamente al individuo soberanía sobre su propia vida, ni le concede verdadero poder de decisión sobre los procesos que afectan directamente a su existencia cotidiana. Dewey advierte que la democracia civil no puede reducirse a los procesos electorales de la democracia política: “reducir la libertad a la libertad política”, observa nuestro pensador, “puede llegar a acarrear la pérdida de esa misma libertad política.”⁵⁰

Es de resaltar que dentro de la definición de democracia dada por el filósofo de Burlington, y analizada por Miguel Esteban, los métodos que tradicionalmente se han considerado democráticos no pueden garantizarnos la continuidad y consistencia de una democracia si dichos métodos no conciben entre sus fines su adaptación constante y relativa a los cambios que el tiempo exige. Una sociedad que se autodenomine democrática, pero que se aferra rígidamente a sus instituciones y costumbres haciéndolas inmodificables está en el camino directo de su destrucción a partir de la pérdida de las libertades de sus individuos. Una democracia así se encontraría en el ágil camino de transformación hacia un régimen absolutista.

Por ello Dewey considera que “la democracia es un camino no fácil de tomar y seguir. Al contrario, es supremamente difícil, en lo que respecta a su realización en las condiciones complejas del mundo contemporáneo.”⁵¹ Muchas veces hemos contemplado la democracia como algo fijo, estático, como herencia conquistada y dejada en testamento por glorias pasadas, como renta de la que se puede vivir, desconociendo que la democracia implica un examen constante que posibilite una auto-transformación. En este sentido nos señala el autor:

La verdadera idea de democracia, el significado de la democracia, debe ser continuamente reexplorado; debe ser continuamente descubierta y redescubierta, rehecha y reorganizada; y las instituciones políticas, económicas y sociales en las que se halla encarnada tienen que ser rehechas y reorganizadas para hacer frente a los cambios que tienen lugar en el desarrollo de nuevas necesidades para los seres humanos y nuevos recursos para satisfacer estas necesidades.⁵²

⁵⁰ DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, trad. J. Miguel Esteban, Alfons el Magnánim, Valencia, 1996, p. 18.

⁵¹ LW, 15:259

⁵² LW, 11:182

La democracia es, de acuerdo con Dewey, una forma de vida que tiene como horizontes el bienestar social general y el pleno desarrollo de los hombres como individuos. Por ello, la democracia no podrá ser una forma de vida inflexible cuyos hábitos, costumbres, e instituciones se caractericen por su rigidez e inadaptabilidad. La formación, los métodos y los fines de una democracia deberán ser continuamente revisados si desean ser auténticamente vigentes frente a los retos que el presente y el futuro presentan. Si, por el contrario, una democracia se arraiga estáticamente a lo dado por la tradición conduce a sí misma hacia su desaparición. Así pues, “la democracia es bastante más que una forma política particular, que el método de gobernar, de legislar y hacer marchar la administración gubernativa mediante el sufragio popular y las magistraturas electivas.”⁵³

Así las cosas, ¿es posible afirmar algún medio, método o valor como auténticamente democrático? La respuesta a este cuestionamiento es positiva. Por ello, nos corresponde ahora emprender el camino en nuestra reflexión hacia el descubrimiento de esos principios básicos o rasgos típicos que deben caracterizar y verse encarnados en una auténtica democracia. Esto nos permitirá respondernos posteriormente por qué es la democracia el espacio y modo de vida idóneo para la búsqueda y realización de la libertad.

2.5. Los valores de la democracia

El presupuesto básico de la noción deweyana de democracia es la confianza plena en las capacidades y potencialidades humanas de los individuos comprendidos como un organismo social en unión con el medio en el que se desenvuelven. Esta forma de comprender a los individuos rompe radicalmente con la visión tradicional de la democracia en la que los individuos son vistos como seres aislados o, como se afirma en algunas teorías, seres que en su estado natural se hallan en disputa. Aquellas teorías en

⁵³ LW, 11:217

las que se comprende a los individuos como átomos aislados o seres asociales hacen un fuerte énfasis en el aspecto cuantitativo de la democracia, tratan de evidenciar en su argumentación la necesidad de un contrato social para poder establecer relaciones estables y de bienestar entre los hombres. Así pues, el contrato social termina siendo el único instrumento que puede configurar la comunidad de individuos, los cuales, son vistos en principio como simples unidades separadas.

Asumiendo un principio como éste, resulta en extremo difícil entender la democracia como un modo de vida sólido dada la dificultad que implica lograr configurar una comunidad de intereses en medio de una masa tan diversa de personas. Bajo esta visión instrumentalista de la democracia, sólo el contrato social daría paso a la consecución de fines comunes como el bienestar social y el desarrollo de las personas en su individualidad. Axel Honneth, una de las actuales figuras más representativas de la Escuela de Frankfurt, reflexionando sobre el rechazo que hace Dewey de las visiones numéricas e instrumentalistas de la democracia, señala:

Dicho modelo cuantitativo de la democracia va de la mano con un concepto de la sociedad que comparte con las teorías contractuales clásicas la idea según la cual, antes de toda formación del Estado, los individuos existían en un total aislamiento sin ninguna relación comunicativa; y solamente, en la medida en que es tomado como punto de partida una tal situación de la sociedad segmentada y desorganizada, puede recomendarse entonces, del mismo modo, como solución del problema del orden social, aquel concepto de la democracia que Hobbes había desarrollado con su construcción contractualista.⁵⁴

Lo que Dewey rechaza en las visiones instrumentalistas de la democracia es la necesidad de artificios previos como el contrato social para organizar la sociedad en sus intereses y propósitos. La comprensión defendida por Dewey que muestra al hombre como parte de un organismo social genera un panorama ciertamente diferente, “... pues mientras en una masa, en un agregado numérico, la realidad última es la unidad individual, y los átomos aislados son “los hechos del caso”, en una sociedad concebida como organismo el hombre es esencialmente un ser social.”⁵⁵

⁵⁴ HONNETH, AXEL, *La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente*, en *Metapolítica*, Vol. 5, N° 19, pp. 16 – 17.

⁵⁵ EW, 1: 232

De acuerdo con Dewey, es una ficción pensar al hombre como un ser aislado: el individuo asocial es una abstracción que se identifica con un supuesto estado puro del hombre en el que se desconocen sus cualidades humanas innatas, como lo son su capacidad e interés en relacionarse con otros hombres y el medio social que los circunda. Ignorar esta realidad termina por reducir a las personas a meros números, votos dentro de una sociedad que desconoce las capacidades de los individuos y sus propósitos en el medio social en el cual participan. Por el contrario, reconocer a la sociedad como un todo en el que los individuos participan como un organismo es, de acuerdo con Dewey, describir la realidad que los hechos muestran. Así pues, la unidad de voluntad y de interés no es una consecuencia de la agrupación de personas a partir de un contrato social, sino que es un paso previo a la configuración de dicha comunidad, constituida por seres sociales. En este sentido afirma el autor:

Si la democracia es una forma de sociedad, si no sólo tiene sino que debe tener una voluntad común, es pues esta unidad de voluntad la que la hace un organismo. Un Estado representa a los hombres en la medida en que éstos ya han llegado a estar relacionados orgánicamente los unos con los otros, o en la medida en que han poseído una unidad de propósito e interés.⁵⁶

Como podemos observar, la noción de una unidad orgánica entre la sociedad y el individuo tiene diversas implicaciones. Al comprender el individuo y la sociedad como un organismo el individuo es la manifestación sólida de la sociedad misma. No es simplemente la representación de una de sus partes, sino la encarnación de su totalidad, “cada individuo coopera mediante su propia actividad en la reproducción de la totalidad”⁵⁷. Sólo así podemos afirmar que la democracia es la forma de vida más estable y segura para un grupo social, pues la sociedad y sus miembros son uno, unificados a partir de sus intereses.

Si se entiende la democracia como el gobierno de una masa numérica, siempre existirá el espacio para una división de los intereses presentes en la sociedad teniendo, por un lado, los de quienes gobiernan y por el otro, los de aquellos que son gobernados,

⁵⁶ *Ibíd.*

⁵⁷ HONNETH, AXEL, *La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente*, *Op. Cit.* p. 17.

creando así un grupo humano artificial. Así las cosas, la democracia no pasaría de ser una designación estrictamente nominal para nada coherente con las implicaciones que esta forma de vida y asociación exige. Esta distancia existente entre una sociedad que nominalmente se muestra como “democrática” y lo que implica realmente una democracia genuina ha sido un lugar común en aquellas sociedades que quisieron transformar y pasar ágilmente de sus modos de gobierno tradicionales hacia la asimilación de la democracia como forma de Estado. Dewey describe esta realidad al señalar que:

Después de haberse establecido nominalmente las instituciones políticas democráticas, las creencias y las opiniones acerca de la vida y las acciones, que habían nacido cuando los hombres y las mujeres se hallaban dominados por autoridades exteriores y sometidos a un poder arbitrario, continuaron persistiendo en la familia, en la iglesia, en los negocios y en la escuela; y la experiencia muestra que mientras persistan ahí, la democracia política no se halla segura.⁵⁸

Este párrafo nos recuerda lo presentado en el primer capítulo sobre los hábitos y la dificultad que implica su transformación. Aquellas sociedades que aún denominándose a sí mismas como democráticas persisten en el ejercicio de formas tradicionales de gobierno viven por lo general una democracia limitada exclusivamente a lo político manifestada en el apego ciego a los medios con los que se ha identificado. Una democracia tal estará incapacitada para permear los ámbitos más simples del comportamiento humano. Quizás una de las explicaciones más amplias y contundentes dadas por Dewey de por qué la democracia no puede ser exclusivamente política se encuentra plasmada en su ensayo *La ética de la democracia*, en donde el autor expresa:

Decir que la democracia es sólo una forma de gobierno es como decir que un hogar es más o menos una estructura geométrica de ladrillos y cemento; que una iglesia es un edificio con bancas, púlpito y campanario. Esto es verdad; ciertamente son todo eso. Pero es falso; son infinitamente más. La democracia, como cualquier otra forma de política es el término de una memoria histórica sobre el pasado, la conciencia de un presente vivo, el ideal de un futuro por venir. La democracia, en una palabra, es social, es decir, es una concepción ética, y sobre su significado ético está basado su significado como modo de gobierno. La democracia es una forma de gobierno sólo porque es una forma de asociación moral y espiritual.⁵⁹

⁵⁸ LW, 11:219

⁵⁹ EW, 1: 232

Tenemos entonces que la democracia para Dewey más que un modo de gobierno es una forma de vida y, en esta medida, el énfasis de su comprensión no debe ubicarse en el carácter masivo y numérico de los medios con los que comúnmente se identifica y asocia sino, en la visión del individuo y su medio como una totalidad, un organismo social vital en el que las personas son la representación completa de los fines e intereses de la sociedad en la que participan y en la cual desean participar activamente.

Ahora bien, una vez establecidas estas primeras distinciones sobre la noción deweyana de democracia podríamos preguntarnos ¿cuáles son sus diferencias con otros modos de asociación en los cuales también se podría dar una unidad de propósito como lo son las aristocracias o monarquías? ¿Qué distingue entonces a la democracia auténtica de otras formas de gobierno? ¿Cuáles son las implicaciones del modo de vida democrático?

Uno de los elementos que distinguen a la democracia como forma de vida de aquellos modos de gobierno tradicionales se encuentra en los medios que utiliza para lograr la unidad de propósitos e intereses entre los miembros de la sociedad. La discusión, la persuasión, el diálogo, y el compartir de experiencias son algunos de los medios que la comunidad democrática utiliza para la elección de sus fines y de lo que consideran deseable para sí mismos. En una aristocracia, por el contrario, la consecuencia real de darle el poder a un reducido grupo de personas bajo el erróneo supuesto de la superioridad de sus cualidades humanas y de gobierno es la pérdida de esa misma capacidad de gobierno. Pues, los pocos que se encuentran gobernando al buscar reafirmar su posición social superior se hacen ignorantes e indiferentes de los intereses y necesidades de las mayorías deteriorando así el bienestar común.

En una aristocracia el rango de los que participan de los bienes comunes tiende a restringirse. Por ello, los hombres que participan realmente en el Estado son pocos y cada vez menos. La unidad de intereses se da exclusivamente entre el pequeño grupo de privilegiados gobernantes. Por el contrario, una comunidad auténticamente democrática propenderá siempre hacia la ampliación del grupo de aquellos que participan

activamente del Estado y hacia el aseguramiento del cumplimiento de los derechos de cada uno de sus miembros.

Frente a esta primera comparación general entre democracia y aristocracia, el lector podría objetar que, en principio, bajo las comprensiones teóricas de la aristocracia, como la expuesta por Platón en *La República*, existe la posibilidad de una unidad entre los propósitos de la clase gobernante y la clase gobernada. Más aún, podría ocurrir que el gobierno de esta clase privilegiada fuera favorable para el desarrollo y bienestar de la totalidad de la sociedad y de cada uno de sus individuos estableciendo las políticas que garanticen dicho desarrollo. Sin embargo, esta posibilidad, nos dirá Dewey, no sería satisfactoria ya que “la humanidad no podría estar contenta con un bienestar que le es concedido sin su participación, aunque este fuera alto y completo.”⁶⁰

De acuerdo con la descripción de aristocracia planteada por Platón encontrar dentro de la sociedad el lugar donde los individuos desarrollen y ejerzan la función para la cual se encuentran mejor dotados es uno de los ideales que debe conducir las acciones del Estado. Este ideal, en principio loable, ignora un factor que Dewey identifica y enfatiza en su comprensión de democracia. El filósofo de Burlington señala que la búsqueda por el espacio dentro de la sociedad para el ejercicio pleno de la función para la cual se encuentran más capacitados los individuos, debe ser realizada por los mismos individuos y no debe ser impuesta o predeterminada por una clase gobernante superior.

El modo de vida democrático exige ante todo responsabilidad personal e iniciativa individual. No se delega todo simplemente a una clase superior gobernante o a las instituciones jerarquizadas de la sociedad, sino que se confía plenamente en las capacidades humanas de los individuos y, por tanto, en que cada uno ha de ser cuidadoso en la formación de su personalidad y en la adecuada expresión de ésta dentro de la comunidad buscada.

⁶⁰ EW, 1: 243

Aquí se halla uno de los rasgos característicos de la vida democrática que establecen una relación de interdependencia, y en ocasiones de identidad, con la libertad. Al igual que la democracia, la libertad también implica responsabilidad e iniciativa personales. La vivencia real de la libertad y la democracia no consiente dejar en manos de otras personas o instituciones externas la formación de la propia personalidad. El desarrollo de la personalidad e igualmente la vivencia de la libertad, no nos es concedida, es el producto del esfuerzo propio, es decir, del autogobierno.

La idea de forzar a los hombres a ser libres es vieja, pero por naturaleza se opone a la libertad. La libertad no es algo que pueda ser otorgado a los hombres como un regalo venido de afuera, sea de benévolos despotismos dinásticos a la vieja usanza, o de dictaduras de nuevo tipo, proletario o fascista. Es una cosa que sólo se puede lograr si los individuos toman parte en su conquista, y este hecho, más bien que una táctica política particular, constituye la esencia del liberalismo democrático.⁶¹

Tenemos entonces que en la forma de vida democrática el desarrollo de la personalidad es parte fundamental para el despliegue de la libertad en cada individuo y es responsabilidad de cada uno construirla y ponerla en función de la sociedad. La sociedad simplemente se encarga de presentar de modo objetivo los tipos de personalidad buscados a través de los estímulos que ejerce sobre sus miembros. Sin embargo, son los individuos mismos los encargados reales de desarrollar su personalidad, son ellos quienes con iniciativa, libertad y responsabilidad deben construir su carácter y descubrir su función en la comunidad.

Así pues, en una democracia los individuos son fundamentalmente su personalidad. Ahora bien, además del desarrollo libre de la personalidad que se hace posible a partir de la confianza plena en las potencialidades humanas de los individuos, se encuentran a su vez otros tres elementos claves en la configuración de la democracia como forma de vida. Estos tres valores fundamentales ya estaban expresados en las consignas de la Revolución Francesa y Dewey los rescata para presentarlos como pilares de la democracia, estos son: la libertad, la igualdad y la fraternidad.

⁶¹ DEWEY, JOHN, *El Hombre y sus problemas*, trad. Eduardo Prieto (Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 151).

Una personalidad se desarrolla a partir del ejercicio de la libertad. Con todo, esta personalidad no puede ser entendida como el producto de un individualismo extremo o numérico en el que los individuos son entendidos como átomos, asociales dentro de una comunidad. Es, por el contrario, el producto de un ejercicio abierto de la libertad cuya ley imperante es la de la personalidad. Una personalidad auténtica, fruto del ejercicio de la libertad, no reconoce leyes impuestas externamente por muy bondadosa que sea la intención de quienes las imponen. Es, en otras palabras, la personalidad propia de aquellos individuos que son conscientes de su responsabilidad en la formación de su carácter.

El segundo elemento es la igualdad; su relación con la democracia ha sido objeto de constantes críticas que aducen cierto desconocimiento de las desigualdades naturales entre los hombres, desigualdades de sabiduría, virtud y laboriosidad en las cuales se hallaría el fundamento y la justificación de la estructura jerarquizada de la sociedad. Algunos autores se empeñan en afirmar que dicha estructura en la que algunos pocos están destinados a gobernar y otros muchos han de ser gobernados es natural, y, más aún, que dicha estructura y la lucha por ubicarse dentro del grupo de los primeros, es decir, el de la clase dirigente, constituye el móvil de la acción humana y del progreso de la sociedad. Siguiendo este principio, aquella sociedad en la que se implantara el principio de la igualdad se condenaría a no progresar.

Este tipo de visión sobre el principio de la igualdad es, para Dewey, una mala comprensión de su significado en el modo de vida democrático. En el contexto de la filosofía política de Dewey: “La fe democrática en la igualdad es la fe en que cada individuo debe tener la posibilidad y la oportunidad de contribuir en la medida de su capacidad, y en que el valor de la contribución se determinará según su lugar y función en el total orgánico de contribuciones similares, y no sobre la base de un estado precedente cualquiera.”⁶²

⁶² LW, 11:220.

La igualdad no consiste entonces en un desconocimiento de las diferencias de grado en las que se desarrollan las capacidades de cada individuo. Su verdadero significado reside en la valoración equitativa que hace de las cualidades y aportes de cada individuo confiando plenamente en sus potencialidades como ser humano. Así las cosas, la fe democrática en la igualdad niega la concesión de privilegios a particulares bajo supuestos ficticios de superioridad de raza, género, ascendencia, formación intelectual, o clase social. Todos los individuos a la luz de la igualdad tienen por principio las mismas capacidades para desarrollar sus potencialidades humanas.

De acuerdo con el filósofo de Burlington, en una democracia genuina la creencia en la igualdad debía ser radical puesto que sin ella se suprime uno de los principios fundamentales que sostienen este modo de vida. La democracia es ante todo fe en el hombre, en sus capacidades para desarrollar su personalidad que es la ley fundamental a seguir en este modo de vida.

La personalidad es tan universal como la humanidad, es indiferente a todas las distinciones que separan a los hombres unos de otros. Donde quiera que tengas un hombre tienes también una personalidad, y no hay ningún rasgo por el cual una personalidad pueda ser distinguida de otra y ser colocada por encima o por debajo de ella... La aristocracia es una blasfemia contra la personalidad. Es la doctrina de que unos pocos han sido elegidos no sólo para una cierta vida en el futuro, sino para gobernar todas las relaciones de la humanidad. Hacer culto de héroes a unos pocos implica a su vez despreciar a otros hombres.⁶³

Por último tenemos la fraternidad como otro de los pilares que sostienen la democracia. El nexo que Dewey establece entre fraternidad y democracia vincula la vivencia de otros valores; en primer lugar, se encuentra la tolerancia que en palabras de Dewey no consiste en soportar pasivamente las diferencias, sino que “incluye una simpatía activa con las luchas y juicios de aquellos que tienen otras creencias distintas a las nuestras y un deseo de cooperar con ellos en el proceso de dar y recibir en la búsqueda de más luz”.⁶⁴ El segundo valor es la cooperación cuya expresión conspicua se encuentra para Dewey en el modo de proceder propio de las comunidades científicas. En el modo de proceder científico, la comunidad democrática encuentra un referente

⁶³ EW, 1: 245-246.

⁶⁴ LW, 14: 183

inspirador para la elección y realización de los medios y fines que han considerado propicios para su bienestar. Dado el gran valor que tiene en el marco de la filosofía deweyana la relación entre ciencia y democracia es necesario dedicarnos ahora a profundizar sobre sus implicaciones y el porqué de su importancia a la hora de configurar un espacio que propenda hacia el adecuado ejercicio y desarrollo de la libertad.

2.6. Ciencia y democracia

La configuración de un estilo de vida democrático cimentado en la libertad como uno de sus valores pilares es, en términos generales, el horizonte político visualizado por Dewey en el camino de la transformación positiva de la sociedad. El profesor José Miguel Esteban Cloquell al introducir el texto de Dewey *Liberalismo y acción social* con su ensayo titulado *Pragmatismo consecuente* señala, que para el filósofo de Burlington: “El mundo es ciertamente susceptible de mejora, si bien no por la iniciativa individual, puramente personal y privada, ni por el inevitable autodespliegue del Espíritu Objetivo, sino por la intervención de la inteligencia cooperativa, encarnada en la ciencia y en la educación.”⁶⁵ La importancia dada por Dewey a la actitud investigativa y cooperativa presente en la ciencia nos indica la necesidad de aproximarnos y comprender conceptos claves como el de cooperativismo, el rol de la inteligencia sobre el cual ya hemos reflexionado, y la relación entre la ciencia y la educación que abordaremos en el tercer capítulo. ¿Qué entiende Dewey por cooperativismo?, y, ¿cuál es su valor para la democracia? Son algunos de los interrogantes que debemos respondernos para dilucidar el valor de la actitud científica en la construcción de una comunidad democrática.

El cooperativismo, como dinámica social tiene su fundamento en la consigna de fraternidad defendida en la Revolución Francesa que, como pudimos analizar, Dewey

⁶⁵ DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, Op. Cit. p. 30.

rescató como valor central de la democracia. Dewey hace referencia al cooperativismo para indicar la dinámica que ha de caracterizar el modo de participación de los individuos en una comunidad democrática. El cooperativismo es la expresión conspicua de la función social de la inteligencia que Dewey descubre plenamente manifestada en el método científico. Es a partir del ejercicio libre y cooperativo de la inteligencia como podemos superar el individualismo propio del liberalismo clásico que resulta claramente en contravía con el modo de asociación democrático.

La concepción social de la naturaleza y del funcionamiento de la inteligencia está todavía en mantillas, por lo que su empleo como guía de la acción social es rudimentario y esporádico. La tragedia del primer liberalismo consiste en que, justo cuando la organización social era el problema más apremiante, los liberales sólo pudieron aportar a su solución la idea de la inteligencia como posesión personal.⁶⁶

¿Por qué el cooperativismo ampliamente expresado en la actitud científica es considerado por Dewey un elemento clave en la constitución de la democracia?. Retomando las palabras del profesor Miguel Esteban Cloquell, “en una democracia deweyana, los derechos y los deberes, la función y el desarrollo de la actividad del ciudadano en el seno de la sociedad seguirían un curso análogo al proceder del investigador dentro de una comunidad científica.”⁶⁷ Podemos preguntarnos entonces ¿qué es lo propio de las comunidades científicas y por qué resultan éstas un ideal inspirador para las comunidades democráticas?

Las características y elementos de las comunidades científicas que Dewey rescata como valiosos para la configuración de la comunidad democrática son los siguientes:

- a. El principio de igualdad
- b. La construcción social del conocimiento
- c. La libre difusión y discusión crítica de los resultados

En el contexto de las comunidades científicas la igualdad de oportunidades y la libertad con la que cualquier investigador puede acceder a lo desarrollado por otros miembros de la comunidad es un valor primordial. Igualmente es valorada la

⁶⁶ *Ibíd.* p. 86.

⁶⁷ *Ibíd.* p. 32.

construcción social y cooperativa del conocimiento. Por ello, en una comunidad científica lo que ha sido desarrollado por un investigador se encuentra siempre bajo el examen y juicio de las experiencias y aportes investigativos que hagan los otros miembros de la comunidad. Así pues, en esta comunidad no se permite la asimilación pasiva de lo aportado por una única persona o autoridad que pretenda imponer su conocimiento sobre el resto, sino que es la misma comunidad la que construye socialmente sus conocimientos a partir del diálogo, la difusión, la comunicación y la discusión crítica de los conocimientos desarrollados al interior de la misma. Así las cosas, asumir en una democracia los valores propios del modo de proceder científico nos exige unas consecuencias específicas radicales en la sociedad que analizaremos a continuación. Esto último da muestra de la dificultad que implica asumir el modo de vida democrático y, por tanto, la imposibilidad de realizar una interpretación en extremo utópica y romántica de las nociones de libertad y democracia planteadas por Dewey.

El primer rasgo que hemos enfatizado de las comunidades científicas nos indica la igualdad de oportunidades con la que todos los miembros pueden acceder a la información elaborada dentro de la misma. En una comunidad democrática esta característica logra su materialización a través de la participación activa de sus miembros en los distintos procesos y espacios de trabajo y en el acceso por parte de los mismos a los recursos de la comunidad. En su ensayo *Libertad* de 1937 Dewey afirma:

Bajo un régimen financiero e industrial altamente centralizado, la mayoría de los individuos desempeña una función subordinada, tendiendo pues a convertirse en piezas de un enorme mecanismo cuyo funcionamiento escapa a su comprensión, y en cuya gestión no participan. Si la libertad universal ha de convertirse en realidad, debemos hallar métodos que permitan que la mayoría de las personas tomen parte en la dirección de los procesos industriales. Estos métodos han de posibilitar una participación directiva mucho mayor de la que tienen en la actualidad.⁶⁸

La posibilidad de auto-gobierno en la configuración de la propia personalidad que se encuentra relacionada con el desarrollo auténtico de la democracia es también una pieza clave para la consecución de una libertad real. La concentración y centralización del poder político y económico en unos pocos y el desconocimiento e incompreensión de los

⁶⁸Ibíd. p. 182.

procesos en los cuales participan los individuos son todas dinámicas contrarias a la libertad y, por tanto, contrarias a la realización de una democracia real. Por ello, el ideal democrático planteado por Dewey exige la participación amplia de los individuos en la dirección de los procesos económicos y políticos como condición inexorable para la vivencia efectiva y genuina de la democracia y la libertad.

Resulta interesante destacar cómo muchos comentaristas han enfatizado cierto carácter socialista en la noción deweyana de democracia. Estas apreciaciones no se dan de forma gratuita, puesto que fue el mismo Dewey quien realizó diversas alusiones a ese carácter que podía tener su ideal político, basta con recordar aquí aquella expresión contundente plasmada en su obra *Viejo y nuevo individualismo*: “Estamos en camino hacia alguna forma de socialismo, llámese con el nombre que se quiera, y no importará cómo diablos se llame si se hace realidad.”⁶⁹ Bien podría hacerse un amplio estudio sobre el carácter socialista de la propuesta democrática de Dewey. Sin embargo, considero que ello implicaría todo una reflexión distinta a la que aquí nos hemos propuesto.

Con todo, creo que la interpretación socialista del ideal democrático deweyano sólo puede estar arraigada en las condiciones objetivas que Dewey muestra como necesarias para la construcción de la democracia y no debe buscar identificar alguna afiliación ideológica particular del autor. Esto último iría en total contradicción con una de las exigencias más fuertes de la comprensión de democracia planteada por el filósofo de Burlington ésta es la necesidad de un examen constante de las instituciones, costumbres y hábitos para poder estar siempre en proceso de adaptación a las exigencias del presente y futuro de una sociedad. El apego dogmático a mediaciones específicas planteadas por una ideología política o económica en particular resulta totalmente en contravía del ideal democrático.

⁶⁹ DEWEY, JOHN, *Viejo y nuevo individualismo*, trad. Isabel García Adánez, Barcelona, Paidós, 2003, p. 137.

El énfasis hecho por Dewey al indicar la necesidad de un acceso igualitario a los recursos hace referencia, más que al acceso mismo, a la participación de los miembros de la comunidad en la dirección y elección del camino a seguir para su bienestar y progreso. En otras palabras, lo que Dewey visualiza es una democracia en que los individuos sean agentes propositivos de los procesos que se den al interior de la sociedad, pues, “una mayor participación en los beneficios materiales de la producción industrial no les garantizará por sí sola la auténtica libertad de la que hablábamos.”⁷⁰

La asimilación de los otros dos rasgos inspiradores de la ciencia plantea un reto para la democracia. Como acabamos de señalar, en una comunidad científica los conocimientos son socialmente construidos y aceptados. No se asume como verdad lo que alguno de los miembros de la comunidad presente como teoría hasta que ésta no ha pasado por la valoración del resto de los miembros. Es decir, no opera un principio de autoridad en el que se distinga cierta superioridad en algunos pocos individuos, sino que, por el contrario, todo va mediado por el aporte de los otros miembros de la comunidad. Así las cosas, todo lo que un científico plantea como verdad debe ser previamente difundido y discutido en la comunidad, que es la que finalmente valorará los aportes individuales.

Pues bien, el modo democrático de asociación exige una forma de proceder similar al de las comunidades científicas. La comunidad democrática debe estar regida por el principio de la igualdad y no el de la autoridad y debe encontrar en la cooperación como uso colectivo de la inteligencia el medio central para la realización de sus fines. Por ello, la conversación, la discusión y la persuasión deben ser los medios que permeen todos los ámbitos de las relaciones sociales de una comunidad pues estos posibilitan la producción de los cambios necesarios al interior de la misma. Dewey nos dirá que, “...El corazón de la democracia política es la resolución de las divergencias sociales mediante la discusión y el intercambio de ideas. Este método constituye una primera aproximación al método

⁷⁰ Cfr. DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, Op. Cit. p. 182.

por el que se efectúan cambios mediante la investigación y la verificación experimental: el método científico.”⁷¹

Desde esta perspectiva debemos reconocer que en la búsqueda por garantizar la vivencia auténtica de la democracia resulta contradictoria la asimilación pasiva de un modo de proceder predeterminado e impuesto dogmáticamente por alguna ideología o por alguien considerado autoridad. En este mismo sentido, la realización de las transformaciones necesarias en una sociedad democrática deslegitima los medios coercitivos o violentos. ¿Cuáles son entonces los medios que ha de utilizar una comunidad democrática para consolidarse a sí misma como tal? ¿Realmente existen medios que puedan llamarse auténticamente democráticos? ¿Cuáles serían estos medios si dentro de la propuesta deweyana de democracia se hace necesario el estudio continuo de las condiciones y exigencias del presente y del futuro para poder readaptar los medios y fines que la comunidad democrática ha considerado deseables? Sin duda, en el desarrollo del presente capítulo hemos podido dar respuesta en cierta medida a estos interrogantes. Sin embargo, es necesario ahora enfatizar la invariable exigencia de hacer uso de medios democráticos para la realización de fines democráticos.

2.7. La democracia exige métodos democráticos

La libertad y la autonomía son fines que para Dewey sólo se realizan en la vivencia de una democracia encarnada en aquellos medios que sean coherentes con dicho estilo de vida. En su obra *Libertad y cultura* Dewey nos dice:

En teoría, el método democrático es de persuasión por medio de la discusión pública, llevada a cabo no sólo en las cámaras legislativas, sino también en la prensa, las conversaciones privadas y las asambleas públicas. El uso de votos en vez de balas, del derecho de votar en vez del látigo, es una expresión de la voluntad de sustituir con el método de discusión el método de coerción.⁷²

⁷¹ LW, 15:273.

⁷² DEWEY, JOHN, *Libertad y Cultura*, Op. Cit. p.128.

La persuasión por medio de la discusión, las conversaciones privadas, la prensa, el uso de votos en vez de balas son todos medios que dan muestra del deseo de sustituir los métodos violentos o coercitivos por métodos que vayan más de acuerdo al modo de vida democrático en la transformación de la sociedad. El ideal democrático deweyano no admite medios que puedan ir en contradicción con el fin. De ahí que medios como la concentración del poder sobre una o pocas personas o el cultivo abierto de un nacionalismo exacerbado en los miembros de una sociedad resulten inadmisibles. Pues a partir del uso de estas mediaciones una comunidad se hallaría impedida para comunicarse y tratar con otras culturas o asociaciones distintas, es decir, negaría el pluralismo y la tolerancia que son valores básicos en una democracia.

Este principio deweyano que muestra la urgente necesidad de hacer uso de medios democráticos para la realización de fines democráticos aunque fue elaborado a mediados del siglo XX en un contexto tan complejo como el producido por la segunda guerra mundial sigue interpelando contundentemente la realidad política del mundo de hoy.

Actualmente es motivo de reflexión reconocer que en el camino hacia la realización del ideal democrático generalmente es ignorada la relación de interdependencia entre medios y fines presente en dicho ideal. Las naciones que hoy se hacen llamar orgullosamente democráticas con frecuencia aprueban y justifican acciones antidemocráticas para la aparente defensa, consolidación y expansión de su modelo de gobierno.

No es inusual escuchar en los discursos de los dirigentes de las grandes potencias descripciones de la democracia que la presentan como un ideal universal que debe ser expandido a toda costa, que debe llegar a todas aquellas naciones donde aún no exista, sin escatimar esfuerzos. Reiteradamente se muestra a la democracia como algo inherente a la naturaleza humana y que, por tanto, debe ser llevado a todas las naciones a cualquier precio. Lamentablemente bajo estas premisas se justifican guerras invasoras, los mal llamados “ataques preventivos”, la constante violación de la soberanía de los países y los asesinatos de personas inocentes presentados como “daños colaterales” en la

consecución de un supuesto fin noble. Desde la perspectiva deweyana, nada sería más contrario a la democracia que este tipo de atrocidades. La violencia o el uso de la fuerza nunca podrán ser mediaciones útiles y válidas en la búsqueda por consolidar un modo de vida democrático.

En este mismo sentido, resultan invalidados aquellos constructos teóricos que buscan justificar el estilo de gobierno de las mal llamadas “democracias adjetivadas” para la aparente defensa de los intereses democráticos. Así por ejemplo, conceptos como el de “Democracia delegada” buscan enmarcar dentro del ideal democrático métodos radicalmente antidemocráticos como son la centralización del poder, el caudillismo o el poder dictatorial concedido a una autoridad que ha sido considerada superior en sus cualidades. Desde la perspectiva deweyana, todos los gobiernos que bajo la bandera de la defensa de la democracia colocan gran parte de sus esfuerzos en el fortalecimiento de las fuerzas militares y su carácter policivo corren en dirección contraria al establecimiento de una democracia real. Por ello dirá Dewey, “el uso de la fuerza militar es un primer signo seguro de que nos estamos rindiendo en la lucha por un modo de vida democrático...”⁷³ Los auténticos pilares de la democracia que deben cultivarse y defenderse son la educación, la igualdad, la justicia social y la libertad de expresión, entre otros.

No es gratuito que Dewey reiterativamente plasme en sus obras fuertes críticas a los distintos países que buscaban ser reconocidos como auténticamente democráticos pero que en sus prácticas y medios no podían ser vistos como tales. Dewey fue testigo de la aparición histórica de Estados totalitarios cuya forma de vida negaba de plano la democracia, pero que se autoproclamaban frente al mundo como los más fervientes servidores de la democracia. Fue justamente en aquel contexto de la segunda guerra mundial en el que Dewey escribió sus ensayos políticos como el titulado *La democracia es radical*. En este texto, publicado en enero de 1937, el filósofo de Burlington resalta

⁷³LW, 14:367.

insistentemente la necesidad de elegir medios auténticamente democráticos para la consolidación de una democracia genuina. Afirma Dewey:

La democracia no sólo encarna fines que hasta los dictadores reivindican hoy como propios, fines como la seguridad de los individuos y la oportunidad para que desarrollen sus respectivas personalidades. La democracia significa ante todo hacer el máximo hincapié en los medios necesarios para que dichos fines puedan llevarse a término. Los medios que la democracia se esfuerza en articular son los propios de la actividad voluntaria en total ausencia de coerción; se trata de obtener asentimiento y consenso sin imponer violencia alguna. Es la fuerza de la organización inteligente versus la fuerza de la organización impuesta desde fuera y desde arriba. El principio fundamental de la democracia consiste en que los fines de la libertad y de la autonomía para todo individuo sólo pueden lograrse empleando medios concordantes con esos fines.⁷⁴

¿Cómo lograr consolidar entonces el modo de vida democrático? Para ello, nos dirá Dewey, es necesario hacer uso de la inteligencia favoreciendo la organización y no la fuerza para imponer una organización artificial. Es necesario el uso de medios coherentes con el fin para no construir una democracia superflua. Si en una nación que se autodenomina democrática siguen persistiendo métodos totalitarios de gobierno y si además en el estilo de vida cotidiano de sus ciudadanos las acciones siguen siendo orientadas por actitudes violentas, dogmáticas y de intolerancia sobre otros grupos, es evidente que su ser democrático es artificial, superfluo, ficticio.

Si en una comunidad son la coerción, el temor y la restricción a la libertad de expresión los métodos imperantes sobre valores como la educación y el sentimiento de plena confianza en las capacidades humanas, dicha comunidad no podrá ser considerada auténticamente democrática. Quizás no exista ensayo más consistente en el que se exponga la anterior idea que el escrito por nuestro autor en octubre de 1939 con motivo del primer encuentro del Comité para la libertad cultural en New York. Éste se titula, *Los fines democráticos necesitan métodos democráticos para su realización*. En dicho texto nos indica el autor:

El conflicto entre los métodos de la libertad y los del totalitarismo, en la medida que aceptamos los ideales democráticos a los que nuestra historia nos ha comprometido, está dentro de nuestras propias instituciones y actitudes. Sólo puede ser superado ampliando la aplicación de los métodos democráticos, los métodos de consulta, persuasión, negociación y de la inteligencia cooperativa

⁷⁴ DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, Op. Cit. p. 174.

en la tarea por hacer de nuestras políticas, industria y educación- nuestra cultura en general- una sirviente y una manifestación envolvente de las ideas democráticas.⁷⁵

Dewey rechaza en sus ensayos políticos toda propuesta facilista para la configuración del modo de vida democrático. Para la consolidación de la democracia no existen atajos, métodos ligeros, o más eficaces; el afianzamiento del modo de vida democrático al igual que la transformación de los hábitos y las costumbres no es algo posible de realizar en forma ágil. No existen métodos veloces para implantar una democracia porque, por principio, una democracia no puede ser implantada, no es una labor que efectúa un agente externo. La asimilación del modo de vida democrático implica procesos lentos cuyo desarrollo se da “día a día a partir de la adopción y la difusión contagiosa en cada fase de nuestra vida cotidiana de métodos que sean idénticos con los fines que se pretenden alcanzar.”⁷⁶

Una democracia será real en la medida que permita la pluralidad en su forma de vida y se busquen continuamente métodos que ayuden a propiciar, garantizar y mantener un despliegue cada vez mayor de las potencialidades humanas. Así las cosas, el fortalecimiento de la libertad en una comunidad democrática será real y dicha comunidad se encontrará cimentada en la cooperación inteligente de sus miembros.

Teniendo como referente el recorrido histórico de la filosofía la comprensión deweyana de democracia quizás pueda ser criticada como optimista, romántica o utópica. Frente a este tipo de interpretaciones una respuesta legítima es (sin ningún ánimo apologético sobre el autor) la presentación y reconocimiento de todas las exigentes consecuencias implicadas en el establecimiento del ideal de vida democrático defendido por el filósofo de Burlington. En el presente capítulo hemos podido analizar cuáles son los valores, los rasgos característicos y algunas de las implicaciones prácticas de asumir el modo de vida democrático reconociendo que, es éste estilo de vida el más propicio para la vivencia auténtica de la libertad. Sin embargo, será en la siguiente parte

⁷⁵ LW, 14: 367.

⁷⁶ LW, 14: 368.

de nuestra investigación donde profundizaremos sobre las consecuencias pragmáticas a nivel político, económico y educativo de la consecución de la libertad.

Si aún reconociendo la dificultad que implica asumir de forma objetiva la comprensión deweyana de democracia el lector se siente movido a juzgarla como idealista, debe saber que será el mismo Dewey quien, usando las palabras de James Russell Lowell dará respuesta y justificación a sus lectores para dicha interpretación:

Pero esto, dirán ustedes, es idealismo: En respuesta a ello, todo lo que puedo indicar es lo que ya dijo James Russell Lowell: que “en verdad esto es idealismo, pero soy uno de los que creen que lo real nunca encontrará una base inamovible hasta que repose sobre lo ideal”. Yo agregaría a esto que el mejor examen que se puede hacer de cualquier forma de sociedad es el del ideal que propone para desarrollar sus formas de vida, y el del grado en el cual logra realizar ese ideal.⁷⁷

⁷⁷ EW, 1:249

Capítulo 3

EL CONCEPTO DE LIBERTAD Y SUS IMPLICACIONES PRAGMÁTICAS

El propósito del presente trabajo de grado ha sido realizar una aproximación crítica a la definición del concepto de libertad propuesto por el filósofo pragmatista norteamericano John Dewey. Para ello, se mostró necesario realizar previamente una descripción de la comprensión de naturaleza humana expuesta por el autor, a este propósito nos dedicamos en el primer capítulo. Comprendimos que, de acuerdo con Dewey, los individuos son seres que se definen a partir de la relación constante que existe entre su naturaleza biológica y el entorno social. Pudimos reconocer que es a partir de la acción recíproca entre la naturaleza humana y la cultura que se configura la personalidad de los individuos en sus hábitos y costumbres. A partir de esto último se llegó a la conclusión de que la libertad se ha de definir en el marco de las condiciones suscitadas por la relación naturaleza- cultura, y no por fuera de ella. Esto quiere decir que, en la psicología deweyana no podemos hablar de una libertad en abstracto ni de una libertad innata, sino de una libertad real que, para ser auténtica, debe existir en el contexto de unas condiciones objetivas que la hagan posible.

Dichas condiciones se encuentran encarnadas en el ideal de democracia que para nuestro autor no debe limitarse a ser comprendido como una forma de gobierno específica, tradicional e inmodificable, sino, como un modo de vida, un ideal a realizar desde las esferas más simples del comportamiento en la cotidianidad y no solamente desde los mecanismos o espacios exclusivamente políticos.

Profundizando sobre la comprensión deweyana del estilo de vida democrático hemos identificado cuáles son sus valores fundamentales. En este sentido vimos como la libertad, la igualdad y la fraternidad son los pilares que junto con la confianza y creencia plena en el desarrollo de las potencialidades y capacidades humanas sostienen el ideal de la democracia. Reconocimos también la estrecha relación que existe entre la vivencia de una actitud científica y sus valores como la investigación, la comunicación y la cooperación y la realización genuina del modo de vida democrático. En conexión con esto último trabajamos en la idea deweyana de la necesidad de hacer uso de medios democráticos para la efectiva consecución de fines democráticos.

Llegamos pues ahora al momento culmen de nuestra reflexión. Nuestro horizonte visible es la definición del concepto de libertad planteado por John Dewey que ha de presentarse coherente con la descripción realizada previamente de su visión de naturaleza humana y de democracia. Ahora bien, como en toda definición de un concepto elaborado en el contexto de una filosofía pragmatista será necesario también reconocer y establecer las implicaciones prácticas que dicho concepto conlleva. Así las cosas, deberemos señalar a continuación las líneas de acción que se siguen de la noción deweyana de libertad. Para ello, es necesario adentrarnos previamente en lo que Dewey reconoce por pragmatismo y describir su comprensión de la acción como el criterio de evaluación de las teorías y conceptos. Una vez explicada esta relación entre teoría y acción podremos entonces definir la noción de libertad y precisar las consecuencias concretas que ésta tiene.

3.1. La evolución del pragmatismo

Sin pretender desarrollar aquí un extenso análisis de lo que ha sido el desarrollo de la corriente filosófica pragmatista, trabajo que excedería los objetivos de nuestra reflexión, sí considero necesario detenernos un momento para saber lo que Dewey entiende por pragmatismo, ya que es a partir de dicha definición que podremos entender

y asumir la inseparabilidad entre la definición de los conceptos (como el de libertad) y el planteamiento de sus consecuencias prácticas en la acción.

Sin duda, el texto en el que Dewey más ampliamente trata la evolución del pragmatismo es en su obra *Filosofía y Civilización* en la que se encuentra el artículo *El desarrollo del pragmatismo americano*⁷⁸. En este artículo Dewey hace un recorrido por lo que fue el origen y desarrollo del término pragmatismo y de la corriente filosófica como tal. A continuación retomaremos algunas de las ideas más importantes plasmadas en este artículo que nos servirán para comprender el modo de trabajo que asume este movimiento filosófico en el que, a la vez que se construyen comprensiones de mundo, teorías, y conceptos, se plantean consecuentemente sus implicaciones prácticas para el presente.

Resulta interesante reconocer que al lado del término Pragmatismo que Dewey utiliza para identificar un movimiento filosófico⁷⁹, aparezcan otros nombres quizás más sugerentes como son los de Instrumentalismo y Experimentalismo igualmente asociados a un mismo grupo de filósofos. De acuerdo con Dewey son dos los autores fundamentales que configuran hasta su época la historia del pragmatismo, estos son, en primer lugar Charles Sanders Peirce y William James. Peirce y James son los dos antecesores cercanos que influyen en la filosofía de John Dewey y a los cuales nuestro autor hace constantes referencias. Sin desconocer la importancia de otros autores como Richard Rorty, quien es, sin duda, el pragmatista más representativo en la actualidad,

⁷⁸ DEWEY, JOHN, *Philosophy and Civilization*, en *The Philosophy of John Dewey*, ed., John J. McDermott, Chicago and London: The University of Chicago Press, 1981, pp. 41 – 58, traducción inédita, por Diego A. Pineda, profesor de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. En adelante la paginación se realizará a partir del texto traducido.

⁷⁹ La misma palabra “movimiento” que Dewey utiliza resulta bastante sugerente al comprender el carácter de los aportes y propuestas de los filósofos a los que se asocia con este grupo. Así pues, la contribución filosófica de los autores pragmatistas propenderá más por responder a las exigencias de un mundo presente que interpela y cuestiona a la filosofía exigiéndole orientación, y no buscará perpetuarse en el tradicional recital teórico de filosofías desarrolladas en el pasado con un afán de alcanzar una verdad pura, en ocasiones, distante de las dinámicas e inquietudes de las sociedades humanas.

deberemos limitarnos a analizar los dos primeros que son los que Dewey por obvias razones puede valorar y de los cuales recibe una tradición filosófica.

La primera pregunta que nos surge al aproximarnos al pragmatismo es ¿cuál es el origen del término? ¿Qué significa la palabra pragmático? El término pragmático que comúnmente ha sido entendido con un origen netamente norteamericano tiene sus verdaderas raíces en un autor alemán. Se trata de Emmanuel Kant. Fue de este gran filósofo de quien Peirce tomó el término que se encontraba expuesto entre otros textos en la *Metafísica de las costumbres*. En éste se hace una distinción entre lo pragmático y lo práctico. Este último término, de acuerdo con Kant, se aplica a las leyes morales que son *a priori*. Por el contrario, el término pragmático se aplica a las reglas del arte y de la técnica, que se basan en la experiencia y son aplicables a la experiencia. Peirce, que se consideró a sí mismo un empirista fue consecuente y rechazó llamar a su sistema “practicalismo” como le era sugerido por algunos de sus compañeros cercanos. Dewey explica este acontecimiento citando las palabras de su antecesor señalando que para Peirce:

... praktisch y pragmatisch estaban tan apartados como los dos polos; el primero pertenece a una región del pensamiento donde ninguna mente de tipo experimental puede estar segura de un piso sólido bajo sus pies, y el último expresa relación con algún propósito humano definido. Ahora, realmente, el rasgo más notable de la nueva teoría fue su reconocimiento de una conexión inseparable entre cognición racional y propósito racional.⁸⁰

Lo más valioso que Dewey resalta del aporte de Peirce es su señalamiento de que el significado racional de una teoría, una expresión o de una palabra reside en su posibilidad de influir sobre la conducta. De acuerdo con lo anterior, el significado racional de una proposición se encuentra en el futuro, en su capacidad de aplicarse a la conducta humana. Ahora bien, al analizar esta forma de comprensión no se debe caer en la mala interpretación bastante frecuente que se hace sobre el pragmatismo afirmando que éste consiste en una exaltación de la acción en sí misma. Dewey mismo nos aclara este frecuente equívoco al indicar que:

⁸⁰ PEIRCE, CHARLES, *El hombre, un signo*, Cátedra, Barcelona 1988, p. 225.

Es verdad que la teoría, de acuerdo con la concepción de Peirce, implica esencialmente una cierta relación con la acción, con la conducta humana. Pero el papel de la acción es el de un intermediario. Para lograr atribuir un significado a los conceptos, uno debe ser capaz de aplicarlos a la existencia. Ahora bien, es por medio de la acción que esta aplicación se hace posible. Y la modificación de la existencia que resulta de esta aplicación constituye el verdadero significado de los conceptos. El pragmatismo, por lo tanto, está lejos de ser la glorificación de la acción por la acción misma, lo cual es considerado como la característica peculiar de la vida americana.⁸¹

La acción es pues un intermediario, el concepto recibe un significado, un valor, al pasar por el crisol de la acción en el que se descubre su capacidad de influir sobre la conducta humana, y es esta capacidad de modificar la existencia el verdadero significado de los conceptos. La influencia kantiana sobre Peirce se haría visible también al señalar éste que su principio, según el cual, toda teoría cobra significado en su aplicación, tiene como pretensión de fondo extender y universalizar lo más posible las aplicaciones de un término, la transformación de los significados de las teorías en hábitos universales de conducta.

El segundo autor que Dewey trata como parte del desarrollo del pragmatismo es William James. A diferencia de Peirce, James, reconocía la influencia que tenía sobre él la filosofía británica desarrollada por filósofos como Locke, Berkeley, Hume, y Mill, entre otros. Un nuevo matiz en el método pragmático fue lo que Dewey vio en la filosofía de James quien consideraba que se debía buscar determinar el significado de las preguntas y los problemas filosóficos, en particular, de algunas nociones filosófico-teológicas o religiosas que debían ser sometidas a examen. En palabras de Dewey: “Él quiso establecer un criterio que le capacitara a uno para determinar si una cuestión filosófica dada tiene un significado auténtico y vital o si, por el contrario, es trivial y puramente verbal; y, en el primer caso, qué intereses están en juego cuando uno acepta y afirma una u otra de dos tesis en disputa.”⁸²

Para James la función de la filosofía debía ser evidenciar el influjo que tendría sobre la vida y conducta humana asumir como verdadera alguna de las teorías o

⁸¹ DEWEY, JOHN, *El desarrollo del pragmatismo americano*, Op. Cit. p. 3.

⁸² *Ibíd.* p. 5.

comprensiones de mundo planteadas por los filósofos. La mayoría de las veces las concepciones filosóficas son vistas por el común de las personas como si no tuvieran importancia alguna para la vida, o como meros problemas verbales que se quedan sólo en la discusión. James, por el contrario, reconociendo la influencia que tienen las comprensiones del ser humano y del mundo planteadas por la filosofía sobre la vida de las personas consideraba que la labor verdaderamente importante de la filosofía era determinar las implicaciones vitales que produciría asumir como verdadera alguna teoría, o concepto entre tantos que se han desarrollado en el recorrido histórico de la tradición filosófica.

James trataba en sus escritos problemas filosóficos como el de lo Uno y lo Múltiple, la discusión entre Monismo y Pluralismo, y lo que la aceptación de alguno de estos conceptos traería como consecuencias para la vida y la conducta humana. Así por ejemplo, para James aceptar como verdad una comprensión monista del mundo implantaría en las personas una visión del universo como algo rígido, inmutable, donde no existe espacio a lo indeterminado, a la libre elección, a lo imprevisto, a la novedad, en el que toda la diversidad presente en el mundo quedaría encasillada en la simplicidad de una comprensión que podría ser vista a su vez como dogmática. El pluralismo, por el contrario, propiciaría la libertad, la asimilación de lo contingente y permitiría la aplicación extensa del método empírico, reconocería la unidad donde se observara que exista pero sin pretender unificar la diversidad de los hechos en una única fórmula racional.

De igual manera procedería al reflexionar sobre términos como materia y Dios. ¿Qué implicaciones tendría para la vida cotidiana la creencia en el materialismo o la vivencia de un teísmo?, ¿qué tipo de hábitos suscitaría cada una de estas creencias?, ¿cómo se verían reflejadas estas creencias en la conducta humana?. son el tipo de preguntas que, de acuerdo con James, debía plantearse la filosofía. Ahora bien, así las cosas, parecería que la filosofía debería dedicarse a reflexionar sobre las teorías ya realizadas y que en esta medida sería más un trabajo de interpretación o verificación más

que de construcción. En este punto reside una de las diferencias que Dewey identifica entre Peirce y James, por ello Dewey señalaría que, “Peirce fue ante todo un lógico mientras que James fue un educador y humanista y deseaba conducir al público en general a percatarse de que ciertos problemas, ciertos debates filosóficos, tienen una importancia real para el género humano, porque las creencias que ellos ponen en juego conducen a muy diferentes modos de conducta”.⁸³

Para Peirce en su comprensión lógica era claro que antes de intentar dilucidar las consecuencias de asumir unas creencias o conceptos era necesario fijar el significado de esos conceptos (Dios, materia, monismo, pluralismo, etc) y en ello se desarrollaba toda una actividad filosófica constructiva. Por su parte, James consideraba que la mayoría de los problemas filosóficos, sobre todo aquellos que tocan temas religiosos, son de una naturaleza tal que no permiten hablar de evidencias contundentes, decisivas o absolutas, y, por tanto, resultan inagotables.

James llamaría a su propuesta filosófica una teoría del derecho a creer considerando que, es el hombre finalmente quien elige sus propias creencias, no exclusivamente a partir de definiciones precisas de los conceptos o pruebas convincentes que lo motiven a ello, sino también, en ausencia de éstas. Así pues, James señalaría que en el proceso de elección interviene también cierta simpatía instintiva y existe siempre un riesgo de fe al optar por una creencia u otra, incluso cuando se elige no creer, pues, en cualquier hipótesis, las acciones de los individuos siempre irán influenciadas por las creencias que han escogido.

Nos podemos preguntar ahora entonces ¿qué es la verdad para el pragmatismo? ¿Y cómo podemos acceder a ella? Pues bien, para responder esta pregunta debemos retomar la visión deweyana de la historia del pragmatismo y en particular lo que significó el aporte de William James, Dewey nos recuerda en este sentido que, “James fue un empirista antes de ser un pragmatista” y que “repetidamente afirmó que el pragmatismo

⁸³ *Ibíd.*

es meramente el empirismo llevado a sus legítimas conclusiones.”⁸⁴ La importancia de esta afirmación reside en el modo como ésta va configurando una visión general de verdad desde lo que es la actitud pragmática, “la actitud pragmática consiste en no alejar la mirada de las primeras cosas, los principios, las categorías, las necesidades supuestas y mirar hacia las últimas cosas, los frutos, las consecuencias, los hechos.”⁸⁵ En otras palabras, la verdad para un pragmático se verificará no en una relación de correspondencia entre una idea y una cosa, sino que se examinará en el crisol de la acción, es decir, una noción será verdadera, “si, actuando sobre esta noción, llegamos al hecho que ella implica o demanda... Una teoría corresponde a los hechos cuando conduce a los hechos, que son sus consecuencias, por intermedio de la experiencia.”⁸⁶ Así pues, debemos decir que las certezas desarrolladas por una filosofía pragmatista son de tipo práctico y moral y siempre podrán ser objeto de correcciones evidenciadas por consecuencias futuras no previstas o por hechos observados que antes no habían sido atendidos. En este sentido, afirma Dewey que:

Toda proposición concerniente a verdades es realmente, en último término, hipotética y provisional, aunque un gran número de estas proposiciones haya sido tan frecuentemente verificado sin falla que estamos justificados para usarlas como si fueran absolutamente verdades. Pero, lógicamente, la verdad absoluta es un ideal que no puede ser realizado, al menos hasta que todos los hechos hayan sido registrados, o como dice James, “atrapados”, y hasta donde ya no sea posible hacer otras observaciones y otras experiencias.⁸⁷

Tenemos entonces que el trabajo de investigación de tipo pragmatista no ubica su interés y atención en los fenómenos antecedentes sino que insiste particularmente en los fenómenos consecuentes, en las posibilidades de acción. Con ello, el pragmatismo abre espacios a la creatividad y a la libertad, da un paso más allá del simple ejercicio empírico de observar y registrar los eventos pasados, pues el pragmático toma las observaciones y experiencias del pasado y con ellas construye y plantea posibles experiencias para el futuro.

⁸⁴ *Ibíd.* p. 7.

⁸⁵ *Ibíd.*

⁸⁶ *Ibíd.* p. 8.

⁸⁷ *Ibíd.*

Puesto que la visión de mundo del pragmatismo no contempla un universo fijo, ya terminado, sino un universo que aún está en evolución, sus teorías insistirán más en la función constructiva de la razón tomando en consideración el tiempo presente y el futuro y la necesidad de cambios que estos exigen. El pragmatismo es pues la tradición filosófica de la cual Dewey se alimenta y participa. El desarrollo de su pensamiento ha de ir más en función de la construcción y reconstrucción del presente y no sólo de su neutral conocimiento. ¿Qué valor tendrá entonces en la filosofía deweyana la definición del concepto de libertad? Dicha definición, como hemos podido evidenciar hasta ahora, tendrá unas implicaciones prácticas, consecuencias vitales para la conducta humana y además para la realización del ideal deweyano de democracia como un modo de vida. Veamos entonces a continuación qué es la libertad en la filosofía de John Dewey.

3.2. El concepto de libertad en John Dewey

Quizás resulte difícil enmarcar en una sola definición todo lo desarrollado por Dewey en la totalidad de su obra sobre el concepto de libertad. Considero, sin embargo, que su descripción de la libertad se encuentra desarrollada en tres comprensiones del concepto que, en principio, sin mostrarse radicalmente distintas si presentan diversos énfasis. Con todo, debemos afirmar que analizadas detenidamente, estas tres definiciones evidencian su cohesión y complementariedad.

Una primera comprensión sobre la que ya trabajamos en el principio del primer capítulo es la desarrollada a partir del estudio de los diversos significados que se le ha dado a la libertad en la historia. Al desarrollar esta comprensión Dewey identifica cuáles han sido los problemas objeto de reflexión abordados en la historia de la filosofía al definir lo que es la libertad. Con esta visión histórica de la libertad, Dewey expresa la urgencia con que se requiere una nueva forma de entender la libertad para poder atender las necesidades y dar resolución a las problemáticas de la humanidad en el presente. Esta noción de libertad la encontramos desarrollada en ensayos como *Philosophies of*

*Freedom*⁸⁸ y *The Idea of Freedom*⁸⁹. Ahora debemos profundizar sobre las otras dos comprensiones de libertad elaboradas por nuestro autor. La segunda definición surge como producto de su visión de la naturaleza humana plasmada en el grupo de sus obras más de tipo psicológico-filosófico como son: *Naturaleza humana y conducta*, *Experiencia y educación* y *Teoría de la vida moral*. En este grupo de textos la libertad es tratada como un concepto moral, es decir, como una realidad referida a la conducta humana. Por ello, en ocasiones esta misma noción también presenta el carácter histórico y político del concepto de libertad.

Por último, aparece una tercera definición de libertad producto de la filosofía política deweyana. Esta definición planteará unas consecuencias prácticas a realizar en los ámbitos educativo, político y económico. Así pues, en este grupo de textos la definición de libertad se encuentra estrechamente relacionada con la realización del ideal de vida democrático planteado por Dewey, pues éste encarna las condiciones sociales y políticas propicias para la vivencia auténtica de la libertad. Textos como *Libertad y control social*, *Significado social de la libertad académica*, *Libertad*, *Democracia creativa: la tarea ante nosotros*, *Libertad y cultura* y uno de sus escritos más leídos *Democracia y educación*, entre otros, configuran el grupo de obras en las que se desarrolla esta noción político-educativa de libertad. A continuación iremos desarrollando estas dos definiciones de libertad que en últimas no son sino una y la misma vista desde distintas perspectivas y con énfasis diversos.

3.2.1 Un concepto moral

El concepto de libertad que se encuentra descrito en la obra *Naturaleza humana y conducta* y en *Teoría de la vida moral* tiene un carácter específico; su definición hace de este término parte fundamental de la conducta humana y por tanto de la moral que “es el

⁸⁸ LW, 3:92-114.

⁸⁹ EW, 3:340-344.

más humano de todos los temas de estudio.”⁹⁰ Por ello resulta claro para Dewey que la libertad se ha de definir a partir de los sucesos reales de la vida humana y no huyendo hacia un reino ideal separado como se pretendió realizar en otros momentos de la historia. Nos dice Dewey: “El camino a la libertad puede encontrarse en el conocimiento de los hechos que nos capacite a emplearlos en relación con los deseos y fines.”⁹¹

Apoyando esta afirmación Dewey señalará que en el recorrido histórico de las culturas y de la filosofía las diversas luchas e interpretaciones de la libertad tienen en común que nunca han tratado sobre un libre albedrío metafísico. Siempre al describir o definir el término libertad se hace referencia a algo que se alcanza o realiza estableciendo unas condiciones de vida objetivas específicas en un contexto social dado. En concreto, en la interpretación deweyana la libertad como valor central de la vida moral se configura a partir de tres elementos o capacidades cuyo desarrollo debe ser posible para los individuos. Estos son:

- La habilidad para realizar planes y la ausencia de obstáculos que los paralicen y desvíen.
- La capacidad para modificar los planes, para cambiar el curso de acción, para experimentar cosas nuevas.
- La intervención del deseo y la elección en las distintas experiencias y procesos de elaboración y modificación de los planes de acción.

En el marco de la filosofía deweyana, la libertad de acción es una posibilidad que se encuentra condicionada por el ejercicio adecuado de la inteligencia la cual debe estar en función del estudio de las condiciones sociales de vida en las cuales se desenvuelve el individuo y, además, en la planeación del modo cómo se desea afrontar dichas condiciones haciéndolas favorables a la realización de la libertad. Podría pensarse que esta comprensión de libertad plantea una visión optimista de la vida según la cual la

⁹⁰ DEWEY, JOHN, *Naturaleza Humana y Conducta*, Op. Cit. p. 269.

⁹¹ *Ibíd.* p. 275.

elaboración de planes logra superar todo obstáculo o contrariedad. Sin embargo, no es ésta la visión de libertad que el autor desea presentar. Para Dewey es claro que la vida muchas veces se desenvuelve fortuitamente, ocurren imprevistos y accidentes que desequilibran cualquier plan humano, esto hace parte de la realidad de la vida. Con todo, el autor nos dirá que, “la suerte, mala o buena, siempre estará con nosotros, aunque tiende a favorecer al inteligente y a volver la espalda al estúpido”, y que “en circunstancias neutras o adversas, el estudio y la previsión son los únicos medios de despejar de obstáculos el camino de la acción.”⁹² Así pues, lejos de ser una metafísica del libre albedrío lo que Dewey nos plantea es una noción de libertad que exige el estudio de las condiciones sociales de vida del contexto determinado en el que se desenvuelven los individuos. Sin dicho conocimiento la libertad no pasa de ser algo estrictamente nominal, sometido al azar.

El segundo elemento nos recuerda como la experiencia ha mostrado que son muy pocas las personas que estarían dispuestas a acceder a una seguridad y eficiencia plenas al precio de la monotonía, el eterno seguimiento de directrices externas predeterminadas y el abandono de las preferencias personales. Por el contrario, la libertad se ha visto frecuentemente asociada con cierto nivel de inseguridad objetiva en la vida, con la posibilidad de correr riesgos, de tener éxito o fracasar siempre y cuando sea fruto de las elecciones propias guiadas por los deseos y fines personales. Si no existe la posibilidad de elegir nuestras acciones la libertad sería ficticia, en palabras de Dewey, “decir que un hombre tiene libertad para escoger un paseo, cuando el único camino que puede tomar lo conduce a un precipicio, es llevar al extremo tanto las palabras como los hechos.”⁹³

La vivencia de una auténtica libertad está condicionada pues a la posibilidad que tienen los individuos de participar en la construcción de las condiciones objetivas que la propician. Una libertad impuesta que determina las posibilidades de acción de los individuos no es una libertad deseable para nadie. En este sentido, Lloyd P. Williams,

⁹² *Ibíd.*

⁹³ *Ibíd.* p. 276.

comentarista de la obra deweyana y autor del artículo *La concepción experimentalista de libertad*, afirma:

Comprender al hombre y a la sociedad como determinados, completos, maduros, o, en otras palabras, como si no participaran de los procesos de evolución, es otro modo de comprender la libertad como una ilusión. Un universo estático, no dinámico significaría la muerte de la libertad, de hecho, en tal universo nunca habría podido surgir el concepto de libertad.⁹⁴

La posibilidad de cambiar los planes como factor configurador de la libertad nos indica la existencia de una tensión entre libertad y organización. Sobre dicha tensión algunos pensadores y filósofos han planteado una radical inconmensurabilidad indicando que toda restricción o control en la sociedad y de los individuos que la componen constituye una negación de la libertad. Ahora bien, la conclusión desarrollada por el filósofo de Burlington nos dice que dicha inconmensurabilidad entre libertad y organización es ficticia y está justificada sólo en las comprensiones de libertad exclusivamente teóricas. La razón para dicha afirmación es que establecer un equilibrio entre libertad y organización requiere, de acuerdo con Dewey, del análisis y medición de las consecuencias concretas producidas por dicha libertad y organización. En otras palabras, lo que debe analizarse es el saldo de libertad que pudiera lograrse a partir del sacrificio de algunas de las libertades naturales de los individuos y si éste es razonable.

Así pues, el verdadero conflicto para Dewey se da entre la libertad y el exceso de organización. Con frecuencia al implantar diversos controles sobre la sociedad estos tienden a volverse rígidos y con el tiempo limitan realmente la libertad. Distinto es el panorama cuando en la sociedad existen espacios a las contingencias, al riesgo y la novedad en la vida de los individuos y estos tienen la posibilidad de cambiar sus planes y elecciones. El modo metafórico como Dewey se expresa respecto a este hecho da muestra de la importancia que desea plasmar el autor sobre esta realidad.

...la variedad es más que la sal de la vida; es, en gran parte, esencia de la misma y lo que distingue al hombre libre del esclavo. La virtud invariable resulta ser tan mecánica como el vicio ininterrumpido, ya que la verdadera excelencia cambia de acuerdo con las condiciones. Mientras su carácter no se

⁹⁴ WILLIAMS, LLOYD., *The Experimentalist's Conception of Freedom*, en, *John Dewey: Critical Assessments* Routledge, London, 1992, Vol 1, p. 199. La traducción es mía.

yerga para sobreponerse a alguna nueva dificultad o vencer alguna tentación proveniente de un sector inesperado, sospechamos que su color se debe sólo a una laqueada superficial.⁹⁵

No existe elección verdadera donde no hay posibilidades diversas y desconocidas por escoger. En este sentido afirma Dewey: “Bajo el título de libertad, los hombres aprecian la incertidumbre de condiciones que da a la deliberación y elección una oportunidad de actuar...”⁹⁶ Una sociedad en la que todos los ámbitos de la vida estén plenamente regulados sería una sociedad eficiente pero no libre. Sus miembros no tendrían espacio a la reflexión sobre sus elecciones pues no tendrían verdaderas opciones a elegir, sino que se limitarían a ejecutar planes de acción previamente elaborados. Al deliberar sobre sus elecciones los individuos realizan un proceso de distinción entre la mejor y la peor forma en que se pueda actuar. Por ello, debemos afirmar que la capacidad de optar entre una variedad de experiencias posibles cobra valor e importancia sólo en un mundo no cerrado o determinado, un mundo en proceso de construcción en medio de las contingencias e incertidumbres propias de algo que no está concluido. Una sociedad en proceso de formación es una sociedad donde las inseguridades y eventualidades se constituyen en estímulo para la reflexión, la planeación y el esfuerzo de las personas que deben enfrentarlas. Es, en otras palabras, una sociedad que construye su futuro a partir de la voluntad, la deliberación y la inteligencia de sus miembros.

Por último, el tercer elemento configurador de libertad es el deseo como parte fundamental del proceso de elección. De acuerdo con Dewey, la libertad en este sentido es posibilidad de desarrollo, aprendizaje y transformación de las personas que, conscientes de sus capacidades y deseos eligen para sus vidas aquello que les permite crecer y madurar. Una persona que se considere a sí misma totalmente desarrollada y que no se interese por su propio crecimiento es, para Dewey, un ser que vive la libertad propia de algunos animales que aún mostrando plasticidad en su modo de comportarse sólo logran desarrollar nuevos hábitos bajo la dirección de otros. Nos encontramos pues

⁹⁵ DEWEY, JOHN, *Naturaleza Humana y Conducta*, Op. Cit. p. 279.

⁹⁶ *Ibíd.* p. 280.

frente a una definición de libertad como posibilidad crecimiento. El cultivo de esta libertad constituye para nuestro autor un factor clave en la construcción de la felicidad:

A medida que una persona se convierte en un ser o carácter diferente, desarrolla diferentes deseos y elecciones. La libertad en sentido práctico se desarrolla cuando uno se da cuenta de esta posibilidad y pone interés en convertirla en realidad... En el grado en que nos damos cuenta de las posibilidades de mejoramiento y nos preocupamos activamente por mantener abiertas las vías de desarrollo, en la medida en que luchemos contra el anquilosamiento y la fijeza, haciendo reales así las posibilidades de recreación de nuestros seres, seremos realmente felices.⁹⁷

La libertad, la capacidad efectiva de elegir y elegir aquello que contribuya al desarrollo personal es pues posibilidad de felicidad para el ser humano. Ahora, bien podríamos preguntarnos ¿qué consideraciones resultan importantes en el proceso de elección? De acuerdo con Dewey, en este proceso lo determinante es la consideración de las consecuencias, pero, más que las consecuencias en sí mismas es la capacidad que éstas den al individuo para prever y controlar las posibilidades futuras de acción. Cuanto mayor sea la capacidad de control sobre el futuro otorgada por alguna de las opciones de acción a elegir, mayor deberá ser la favorabilidad para su elección. En este sentido afirma Dewey: “La facultad de prever las futuras alternativas objetivas y la capacidad de escoger una de ellas por medio de la deliberación, valorando así sus oportunidades en la lucha por la futura existencia, son la medida de nuestra libertad.”⁹⁸

Así pues, una persona que tiene control sobre sus posibilidades de acción en el futuro es una persona libre. Y esto es verdad aún cuando las opciones escogidas le impliquen grandes sacrificios, pues la elección no ha sido impuesta sino que es el fruto de la previsión de las consecuencias que trae reconociendo aquellas que son convenientes y generadoras de posibilidades de acción futuras. Nótese que lo planteado por el autor no constituye una defensa del sacrificio por sí mismo. Siempre que Dewey hace referencia al valor de los sacrificios en la acción humana señala que estos deben hacerse en virtud de las consecuencias convenientes registradas por quien elige asumirlos. Al respecto comenta Dewey:

⁹⁷ DEWEY, JOHN, *Teoría de la vida moral*, Op. Cit. p. 201.

⁹⁸ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. p. 282.

A veces se hace del sacrificio un fin en sí mismo, lo que equivale a considerar un impulso como malo en sí y por sí. El sacrificio de esta índole termina por mutilar la vida, disminuir su poder y reducir el horizonte de las oportunidades de obrar. Pero hay otra clase de renunciación que tiene lugar cuando se percibe algún fin que se juzga más valioso, y el deseo se apega a este mejor fin que el pensamiento descubre.⁹⁹

Tenemos entonces que, el control y la previsión de las posibilidades de acción en el futuro son para los individuos elementos cruciales en sus elecciones. Una elección sólo será libre en la medida en que en ella intervenga el deseo¹⁰⁰ como facultad propia de los individuos. En efecto, refiriéndose a el control sobre el futuro que deben brindar las elecciones de un individuo, Dewey nos dirá que, “sin él vamos como si se nos empujara por detrás, con él caminamos a la luz.”¹⁰¹

Estos elementos constitutivos de la libertad que hemos señalado hasta reflejan algunas de las características que hemos señalado previamente al describir la noción deweyana de democracia. Analizando las implicaciones y características de ambos ideales el de la libertad y el de la democracia, podemos rescatar algunos valores que son de vital importancia para su realización. Por ello, profundizaremos ahora sobre la relación entre libertad y democracia, pues dicha relación constituye una puerta de acceso en el reconocimiento de las consecuencias prácticas implicadas por los dos conceptos.

3.2.2. Libertad y democracia

Un primer vínculo reconocible entre la noción de libertad y la de democracia es el valor que tiene la posibilidad de autodeterminación para los individuos en la construcción de su personalidad tanto en la consolidación del modo de vida democrático

⁹⁹ DEWEY, JOHN, *Teoría de la vida moral*, Op. Cit. p. 56.

¹⁰⁰ Una comprensión más amplia del valor de los deseos en el proceso de elección la encontramos en la definición deweyana de *propósito*. En un propósito son asumidos los impulsos y deseos de los individuos convirtiéndose estos últimos en planes y métodos de acción basados también en la previsión de las consecuencias. El propósito es también una expresión clara del uso cooperativo de la inteligencia pues parte del estudio cuidadoso de las condiciones sociales objetivas y las interacciones que dichas condiciones sociales suscitan. Cfr. DEWEY, JOHN, *Experiencia y educación*, trad. Lorenzo Luzuriaga, Losada, Buenos Aires, 1939, pp. 85-93.

¹⁰¹ DEWEY, JOHN, *Naturaleza Humana y Conducta*, Op. Cit. p. 282.

como en la vivencia de la libertad. Esto implica, a su vez, rechazar aquellos hábitos que sustituyen la experimentación, la reflexión, la actitud científica y el autogobierno por la asimilación pasiva y dogmática de lo desarrollado por agentes externos a los individuos. La ciencia, el autogobierno, la inteligencia y la cooperación, entre otros, son valores que están estrechamente vinculados a los ideales de libertad y democracia planteados por Dewey. Dinámicas contrarias a estos valores como las que se presentan en los regímenes totalitaristas en los que un líder dictador controla todos los ámbitos de la vida de una sociedad, son un claro ejemplo de modos de vida en los que la libertad no es posible.

En diversas ocasiones el uso y descripción que Dewey hace de los términos libertad y democracia evidencia diversos puntos de intersección en los que pareciera incluso estarse describiendo una misma realidad. Sin embargo, asumir radicalmente una relación de identidad entre los términos implicaría a su vez desconocer toda la complejidad que Dewey le otorga a cada concepto por separado. Esto lo podemos evidenciar en el amplio y extenso desarrollo dedicado a estas temáticas en toda su obra filosófica. La relación existente entre libertad y democracia en la filosofía deweyana más que de identidad plena, es de interdependencia. Ambos ideales y sus necesarias implicaciones tienen un derrotero común.

Así pues, el modo de vida que hace posible la realización y despliegue del ideal de libertad es el de la sociedad democrática. A su vez, la realización plena del ideal de vida democrático está condicionada a la capacidad de libertad y autodeterminación de los individuos en el proceso de construcción y desarrollo de su personalidad en un mundo plural, abierto, contingente, no determinado. El individuo que vive el ideal democrático es el hombre libre, y sólo puede experimentarse libre en una comunidad que se construye a sí misma teniendo como valor fundamental la confianza plena en las potencialidades humanas de sus miembros y en el ejercicio colectivo y cooperativo de la inteligencia. Por ello, podemos afirmar retomando las palabras del filósofo de

Burlington: “El hombre libre preferiría correr riesgos en un mundo abierto a sentirse seguro en uno cerrado.”¹⁰²

Podríamos preguntarnos entonces, ¿cuál es el derrotero común de los ideales de democracia y libertad? Para responder este interrogante debemos analizar las implicaciones a nivel político, económico y pedagógico involucradas en la realización del ideal de la libertad en el contexto de la democracia. Así las cosas, veremos, en primera instancia, las consecuencias a nivel político y económico de dicho concepto para posteriormente identificar sus exigencias en el ámbito educativo.

3.2.3 La libertad, un concepto político-económico

En el desarrollo de su filosofía política, Dewey planteó claramente que la realización auténtica de la libertad no puede ir desligada de la vida política y económica de las comunidades específicas en la cuales participan los individuos. Ignorando la dimensión política y económica de una sociedad la construcción del concepto de libertad configuraría nuevamente una metafísica del libre albedrío como la que, de acuerdo con Dewey, se desarrolló en las teorías sobre el “individualismo”¹⁰³ elaboradas durante el siglo XIX por los filósofos ingleses del liberalismo clásico basados en el principio del *laissez-faire*. Dewey ve en dichas teorías una confianza ciega en la posibilidad de armonizar la relación del hombre con la naturaleza una vez eliminadas las restricciones políticas y económicas impuestas por los gobiernos desconociendo que, si bien la realización de la libertad necesita de la liberación de los obstáculos que restrinjan las acciones de los individuos, ésta consiste en mucho más que la simple supresión de restricciones. La libertad, como hemos señalado hasta ahora, comprende en un primer momento, el estudio de las condiciones sociales de vida de la comunidad en la que se

¹⁰² *Ibíd.* p. 281.

¹⁰³ La definición de individuo en la obra deweyana no es unívoca. En la totalidad de su obra se encuentran diferentes concepciones del término que, sin duda, constituyen un objeto de estudio importante en su obra. Con todo, el examen cuidadoso del término y sus significados es una tarea que desborda las pretensiones de nuestra investigación. Por ello, nos limitaremos a presentar su crítica de la comprensión de individuo elaborada por el liberalismo clásico que nos servirá de base para una acertada comprensión de la noción de libertad.

participa integrando sus diversas dimensiones y, además, implica la posibilidad de planeación del modo cómo se desea enfrentar y actuar en dichas condiciones.

Así pues, en el marco de la filosofía deweyana no podemos hablar de la libertad en general, sino, sólo en particular. Es decir, teniendo en cuenta los detalles y rasgos específicos del escenario social donde se suscitan las problemáticas que atentan contra la libertad y que deben ser atendidas. Sólo se puede pensar y construir una libertad auténtica cuando los miembros de una sociedad, apoyados en su inteligencia, reconocen el modo como opera la política y la economía en sus sociedades y las posibilidades que estos ámbitos les otorgan a favor de su vivencia genuina de la libertad. Ahora bien, ¿qué implica el desarrollo de una libertad política y económica? Al respondernos esta pregunta, sin duda, nos encontraremos enfatizando algunos de los elementos sobre los que ya previamente hemos reflexionado al describir el ideal deweyano de democracia. Este hecho apoya nuestra tesis de la existencia de una relación de interdependencia entre el ideal de la libertad y el modo de vida democrático y sus implicaciones sobre las cuales iremos profundizando. Antes, nos corresponde definir el significado y la importancia de la política y la economía como dimensiones ineludibles en el desarrollo de una sociedad libre.

Lloyd P. Williams, al describir el carácter experimental del concepto de libertad elaborado por Dewey resalta que éste tiene una base social. De acuerdo con el comentarista, la libertad política y económica tiene en la filosofía política deweyana unas características y consecuencias muy concretas planteadas y defendidas a lo largo de sus textos. Williams sostiene la tesis de que para Dewey: “Decir que los hombres son políticamente libres significa que estos deben tener la oportunidad para seleccionar y elegir, y la oportunidad para juzgar de modo ordenado sobre los temas sociales significativos de su época.”¹⁰⁴ La tesis de Williams rescata la visión deweyana que

¹⁰⁴ WILLIAMS, LLOYD, *The Experimentalist's Conception of Freedom*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.3, p. 200, Routledge, London, 1992. La traducción es mía.

hemos desarrollado en el presente trabajo según la cual, la libertad, al igual que la democracia, deben ser construidas y reconstruidas día a día. No puede realizarse genuinamente el ideal de la democracia si ésta es asumida como una herencia de la cual se puede vivir como un legado inmodificable, desconociendo los cambios constantes que exige el paso del tiempo para poder atender acertadamente las necesidades y problemáticas que el presente trae.

La definición deweyana de libertad política descrita como la posibilidad que tienen los individuos de elegir y planear el adecuado tratamiento y resolución de las problemáticas sociales presentes en su comunidad, se encuentra en una conexión cercana con la comprensión que hace nuestro autor de la relación entre libertad y economía. El ideal de libertad tiene como rasgo característico su tendencia a ampliarse de forma tal que cada vez sean más los individuos que puedan participar de este. Esto último, sin embargo, como acertadamente lo registra Williams, implica un conflicto. Puesto que el intento por extender la libertad a aquellos que nunca la han tenido va en contravía de los intereses políticos y económicos de aquellos que siempre han gozado de ésta. “La maximización de la libertad – el ideal moral de la democracia- implica una difícil reconciliación, una armonización de dos puntos de vista que frecuentemente han operado uno en contra del otro – la libertad individual y la promoción del mayor bienestar para una gran mayoría.”¹⁰⁵

Una sociedad auténticamente libre y democrática es aquella donde los individuos, además de participar activamente en la planificación y control del modo como son atendidas las necesidades de la comunidad, hacen uso de medios como la cooperación, la igualdad participativa en el ejercicio de la autoridad y la equidad en el manejo de los recursos. Éste tipo de mediaciones constituyen los pilares fundamentales sobre los cuales deben asentarse las leyes y el gobierno de una comunidad democrática pues son

¹⁰⁵ *Ibíd.*

mecanismos y medios coherentes con los fines del estilo de vida democrático por el cual han optado.

No es gratuito que Dewey enfatizara tanto este tipo de mediaciones más propicias a la democracia. El reconocimiento de la falacia de la comprensión de libertad del liberalismo clásico que desconoció cómo el desarrollo económico de los grupos dirigentes y poderosos consolida su poder y libertad a expensas de la libertad y desarrollo de los individuos menos pudientes económica y socialmente mostraba la urgencia de reconstruir la visión establecida de libertad. En este sentido, Dewey, respondiendo al modo como esta dinámica se consolidaba en su contexto expresó repetidamente a lo largo de sus textos un rechazo radical de aquellas teorías que describían como necesaria, inseparable y propicia a los fines del liberalismo la relación entre libertad-democracia y capitalismo. Este liberalismo deteriorado que unía libertad-democracia y capitalismo bajo el principio de *laissez-faire* llevó a Dewey a plantear una visión reformada del liberalismo en la que la relación entre libertad y economía exigía unas consecuencias bastante distantes de las producidas por el capitalismo.

Para la construcción de una comunidad libre y democrática Dewey muestra como necesario establecer una igualdad política y económica entre sus miembros. La libertad sólo puede ser una realidad concreta a partir de las oportunidades que los individuos tengan para dar expresión abierta a sus potencialidades humanas. En este sentido quedan deslegitimados medios como la coerción, la violencia o cualquier ejercicio impositivo de la autoridad, justificado en jerarquizaciones ficticias de la humanidad supuestamente sustentables en las diferencias de raza, género, o condición social. La visión renovada de liberalismo que Dewey defendió planteaba que:

... el liberalismo será una causa perdida por mucho tiempo si no está dispuesto a ir más allá y socializa las fuerzas de producción, de manera que la libertad de los individuos venga respaldada por la propia estructura de la organización económica. El principal cometido de la organización económica en la vida humana es proporcionar una base segura para la expresión escalonada de las

potencialidades del individuo y para la satisfacción de las necesidades humanas en direcciones no económicas.¹⁰⁶

La comprensión deweyana de libertad, democracia y liberalismo evidenció que el capitalismo defendido por el liberalismo clásico niega en sus consecuencias las implicaciones concretas que el estilo de vida democrático y el concepto de libertad exigen.

A pesar de que Dewey nunca fue un militante radical de algún ideario político-económico preestablecido sí fue contundente en el planteamiento de sus ideas y de las consecuencias concretas que estas traían. Fue un fervoroso creyente en la libertad y en la posibilidad de transformación de la democracia a partir de medios que tradicionalmente no habían sido asociados con ésta. Esto le costó la incompreensión y el rechazo del entorno político del cual participaba en el periodo posterior a la primera guerra mundial. El profesor Rafael del Castillo, traductor y comentarista de la obra deweyana describe este panorama:

Los liberales a la vieja usanza, evidentemente, no entendían cómo era posible alcanzar el *fin* (pleno individualismo) a través de esos *medios* (un colectivismo radical), quizá porque no aceptaban la propia doctrina de Dewey: que los medios son más importantes que los fines, que los medios definen los fines y que, por tanto, el individualismo que había surgido a través de medios económicamente injustos no podía ser un verdadero individualismo.¹⁰⁷

Al contemplar los medios políticos y económicos necesarios para la realización de los fines democráticos es posible reconocer nuevamente la tensión existente entre libertad y organización. Con todo, el filósofo de Burlington planteará que es necesario lograr un equilibrio, una forma de relación en la que libertad y organización se benefician mutuamente. En este sentido nos dice Dewey: "... no hay que ir muy lejos para ver que el mal no está en la organización sino en la exageración de ésta. Al mismo tiempo, debe admitirse que no hay libertad efectiva u objetiva sin organización."¹⁰⁸ La libertad natural básica existente en la relación de los individuos con el medio ambiente

¹⁰⁶ DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, Op. Cit. p. 115.

¹⁰⁷ DEWEY, JOHN, *Viejo y nuevo individualismo*, Op. Cit. p. 19.

¹⁰⁸ DEWEY, JOHN *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. p. 277.

es limitada en la medida que está sujeta a los accidentes. Por ello, es necesario que los individuos complementen esta libertad estableciendo acuerdos entre sí y organizando sus intereses comunes. Esto último implica, por un lado, la renuncia a algunas de las libertades naturales que tienen los individuos pero también constituye la garantía de continuidad en el curso de los planes de acción y la posibilidad de satisfacción de los intereses que configuran la comunidad.

La filosofía política de Dewey no constituye, sin embargo, una propuesta contractualista como la pretendida por filósofos como Thomas Hobbes. Nada más contrario al ideal político deweyano que el establecimiento de un Estado o líder supremo al cual los ciudadanos, cuyo estado natural es el de una “guerra de todos contra todos”, ceden sus derechos y libertades en función de la conservación del orden. Con todo, Dewey sí contempla la necesidad de control y organización en la sociedad pero sólo a través de medios como la cooperación entre los individuos y la socialización de las fuerzas de producción abandonando aquel individualismo que definió la industria y el comercio como la búsqueda del mayor beneficio económico privado. En el marco de la filosofía deweyana, el beneficio privado, la competencia y la producción económica no pueden operar como fines en sí mismos, el fin debe ser el bienestar social y el desarrollo pleno de las potencialidades humanas. Por ello, para lograr vivir una libertad real y una democracia auténtica los medios utilizados en su consecución deben ir de acuerdo a los fines que dichos ideales plantean, lo cual, hace necesario romper previamente con toda concepción de la libertad que condene y rechace cualquier medio que implique la planificación social.

La resolución a la tensión identificada entre la libertad individual y la organización sólo puede ser juzgada y justificada a partir de sus consecuencias, no puede ser el producto de una abstracción teórica sobre la libertad. En este sentido, Dewey afirma que, “toda cuestión de este tipo debe juzgarse no a partir de una teoría antecedente, sino de

las consecuencias concretas. El problema está en comparar el saldo de libertad y seguridad adquiridas, con el que pudiera lograrse con otras alternativas posibles.”¹⁰⁹.

Quizás las exigencias y medios planteados por Dewey para la realización de la democracia puedan hacer pensar al lector que nos encontramos frente a una propuesta político-económica de tipo socialista. Vale la pena resaltar que la proximidad y la distancia de Dewey con el socialismo surge como un problema de distinción de medios y fines. Para nuestro autor era claro que el socialismo daba un paso acertado al plantear la necesidad de una mayor organización, pero también era claro que este mismo socialismo retrocedía al considerar el control del individuo como fin de la acción social. Como se afirmó anteriormente, el fin de la organización debe ser el establecimiento de unas condiciones de vida objetivas que permitan a los individuos la autodeterminación en el desarrollo de su personalidad y la posibilidad de dar expresión abierta a sus potencialidades humanas. Así pues, “es necesario invertir el enfoque y concebir la economía socializada como medio y el desarrollo libre de la persona como fin.”¹¹⁰

¿En qué consiste esa inversión del enfoque?, ¿cuáles son los pasos a seguir para esa transformación? Una primera respuesta que puede resultar inicialmente desilusionante, es que, no existen unos pasos a seguir. Una segunda respuesta posible nos ha de recordar algunos de los valores y medios que Dewey constantemente señala como fundamentales en la construcción de una sociedad democrática. Entre estos, aparecen la asimilación de la actitud científica en todos los ámbitos de la vida, la consolidación de relaciones de cooperación entre los individuos y el autogobierno y la autodeterminación en la construcción de la propia personalidad.

Ahora bien, pretender especificar en detalle una propuesta político-económica deweyana a modo de un ideario resulta, por un lado imposible y, a su vez, contradictorio. Imposible, porque sus textos no están elaborados a modo de doctrina que

¹⁰⁹ *Ibíd.* p. 279.

¹¹⁰ DEWEY, JOHN, *Liberalismo y acción social*, *Op. Cit.* p. 117.

deba ser seguida o establecida. Y, contradictorio, porque, como ya hemos indicado previamente, el autor nunca tiene como pretensión elaborar un sistema de ideas cerrado y rígido. Por el contrario, el único ideal que atraviesa su obra que es el del modo de vida democrático, necesita para su realización del examen y la readaptación constantes de los medios que son utilizados.

Para el filósofo de Burlington la vivencia de la libertad al igual que de la democracia sólo se puede lograr a partir de procesos lentos, de transformaciones progresivas sujetas a examen constante. Como fruto de este examen continuo de los medios que son utilizados en la realización de fines democráticos como la libertad se evidencian las readaptaciones necesarias por hacer para atender y responder acertadamente a las problemáticas cambiantes del presente y el futuro. Igualmente, así como la democracia no consiste para Dewey en el simple establecimiento de mediaciones políticas regidas por las mayorías, la libertad, no es el producto de procesos ágiles ni de la simple supresión de restricciones. De acuerdo con Dewey, una persona que creyese en éste tipo de libertad ágil,

...necesita una filosofía que reconozca el carácter objetivo de la libertad y su dependencia de una congruencia entre el medio ambiente y las necesidades humanas, concordancia que sólo puede lograrse por medio de una profunda reflexión y una aplicación incesante, ya que la libertad real depende de condiciones de trabajo social y científicamente estructuradas.¹¹¹

Esta última expresión puede suscitar en el lector las siguientes preguntas, ¿Qué implica entonces la libertad más allá de la supresión de las restricciones y obstáculos puestos a la acción? ¿Qué es más allá de la organización de los individuos para la superación de dichos obstáculos?, y ¿cómo podemos conjugar en la práctica términos aparentemente inconmensurables como son los de libertad, organización, estructura y control? Estas preguntas nos colocan en el horizonte del ámbito pedagógico que es fundamental para la construcción de la libertad y del ideal democrático de vida. La búsqueda de la libertad y la consolidación del estilo de vida democrático implican inexorablemente unas condiciones y consecuencias específicas a nivel educativo. A

¹¹¹ DEWEY, JOHN, *Naturaleza humana y conducta*, Op. Cit. p. 277.

continuación abordaremos dichas consecuencias buscando completar nuestra descripción de lo que es la libertad en la filosofía de John Dewey.

3.2.4. La libertad, un concepto pedagógico

A partir de lo que hemos desarrollado en el presente capítulo, una de las primeras conclusiones generales que podemos afirmar es que, la libertad, al igual que la democracia “tiene que sostenerse en tantos frentes como aspectos tiene la cultura: político, económico, internacional, educativo, científico, artístico, y religioso.”¹¹² En el marco de la filosofía deweyana, la educación y en particular su institución visible, la escuela, constituye el medio primordial y más contundente para la formación de los miembros de una comunidad en los valores y fines que la identifican. Teniendo en cuenta lo anterior, y el presupuesto básico de que la democracia no puede ser vivida como una herencia estática e inadaptable, es posible evidenciar que, la función de la escuela no podrá limitarse a la enseñanza de unos contenidos básicos desarrollados en el pasado. La educación deberá estar anclada en el presente y atendiendo problemas del presente buscando formar a partir de las experiencias de los estudiantes en la comprensión de las fuerzas que operan y mueven a la sociedad. Sólo así se podrá educar a los miembros jóvenes de una sociedad en lo que implica y define una comunidad democrática y libre en el presente.

Como se ha afirmado anteriormente, esto implica el estudio cuidadoso de las condiciones de vida de la sociedad en la cual se participa, para así poder determinar los obstáculos y los medios que han de utilizarse para lograr configurar una sociedad libre y democrática. La participación activa de los miembros de un grupo humano en la elección de los medios que utilizará para la educación y formación de sus miembros más jóvenes como individuos libres, cimentados en los valores de la democracia, es un factor

¹¹² DEWEY, JOHN, *Libertad y Cultura*, *Op. Cit.* p. 174.

distintivo de las comunidades democráticas. No se puede afirmar que una comunidad es democrática si los medios y fines de su educación son impuestos por una autoridad exterior que desconoce o desconfía de las capacidades y de la inteligencia de sus miembros. Una auténtica comunidad democrática será aquella que, comprometida con su propio desarrollo encuentra en la participación y comunicación entre sus miembros los principales medios para la elección y configuración de las formas de educación que se han de ofrecer a sus integrantes más jóvenes.

¿Cuáles son entonces de acuerdo con Dewey los medios más propicios para la educación de personas libres y democráticas? Pues bien, respondiendo este interrogante Dewey nos señala dos hechos importantes. El primero, es que es la comunidad democrática misma la que debe elegir la forma en que ha de desarrollarse su educación, y dichas formas siempre deben ir adaptadas al contexto cultural de las personas a las que se pretende formar. Es decir, no se debe desarrollar una teoría general ideal de lo que debe ser la educación democrática sino que, el tipo de formación que se desee ofrecer debe surgir como respuesta a las inquietudes, problemas y deseos de los miembros de la sociedad en la que se participa. Igualmente, deben examinarse constantemente los medios que se han escogido para así poder readaptarlos de acuerdo con las necesidades cambiantes de la sociedad.

El segundo hecho registrado por Dewey nos indica que aun existiendo la necesidad de participación de la comunidad en la elección contextualizada de los medios para su educación, sí es posible señalar algunos rasgos que han de caracterizar a la educación que propenda por la formación de personas libres. El tipo de educación que, de acuerdo con Dewey, responde más acertadamente a las exigencias del modo de vida democrático, es lo que el filósofo de Burlington llamó la educación progresista. Los principios de la educación progresista apuntan a una formación que tenga como base la idea de libertad y los valores de la democracia a partir del máximo aprovechamiento de las experiencias de los individuos, rompiendo así con los modelos tradicionales de educación y sus medios.

¿Por qué la educación progresista y sus principios resultan más pertinentes para la construcción de una comunidad democrática? ¿En qué elementos se evidencia su distanciamiento de la educación tradicional? La respuesta a estos interrogantes nos indicará cuáles el derrotero de una educación cuyo valor y principio básico es la libertad.

3.3 Libertad y educación

Lo primero que Dewey nos dirá sobre la implementación de la idea de libertad como fundamento de la educación es que, la propuesta formativa que dicho fundamento inspire también ha de ser objeto de continua revisión y readaptación, puesto que, el ideal de perfeccionar la educación puede conducir a una nueva forma de dogmatismo. Afirmar que una idea de educación es la apropiada por sus principios, fines y métodos, y que estos últimos son inmodificables, induce a una rigidez peligrosa y totalmente contraria al modo de vida democrático. En palabras de Dewey: “No es demasiado afirmar que una filosofía de la educación que pretende basarse en la idea de libertad pueda llegar a ser tan dogmática como lo era la educación tradicional frente a la cual reacciona. Pues toda teoría y serie de prácticas es dogmática cuando no se basa sobre el examen crítico de sus propios principios básicos.”¹¹³

En este sentido, la educación progresiva cuyo objetivo es la formación de individuos libres a partir de su desarrollo intelectual y moral debe surgir y consolidarse de forma propositiva y no, como suele presentarse, de modo exclusivamente reaccionario. Sin duda, los principios que pretenden orientar la estructura de una educación progresiva toman distancia de los fundamentos que guiaron la educación tradicional pero, es un error comprender esta nueva idea de educación simplemente como la negación extrema de su antecesora. La educación progresista debe permitir una mayor pluralidad de posibilidades en la elección y desarrollo de las prácticas que utilizará para la realización

¹¹³ DEWEY, JOHN, *Experiencia y educación*, Op. Cit. p. 19.

de sus fines. ¿Cuáles son esos fines?, y ¿por qué decimos que se distancian de los de la educación tradicional? Para responder estos cuestionamientos, debemos reconocer, en primera instancia, que en la búsqueda por facilitar el desarrollo intelectual y moral de los individuos la educación tradicional se ha caracterizado por considerar que:

la materia-objeto de la educación consiste en contenidos de información y en destrezas que han sido elaborados en el pasado: por consiguiente, el principal quehacer de la escuela es transmitirlos a la nueva generación. En el pasado, han sido también desarrollados modelos y normas de conducta; la educación moral consiste, pues, en formar hábitos de acción en conformidad con estas reglas y modelos.¹¹⁴

Al orientarse la educación bajo estos presupuestos, la escuela se transforma en un espacio esencialmente diferente del resto de las instituciones sociales en las cuales participan los individuos. Los salones de clase, los horarios, los sistemas de calificación, las reglas de disciplina, entre otros elementos, son todos factores que aíslan y forman al ser inmaduro en materias y modos de proceder muy distintos de los que se le exigen en su cotidianidad y de los que se le exigirán en su madurez. Una educación que extrae sus modelos de conducta y los contenidos de su enseñanza del pasado necesitará que sus educandos tengan siempre una actitud de docilidad, de receptividad, en otras palabras, de una pasividad obediente, actitudes todas contrarias a los valores de la democracia. Así las cosas, el rol del maestro se limitaría a ser el de un agente comunicador de los conocimientos que se encuentran exclusivamente en los libros de texto y el de un supervisor que garantiza que las normas de conducta sean cumplidas. De esta forma la educación,

...es, en esencia, una imposición desde arriba y desde afuera. Impone modelos, materias y métodos adultos sobre aquellos que sólo se están desarrollando lentamente hacia la madurez... Es en gran parte el producto cultural de sociedades que suponían que el futuro sería muy parecido al pasado, y sin embargo se usa como alimento educativo en una sociedad en la que el cambio es la regla y no la excepción.¹¹⁵

¿Cómo plantear entonces una nueva visión de educación que supere el simple rechazo de los fines y métodos de la educación tradicional? ¿Cómo hacer que este tipo

¹¹⁴ *Ibíd.* p. 12.

¹¹⁵ *Ibíd.* p. 14 – 15.

de educación sea producto del desarrollo constructivo de una filosofía propia y no sólo la respuesta a los males de su predecesora? Pues bien, de acuerdo con Dewey, la clave para el despliegue de toda una nueva filosofía de la educación se encuentra en el reconocimiento del vínculo íntimo y necesario que existe entre los procesos de la experiencia y la educación. Una comprensión acertada de lo que es la experiencia y su papel fundamental en la educación ha de cuestionar ¿Cuál es el lugar y el sentido de las materias y los contenidos dados? ¿Cómo funcionan y se organizan progresivamente estas materias? ¿Cuál es el papel de elementos como la disciplina y la organización en el contexto de una educación que tiene como su fundamento a la experiencia?

Este tipo de inquietudes muestran con mayor claridad el porqué de la necesidad de que esta nueva comprensión de educación sea el fruto de un proceso constructivo, porque “una filosofía que procede sobre la base de la exclusión, o de la pura oposición, descuidará estas cuestiones. Tenderá a suponer que por que la vieja educación se basaba en una organización confeccionada previamente, bastará rechazar el principio de la organización *in toto*, en lugar de esforzarse en descubrir lo que ella significa y cómo se ha de alcanzar sobre la base de la experiencia.”¹¹⁶ Esforzarse en descubrir los medios y fines que ha de trazarse la educación progresiva sobre la base de la experiencia es el reto pedagógico que Dewey plantea para la educación de una comunidad democrática. Dicha educación hará de la experiencia de los individuos el factor protagonista en el proceso educativo. Algunos de los principios y originalidades de la educación progresiva planteados por Dewey son los siguientes:

A la imposición desde arriba se opone la expresión y cultivo de la individualidad; a la disciplina externa se opone la actividad libre; al aprender de textos y maestros, el aprender mediante la experiencia; a la adquisición de habilidades y técnicas aisladas por adiestramiento se opone la adquisición de aquellas como medio de alcanzar fines que interesan directa y vitalmente; a la preparación para un futuro más o menos remoto se opone la utilización de las máximas oportunidades de la vida presente; a los fines y materiales estáticos se opone el conocimiento de un mundo sometido a cambio.¹¹⁷

¹¹⁶ *Ibíd.* p. 17.

¹¹⁷ *Ibíd.* p. 15

Sin embargo, estos no serían más que principios en un nivel aun muy abstracto. Las consecuencias pragmáticas reales de dichos principios, es decir, las formas en que estos sean puestos en práctica es todo un descubrimiento por realizar a través del reconocimiento de la experiencia que la misma comunidad democrática tiene en el tiempo. Esto último no le quita fuerza a la propuesta deweyana sino que, por el contrario, la radicaliza, puesto que la tarea de pensar los medios y fines de la educación no se limitará a configurar un constructo teórico, sino que implicará acciones y transformaciones reales en las instituciones, y en particular, en la escuela, que es la institución educativa por excelencia. Rafael del Castillo comentando estos rasgos de la educación progresista nos señala que:

El progresismo educativo de Dewey no era tan inofensivo. La estrategia de Dewey no consistía en transmitir valores, sino en proporcionar a la gente, desde la escuela, medios con los que adquirir más y mejor experiencia y saber cómo conducirse en una sociedad cada vez más compleja. En su sentido radical, la <<educación>> tenía que ver con el desarrollo de una sociedad dueña de sí misma, una sociedad que lograra controlar los recursos industriales y especialmente las tecnologías comunicativas que transformaron para siempre la vida privada y la opinión pública desde inicios del siglo XX.¹¹⁸

Proporcionar medios con los que adquirir más y mejores experiencias que permitan formar individuos libres en una sociedad cada vez más compleja, esta es la tarea de toda comunidad que encuentra en la libertad el pilar fundamental de su educación. Desde esta perspectiva nos dirá Dewey, “...está fuera de cuestión establecer un solo programa de estudios para todas las escuelas”, pues, “esto significaría abandonar el principio fundamental de la conexión con la experiencia vital.”¹¹⁹ Igualmente, en una educación cimentada en la experiencia la fuente primaria de control y disciplina no residirá en una autoridad o normatividad externa, sino en la naturaleza social del trabajo realizado por los individuos. El trabajo formativo de una educación progresista ha de ser dinamizado a través de la interacción y cooperación de los individuos. Estos miembros jóvenes de la comunidad democrática siempre deberán tener la oportunidad y responsabilidad de contribuir en la empresa social del aprendizaje.

¹¹⁸ DEWEY, JOHN, *Viejo y nuevo individualismo*, Op. Cit. p. 10.

¹¹⁹ DEWEY, JOHN, *Experiencia y educación*, Op. Cit. p. 103

De acuerdo con el filósofo de Burlington, una educación progresista debe tener la capacidad para transformar y hacer uso de las condiciones de la experiencia presente de como fuentes de problemas para los individuos. Estos problemas pueden despertar un deseo activo de información y de producción de nuevas ideas para su resolución. Las nuevas ideas así desarrolladas se transforman a su vez en posibilidades de experiencias ulteriores en las que se producen nuevos problemas.

Ahora, bien podríamos preguntarnos: ¿Cómo hacer para lograr un aprovechamiento óptimo de las experiencias? Al reflexionar sobre el futuro de la educación Dewey toma en consideración dos alternativas hacia las cuales podía tender este importante ámbito de la sociedad: la primera opción, a la cual renuncia al tiempo que la explica, es el retorno de la educación a los métodos intelectuales utilizados siglos antes de que se desarrollara el método científico. Sobre esta opción dirá Dewey con ironía que su posibilidad de éxito reside en las seguridades que ofrece en tiempos de tanta inestabilidad emotiva, intelectual y económica. En efecto, frente a un panorama de inseguridad fácilmente las personas se rendirían al ofrecimiento de una enseñanza impuesta por una autoridad fija que les ahorrara el esfuerzo de pensar, de autodeterminarse y ser protagonistas en su propia educación. Sobre dicha opción dirá Dewey que, “ésta se halla tan fuera de las condiciones de la vida moderna que creo que es una locura buscar la salvación en ésta dirección.”¹²⁰ La segunda alternativa “es la utilización sistemática del método científico”¹²¹ que permite la explotación y exploración inteligente de las experiencias.

El mejor medio con el que contamos para un máximo aprovechamiento de las experiencias es la formación de una actitud científica en los individuos. El método científico constituye para Dewey una importante puerta de acceso a la vivencia genuina de la libertad y del estilo de vida democrático, pues éste es, “el modelo e ideal de la exploración y explotación inteligente de las potencialidades inherentes en la

¹²⁰ *Ibíd.*

¹²¹ *Ibíd.*

experiencia.”¹²²El ejercicio mismo de la libertad y la vivencia de la democracia deben estar atravesados por una actitud investigativa, no dogmática, ni pasiva, pues la democracia misma como forma de vida debe expresar una lógica de la investigación, debe mostrar el carácter abierto de su estilo de asociación. No debe configurarse como un espacio ya determinado, especializado y restringido a unos cuantos expertos con autoridad. Con todo, las referencias que Dewey hace sobre el valor del método científico no deben ser interpretadas como una invitación a aplicar extendidamente una receta infalible para la realización del modo de vida democrático, sino como la presentación de los valores inherentes a la actitud investigativa que subyace en la ciencia y que encarna el modo de proceder requerido para una vivencia genuina de la democracia.

Ya en el capítulo anterior analizábamos cuáles eran los valores propios del método científico que Dewey resalta como importantes para orientar una auténtica democracia. Ahora encontramos cómo dichos valores configuran también el modo de proceder que debe caracterizar a la educación progresiva basada en la experiencia. En concreto, estos rasgos del método científico inspiradores para la educación progresiva son tres. En primer lugar, se encuentra el carácter de hipótesis con el que son trabajadas las ideas. Luego, tenemos el modo de comprobación de dichas hipótesis a partir de sus consecuencias. Por último, pero no por ello menos importante, se encuentra la revisión reflexiva constante exigida para con las hipótesis ya tratadas.

Estas tres características del modo de proceder científico nos dan ideas de cuál era el estilo de trabajo que Dewey visualizó para los procesos de enseñanza y aprendizaje. Sin pretender ahondar exhaustivamente sobre el significado de cada uno de los tres rasgos que el autor resalta del método científico, sí debemos esbozar el porqué de su importancia en relación con la educación progresiva. ¿Qué hace del método científico el mejor medio para orientar la educación y sus procesos de enseñanza y aprendizaje? En primera instancia, al tratar las ideas como hipótesis y no como verdades finales, las ideas

¹²² *Ibíd.* p. 115.

deben ser comprobadas, revisadas, y examinadas continuamente buscando que éstas sean formuladas correctamente. Si por el contrario, las ideas fueran asumidas como verdades finales, como suele ocurrir en la educación tradicional respecto a los contenidos enseñados, no existiría una razón para que éstas fueran objeto de mayor exploración, investigación y reflexión.

Una educación basada en la experiencia sería incoherente si sus procesos de enseñanza y aprendizaje se configurarían como un adoctrinamiento en verdades y contenidos preestablecidos. Las referencias a los conocimientos desarrollados en el pasado deben hacerse teniendo como referente el presente y la experiencia vital ordinaria de los individuos, tratando de que lo ya desarrollado previamente sirva a la interpretación y consecución de los objetivos actuales y futuros de la sociedad.

El segundo rasgo del método científico que Dewey resalta es el que las hipótesis sean comprobadas a partir de sus consecuencias. Análogamente, una educación orientada bajo este principio propugnaría por un aprendizaje en contexto que reconozca las condiciones y situaciones en las que operan las ideas y sus consecuencias. Esto permite a su vez, una mayor claridad sobre las mismas ideas y una ampliación en el conocimiento de sus posibilidades pragmáticas para futuras experiencias. Por último, encontramos el seguimiento y revisión continuos de las ideas y sus consecuencias observadas. Lo propio del método científico es hacer revisiones y resúmenes reflexivos sobre lo ya desarrollado y las experiencias desplegadas en el pasado para hallar un sentido neto de lo observado que constituya el capital acumulado útil para el tratamiento inteligente de las futuras experiencias. La educación progresiva debe caracterizarse igualmente por este espíritu de organización y disciplina intelectual. Las experiencias en una educación progresiva deben “conducir a un mundo expansivo de materias de estudio, constituidas por hechos o informaciones y por ideas. Sólo se satisface esta

condición cuando el educador considera a la enseñanza y al aprender como un proceso continuo de reconstrucción de la experiencia.”¹²³

El sentido de la importancia atribuida a la actitud científica se debe a las posibilidades que ésta ofrece para descubrir la significación de las experiencias diarias de los individuos en el contexto social en el que se desenvuelven. Gracias al estilo de trabajo de la ciencia las experiencias vitales y ordinarias de los estudiantes pueden ser exploradas, aprovechadas y orientadas en su valor hacia las futuras experiencias.

Sin duda, lo que hasta ahora se ha planteado sobre las consecuencias del concepto de libertad a nivel educativo no ha pretendido abordar la totalidad de los elementos y detalles que estas implican. De hecho, la descripción total de la filosofía educativa deweyana es un trabajo que, dada la amplitud y riqueza de lo aportado por el autor, resultaría en extremo extensa y ciertamente desbordante de lo que nos hemos propuesto en el presente trabajo. Podemos, sin embargo, señalar, a modo de recapitulación, que, en la filosofía deweyana la idea de libertad y su realización está condicionada al establecimiento de condiciones positivas en la sociedad, condiciones que han de ir de acuerdo al modo de vida democrático que es el más propicio a la realización de dicho ideal. Dentro de la configuración de estas condiciones positivas de vida se encuentra la necesidad de una reconstrucción del ejercicio de la educación, el cual, si desea propender a la formación de individuos libres y democráticos ha de tener como fundamento a la experiencia y ha de basar sus medios en la asimilación y adaptación adecuada del modo de proceder investigativo propio de la ciencia. Podemos entonces dejar abierta nuestra investigación reconociendo que, “si queremos que los individuos sean libres, debemos cuidar que existan las condiciones adecuadas; axioma que, al menos, nos indica la dirección en que hemos de mirar y movernos.”¹²⁴

¹²³ *Ibíd.* p. 118.

¹²⁴ DEWEY, JOHN, *Libertad y Cultura, Op. Cit.* p. 34.

CONCLUSIONES

La reconstrucción del concepto de democracia, preocupación central de la obra filosófica de John Dewey, constituyó una puerta de acceso a una nueva caracterización de una de las categorías más elaboradas de la historia de la filosofía, la libertad. La comprensión de la democracia como forma de vida representó la construcción de un horizonte plural de líneas de acción que propendieran por una vivencia genuina y real de la libertad. En otras palabras, con la noción deweyana de democracia se dio respuesta a la pregunta por cuál es el tipo de sociedad cuyo producto natural y necesario es la libertad de sus individuos.

Dewey planteó los ejes centrales alrededor de los cuales se debía construir la democracia como forma de vida social que posibilita e induce a la libertad. En efecto, podemos incluso afirmar que Dewey, sin pretender trazar un itinerario de acción fijo y rígido, sí postuló algunas orientaciones lúcidas de cómo la democracia podía suscitar una libertad real en la sociedad y cómo esta libertad debía transformarse en un pilar de una nueva educación progresista fundamentada en la experiencia.

En el contexto de comienzos del siglo XX, en el que se desarrollaron las grandes potencias en medio de una guerra atroz, y de un mundo que evidenciaba en sus injusticias el fracaso de los principios y las dinámicas políticas y económicas sobre las que se había construido, la filosofía de John Dewey y su visión de la democracia y de la educación, constituyó una alternativa filosófica y pedagógica novedosa frente aquellas nociones de democracia confinadas estrictamente al ámbito político. Una democracia exclusivamente política, aferrada ciegamente a sus medios tradicionales, cimentada sólo sobre urnas y votos, tiende siempre a constituir una élite de líderes gobernantes, vistos con una autoridad y sabiduría superiores que justifican su elección. Este tipo de democracias, aún presentes en la actualidad, tienen como presupuesto base la desconfianza en la inteligencia de las personas y en sus capacidades humanas. Son gobiernos de este tipo

los que bajo una promulgada fachada de democracia enmascaran regímenes políticos autocráticos y totalitarios.

El ideal de vida democrático propuesto por Dewey, tiene, por el contrario, su fundamento en la confianza plena en las potencialidades humanas, con lo que se restituye la posibilidad de pensar y constituir una sociedad que se construye a sí misma como comunidad que visualiza y pone en acción los fines y medios que cree conveniente para su bienestar.

Dewey abrió una puerta de acceso a la configuración de comunidades democráticas que funcionen a partir de las acciones cooperativas de sus individuos, de un esfuerzo colectivo social organizado. Contó para ello con una comprensión de la naturaleza humana que le permitió desarrollar y rescatar el carácter moral de la libertad y la democracia, que exige condiciones positivas de vida presentes en la sociedad. A partir de esto, la construcción de la libertad quedó como una posibilidad de los individuos, que, comprometidos en el desarrollo de sus potencialidades humanas y entendiendo a la democracia como un modo de vida, abandonan todo lastre metafísico de la libertad.

Desde esta perspectiva, alcanzar la libertad no será un hecho posible sólo a partir de la supresión de restricciones impuestas por las instituciones y el Estado, como lo comprendió el liberalismo clásico, sino que, implicará el estudio de los escenarios sociales de vida y la elaboración conjunta de planes de acción que se traduzcan en un bienestar social para los individuos. Con ello, se abandona la creencia idílica e ingenua de que todas las personas nacen igualmente dotadas y configuradas en sus capacidades, y que éstas pueden tener un desarrollo pleno si no existe alguna normatividad que lo restrinja; esta idea metafísica de la libertad, suponía elementos concretos como los niveles de educación a los cuales acceden los individuos inequitativamente e ignoraba la jerarquización económica y social que la misma sociedad impone a sus miembros.

Igualmente, en el plano individual, la libertad se hallará cimentada en aquellos componentes de la naturaleza humana que como los impulsos, los hábitos y la

inteligencia entran en relación con el entorno social configurando deseos que se constituyen como propósitos elaborados en el ejercicio de la razón. La libertad no se verá más asociada a una capacidad ficticia de indiferencia para elegir, sino que, tendrá en el deseo el elemento clave que posibilita la elección y sus transformaciones ulteriores.

A partir de estas consideraciones tenemos que, la libertad, en la obra filosófica de John Dewey es un concepto principalmente moral y, a la vez, político, económico y pedagógico por sus implicaciones. En efecto, la noción deweyana de libertad presenta unas consecuencias políticas, económicas y educativas que, miradas e integradas en su conjunto, encarnan el ideal de vida democrático pensado por el filósofo de Burlington.

En dicha integración, se evidencia la relación de mutua dependencia existente entre la libertad y la democracia y sus posibilidades de realización, y la tensión que ello implica en términos de organización y control social. La libertad implica una organización política y económica que permita el acceso equitativo a los recursos y medios de producción que permitan el ejercicio y desarrollo de las potencialidades humanas. Igualmente, la libertad constituye un reto para la educación, pues asumirla como su fundamento implica la configuración de una formación basada en la experiencia, para lo cual se hace necesario el abandono de toda una tradición que ha regido por siglos el ámbito pedagógico.

Así pues, nuestra aproximación a la obra filosófica de John Dewey presenta preguntas que, relacionadas con las comprensiones de libertad y democracia aquí defendidas, pueden cuestionar el modo como hoy son entendidas y objetivadas en la sociedad y también la forma como éstas dos han sido desarrolladas en la historia de la filosofía. Tales interrogantes tienen como referente las acciones y prácticas que el mundo asocia hoy a la libertad y a la democracia y también aquellas acciones que ha llegado a realizar en nombre de la defensa de la democracia.

Ya hemos visto que la democracia como forma de vida debe cimentarse en cada una de los aspectos que tiene la cultura: político, económico, educativo, etc. Esto quiere decir

que las instituciones democráticas deben ser expresiones de nuestras actitudes y hábitos cotidianos, la democracia es una forma de vida social que expresa una moral en la que debe prevalecer el uso de medios que vayan de acuerdo al fin, medios democráticos. Por ello, en una comunidad democrática sobresaldrán valores como la libertad, la igualdad y la fraternidad expresada en métodos como la persuasión, la negociación, la comunicación, y el ejercicio cooperativo de la inteligencia.

De acuerdo con Dewey, la democracia debe consolidarse como la forma de vida que propende por la vivencia y construcción de experiencias más libres. A la luz de su filosofía, tenemos en la ciencia, pero no en la ciencia recluida en las bibliotecas y laboratorios, sino la ciencia como actitud investigativa que trasciende las fronteras de los ámbitos especializados, el mejor medio para potencializar el valor educativo de las experiencias y para suscitar experiencias ulteriores. Así pues, el método científico, no como una receta a seguir, sino como actitud de investigación, debe orientar las prácticas pedagógicas de la educación democrática basada en la experiencia.

Una educación academicista, que valora altamente el recital teórico de los conocimientos desarrollados en el pasado, es una educación distante de las inquietudes vitales y cotidianas de los seres humanos. Una educación así, niega en sus acciones los ideales que persigue, pues nunca será formativa la imposición de conocimientos, modelos, materias, y métodos ya desarrollados por la tradición sobre aquellos que sólo comienzan a caminar lentamente hacia la madurez. El ideal de libertad no puede verse realizado auténticamente en una sociedad cuya educación encuentra en el aprendizaje de textos y en la disciplina externa los principales medios para la formación de sus miembros. Debemos decir entonces, que, la democracia y la libertad misma son principios educativos, que deben orientar la elección de los medios y fines que rijan la educación de una comunidad democrática.

De acuerdo con lo anterior, tenemos que una de las preocupaciones y tareas centrales de la comunidad democrática es la elección y determinación de los fines y medios que

deban utilizarse para la formación en los hábitos y actitudes que puedan sostener a la democracia y a la libertad como los valores fundamentales en la vida cotidiana de los individuos. La filosofía de Dewey no presenta un programa a seguir predeterminado, es la comunidad en contexto la que debe determinar cuáles deban ser los métodos de su educación. Con todo, la promoción de la libre investigación, unida a una comunicación abierta de las experiencias manifestada en las discusiones, los debates y en la conversación cotidiana en la que es posible la divergencia serán siempre mediaciones y herramientas adecuadas para la formación de ciudadanos libres y democráticos.

Abordar el problema de la libertad es acercarse a una de las categorías que ha despertado mayor inquietud en la historia de la filosofía. Aproximarnos a dicho concepto en la filosofía de John Dewey ha significado el reconocimiento de un punto de referencia no concluido que permite identificar qué tan próxima o distante se encuentra la sociedad contemporánea en la realización y vivencia coherente de dos de sus ideales más estimados.

La libertad, e igualmente, la democracia, no podrán ya ser comprendidas como valores heredados de una tradición desarrollada en el pasado de los cuales se puede vivir sin modificación alguna, sino que, deberán ser objeto de atención y reflexión continuas que permitan su adecuación acertada para las condiciones que el tiempo presente exige.

BIBLIOGRAFÍA

1. Obras de John Dewey

DEWEY, JOHN, *Naturaleza Humana y Conducta*, Trad. Rafael Castillo, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

-----, *Teoría de la vida moral*, Trad. Rafael Castillo, Herrero Hermanos, México, 1965.

-----, *Libertad y Cultura*, trad. Rafael Castillo, UTEHA, México, 1965.

-----, *Freedom and Culture*, Kimble & Bradford, London, 1940.

-----, *Viejo y nuevo individualismo*, trad. Isabel García Adánez, Paidós, Barcelona, 2003.

-----, *Democracia y educación*, trad. Lorenzo Luzuriaga, Losada, Buenos Aires, 1967.

-----, *El Hombre y sus problemas*, trad. Eduardo Prieto Paidós, Buenos Aires, 1967.

-----, *La opinión pública y sus problemas*, trad. Roc Fililla, Morata, Madrid, 2004.

-----, *Liberalismo y acción social*, trad. J. Miguel Esteban, Alfons el Magnánim, Valencia, 1996.

-----, *Experiencia y educación*, trad. Lorenzo Luzuriaga, Losada, Buenos Aires, 1939.

-----, *Una fe común*, trad. Josefina Martínez Alinari, Losada, Buenos Aires, 1964.

2. Compilaciones

DEWEY, JOHN *The Early Works*, ed. Jo Ann Boydston, Southern Illinois University Press, Illinois, 1972, vols. 1, 3, 4, 5.

-----, *The Middle Works*, ed. Jo Ann Boydston, Southern Illinois University Press, Illinois, 1972, vols. 2, 3, 4, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15.

-----, *The Later Works*, ed. Jo Ann Boydston, Southern Illinois University Press, Carbondale, 1972, vols. 2, 3, 5, 6, 9, 11, 13, 14, 15, 16, 17.

3. Estudios sobre Dewey

BHATTACHARYYA, N.C., *The concept of "Intelligence" in John Dewey's Philosophy and Educational Theory*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.1, pp. 80-93, Routledge, London, 1992.

FEINBERG, WALTER, *Progressive Education and Social Planning*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.2, pp. 168-190, Routledge, London, 1992.

FEINBERG, WALTER, *The Conflict Between Intelligence and Community in Dewey's Educational Philosophy*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.3, pp. 138-151, Routledge, London, 1992.

FLOWER, ELIZABETH, *A Naturalistic Psychology, Individual and Social*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.1, pp. 21-41, Routledge, London, 1992.

HONNETH, AXEL, *La democracia como cooperación reflexiva. John Dewey y la teoría de la democracia del presente*, en *Metapolítica*, Vol. 5, N° 19.

HOOK, SIDNEY, *John Dewey semblanza intelectual*, Paidós, Barcelona, 2000.

HOROWITZ, IRVING, *James and Dewey: The Pragmatic Acquiescence*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.2, pp. 191-198, Routledge, London, 1992.

JACKSON, PHILLIP, *John Dewey y la tarea del filósofo*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

LADENSON, ROBERT, *A Theory of Personal Autonomy*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.3, pp. 152-172, Routledge, London, 1992.

LAVINE, THELMA, *John Dewey and The Founders: Human Nature and Politics*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.1, pp. 360-379, Routledge, London, 1992.

MIXON, DON, *The Place of Habit in the Control of Action*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.1, pp. 62-79, Routledge, London, 1992.

MOUGÁN, JUAN CARLOS, *Conciencia democrática y fe religiosa en John Dewey*, en *Pensamiento*, Vol. 62, N° 232.

PUTNAM, HILARY, *¿Cómo renovar la filosofía?*, Catedra, Madrid, 1994.

RORTY, RICHARD, *Consecuencias del pragmatismo*, Tecnos, Madrid, 1996.

SLEEPER, RALPH, *John Dewey and the Metaphysics of American Democracy*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.2, pp. 22-45, Routledge, London, 1992.

SMILEY, MARION, *Pragmatic Inquiry and Social Conflict: A Critical Reconstruction of Dewey's Model of Democracy*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.2, pp. 287-306, Routledge, London, 1992.

TILES, JIM, *Introduction: Human Nature and Human Nurture*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.1, pp. 1-20, Routledge, London, 1992.

WILLIAMS, LLOYD, *The Experimentalist's Conception of Freedom*, en *John Dewey Critical Assessments*, Vol.3, pp. 194-203, Routledge, London, 1992.

3. Otras obras

LOCKE, JOHN, *Ensayo sobre el entendimiento humano*, trad. Edmundo O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

PEIRCE, CHARLES, *El hombre, un signo*, Cátedra, Barcelona 1988.

PLATÓN, *La República*, Gredos, Madrid, 1998.

TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica (1266 – 1274)*, trad. Francisco Barbado Viejo, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1959.